

DAVID LEAVITT

---

*Arkansas*



# DADOS DE COPYRIGHT

## Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [X Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de disponibilizar conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

## Sobre nós:

O [X Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: [xlivros.com](http://xlivros.com) ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados neste link.

***Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade enfim evoluirá a um novo nível.***

*Arkansas* reúne tres espléndidas variaciones sobre el universo de la seducción. El propio escritor es el protagonista del primero, *El artista de los trabajos universitarios*, en el que, para huir de la sonada polémica provocada por la acusación del poeta inglés Stephen Spender de haberse apropiado de su vida en su última novela, se refugia en casa de su padre. Después de reflexionar un poco, decide volver a escribir y frecuenta la biblioteca universitaria, en la que conoce a un atractivo joven al que le propone un singular trueque: sexo a cambio de redactarle un trabajo de literatura... En *Las bodas de madera* reaparecen dos viejos conocidos de los lectores de Leavitt, Celia y Nathan, que se reencuentran en la Toscana, donde tiene lugar un apasionado juego de seducciones a tres bandas y sin tapujos morales. Por último, *La calle Saturn* es una nueva incursión en los vericuetos del deseo, en este caso de tintes más dramáticos: un escritor neoyorquino que pasa una temporada en Los Ángeles se ofrece como voluntario para repartir comida a enfermos de sida y se enamora de una de las personas a las que ayuda. Estos tres relatos son una perfecta muestra de la madurez creativa de David Leavitt, de su inteligente, comprometida y en ocasiones divertida visión del mundo gay, abordado desde la cotidianidad y sin complejos. Un mundo de pasiones, desamor y dudas que no puede dejar indiferente a ningún lector.

«Una colección de lecciones para corazones rotos que buscan desesperadamente una salida». (*Publishers Weekly*).

«Olvidad la controversia sobre el buen gusto. Éste es el Leavitt de siempre, escribiendo con sutileza, madurez y compasión sobre la complejidad y fragilidad de las relaciones humanas». (Heller McAlpin, *Los Angeles Times*).

«Endiablada y amargamente divertida... Su honestidad resulta tremendamente conmovedora». (John Weir, *Newsday*).

«Leavitt se convierte en un *enfant terrible*» (Alberto Manguel, *Globe & Mail*).

«Leavitt, como Alberto Moravia o Paul Auster, es de ese tipo de escritores que plasma un mundo particular, y en cuyos libros aparecen un puñado de temas, personajes y ambientes que le son propios. ¿No abordan estos relatos en última instancia el tema de la seducción y la relación de sus protagonistas con la belleza del mundo?». (James Sallis, *The Washington Post*).

«Un libro claramente personal, en el que Leavitt parece exorcizar algunos demonios personales... Leavitt es un auténtico escritor. Cuenta historias, crea personajes y transforma cada instante humano que aborda, por mundano que sea, en irresistible literatura». (Scott Bradfield, *Times Literary Supplement*).



David Leavitt

# Arkansas

ePUB r1.2

Polifemo7 05.09.13

Título original: *Arkansas. Three Novellas* Houghton Mifflin Company Nueva York, 1997

David Leavitt, 1997

Traducción: Juan Gabriel López Guix

Ilustraciones: Ángel Jové

Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: Polifemo7

ePub base r1.0



Para Mark Mitchell

## **NOTA DEL AUTOR**

Para la información concerniente a los lores Henry y Arthur Somerset, así como para la relativa a Jack el Destripador, me he inspirado en las siguientes fuentes: *Prince Eddy and the Homosexual Underground*, de Theo Aronson (John Murray, 1994), *The Cleveland Street Scandal*, de H. Montgomery Hyde (W. H. Allen, 1976), *The Cleveland Street Affair*, de Colin Simpson, Lewis Chester y David Leitch (Weidenfeld and Nicolson, 1977), y *The Complete Jack the Ripper*, de Donald Rumbelow (W. H. Allen, 1976).



Quisiera escapar  
como un venado herido  
hasta Arkansas.

Atribuido a Oscar Wilde,  
hacia el final de su vida

# **El artista de los trabajos universitarios**

# I

Estaba metido en un lío. Un poeta inglés (que ahora ya ha fallecido) me había puesto una demanda por escribir una novela basada parcialmente en un episodio de su vida. Peor aún, capitulando ante él, mis editores en Estados Unidos e Inglaterra habían retirado la obra de las librerías y convertido varios miles de ejemplares en pasta de papel.

¿Por qué iba a sorprenderme? Mis editores habían sido en su momento los editores de Salman Rushdie.

Por aquel entonces no vivía en Los Ángeles. Estaba pasando una temporada en casa de mi padre, quien, tras jubilarse algunos años atrás, se había mudado desde Bay Area hasta Glendale porque su mujer, Jean, enseña en una universidad cercana. Tienen una casa moderna, laberíntica y solemne que más bien parece una sala de conferencias. Esta casa, que había sido antes de un productor cinematográfico, cuenta con una «sala audiovisual» dotada de unos controles electrónicos tan complejos que en cinco años ninguno de los dos ha logrado descifrarlos; un sistema de luces con más juego que el de la mayoría de los teatros de Broadway; una alarma antirrobo cuyo funcionamiento nunca logran explicar del todo a Guadalupe, la mujer de la limpieza, a quien siempre se le dispara por accidente. El problema quizá sea que la casa se construyó a mediados de los ochenta, cuando la tecnología ya era sorprendente, pero todavía no era sencilla. Y, dado que la tecnología, igual que el dinero, se mide por nuestras necesidades —como habría dicho

George Eliot si hubiera vivido en nuestra época—, la mayor parte de aquellos artilugios se habían quedado obsoletos con el cambio de década. Hoy en día, las máquinas, igual que la ropa, parecen perder su valor con el simple cambio de temporada.

En cualquier caso, era a mi padre, y a su complicada casa, adonde había acudido aquel otoño. Había acudido allí porque en mi casa era incapaz de escribir y, también, porque salía con un actor, un actor que, apenas llegué yo, consiguió un papel en una película y se fue a pasar seis semanas a los Andes. Y, puesto que no me apetecía ir a visitarlo a los Andes ni regresar a Nueva York, donde habría vuelto a las andadas, me había adaptado a la vida de la habitación de invitados de mi padre, que es una vida agradable y aletargada, salvo por un detalle: como Nueva York se despierta tres horas antes que California, cuando me levantaba por las mañanas, siempre encontraba ante la puerta de la habitación faxes de una naturaleza poco agradable. Y aquella mañana en concreto —la mañana del día en que conocería a Eric—, el fax que se encontraba ante la puerta de la habitación era especialmente desagradable. Mi editor estadounidense me comunicaba que había decidido suspender la publicación en rústica de la novela; a pesar de las revisiones que había hecho durante el verano, a pesar de que el libro ya había salido anunciado en el catálogo, los «abogados» habían sentenciado que seguía siendo demasiado arriesgado publicarla.

La habitación olía mal, a moho y putrefacción, como si el propio fax emitiera vapores nocivos.

A mi padre no le comenté nada, sólo lo del olor. Intentaba, como norma, aprender a encajar mejor los golpes, o al menos a encajarlos sin permitir que perturbaran el natural transcurrir de mis días. De modo que, como siempre, me tomé un café en el Starbucks de la zona. Después cogí un rato el coche y escuché a la doctora Delia, la psicóloga de la radio. A continuación probé la silla de masaje controlada por ordenador expuesta en el Sharper Image del

Beverly Center y luego me detuve en Book Soup, en Sunset, para hojear los últimos números del *New Yorker*, *New York Review of Books* y *New York Times Book Review*, así como los libros recién llegados aquella mañana a la mesa de «novedades». Como veis, para mí era de capital importancia en aquellos momentos mantenerme al corriente de lo que hacían mis cofrades del gremio de escritores. El espíritu competitivo, por no hablar del pánico a perder la posición ganada en mis años de juventud, desempeñaba en mi vida un papel mucho más decisivo de lo que hasta entonces había admitido. En realidad, sospecho que desempeña en la vida de la mayoría de los escritores un papel más decisivo de lo que están dispuestos a admitir. Y en ello no influye el grado de éxito alcanzado. El joven poeta que se siente empequeñecer al enterarse de que a su enemigo le han concedido una beca Guggenheim para la que él ha sido descartado, es sólo una versión en miniatura de la escritora más inmensamente famosa que se siente empequeñecer al enterarse de que su colega en la universidad ha ganado el Premio Nobel para el que ella ha hecho campaña de forma tan descarada: hablamos aquí de sensaciones de vacuidad, unas sensaciones que la escala de gradación no amplía ni mitiga; y es que el pánico y el vacío (las palabras son de Forster) se experimentan siempre como pánico y vacío, al margen de su magnitud.

Al salir de Book Soup, almorcé solo en el Mandarette Café de Beverly y luego me dirigí a la biblioteca de la UCLA para documentarme sobre la nueva novela en la que estaba trabajando, una novela que trataba de las secuelas del caso de la calle Cleveland. Se trataba de un escándalo que estalló en el Londres de los años inmediatamente anteriores a los juicios de Oscar Wilde. La historia era, en esencia, que en 1889 la policía de Su Majestad había irrumpido en un burdel homosexual del 19 de la calle Cleveland entre cuyos clientes figuraba Lord Arthur Somerset, comandante de la Real Guardia Montada y secretario privado del

príncipe de Gales, cuyas caballerizas supervisaba. Unos jóvenes repartidores de telegramas —uno de los cuales tenía el sorprendente nombre de Charles E. Thickbroom, es decir, felpudo espeso— proporcionaban la «diversión» en el burdel, y también proporcionaron el grueso de las pruebas contra Lord Somerset.

Mi idea era fundir su historia con la de su hermano, Lord Henry Somerset, quien había huido de Inglaterra rumbo a Florencia diez años atrás, después de que su esposa lo sorprendiera *in flagrante delicto* con un joven llamado Henry Smith. (Lady Somerset se convertiría más tarde en una famosa defensora de la templanza). La historia ha tenido tendencia a confundir e incluso mezclar los dos hermanos, y yo quería hacer lo mismo.

De modo que allí estaba yo sentado, en un cubículo de la biblioteca de la UCLA, con un bloc de notas abierto y una pila de libros delante, haciendo, si he de decir la verdad, bien poco. En parte se debía a que no soy por naturaleza un investigador. Enseguida me impacientan los hechos. Y, sin embargo, me resulta imposible negar la razón más urgente de mi indolencia: el miedo. Una aureola de preocupación parecía rodear la esfera de esta nueva novela. Me parecía percibirla en las voces de mi agente, mi editor e incluso mi padre. ¿Se me permitiría alguna vez olvidar lo sucedido con *Mientras Inglaterra duerme?*, me preguntaba. ¿O el escándalo que había quedado asociado a la publicación de la novela —por citar a un amable periodista— «mancillaría mi aura» para siempre? Aún era demasiado pronto para decirlo.

Así transcurrió mi tarde en la UCLA, como todas mis tardes en la UCLA. En lugar de estudiar la «carta del chantajista», que en Inglaterra tipificaba los «actos de ultraje contra la moral realizados por hombres adultos en público o privado», me fui a sacar una Coca-Cola *light* de la máquina. En lugar de leer el código penal italiano de 1889, en virtud del cual Italia se convirtió en la meca de los refugiados homosexuales, me martiricé con *Publishers Weekly*. En lugar de investigar la despreocupada y sorprendente actitud de

Florescia hacia la sodomía, investigué si había alguien atractivo deambulando por la zona de la fotocopiadora. Por último, a eso de las tres, después de haber dedicado en el mejor de los casos una mísera hora a la lectura superficial de algunos libros de historia y a garabatear algunas notas, me fui. La excusa era el inminente atasco en la 210. Sin embargo, me las arreglé, como siempre, para encontrar tiempo y hacer una visita al Circus of Books del bulevar Santa Mónica, donde desperdicié los suficientes minutos hojeando revistas pornográficas como para conseguir quedar atrapado precisamente en el atasco de la hora punta que había querido evitar saliendo temprano de la biblioteca. A las seis y media llegué a casa de mi padre.

Bastante enojado, salí del coche y entré en la casa. En la sala de estar había tres personas a las que no conocía bebiendo té helado. Me miraron. Los miré. «Hola», dijimos todos, y entonces Jean y mi padre —uno con una bandeja de *crudités* y el otro con un bol de paté de setas— aparecieron por la puerta batiente de la cocina.

—¡Ah, hola, David! —dijo Jean animadamente, y me presentó.

Las tres personas, que se levantaron, resultaron ser Cynthia Steinberg, profesora de sociología en Rutgers y amiga de Jean de los años de estudiante de posgrado, su marido Jake y su hijo Eric. Eric, como enseguida supe, estudiaba economía en la UCLA y quería matricularse en la Escuela de Estudios Empresariales de Stanford; y, dado que mi padre había enseñado durante varias décadas en esa insigne institución, se había organizado la pequeña merienda para que Eric pudiera hacer preguntas, recibir algunos consejos y quizá (es mi conjetura; nadie lo dijo nunca) conseguir que mi padre le escribiera una carta de recomendación.

Ahora bien, es frecuente que viejas amistades de Jean o mi padre traigan a sus hijos en busca de consejo académico. Y, probablemente porque estaba muy acostumbrado a los adinerados jóvenes de mirada entusiasta, todos ellos empeñados en causar una impresión de capacidad empresarial, Eric me sorprendió. Para

empezar, tenía unos grandes y serenos ojos azules que me miraron mientras le aceptaba a Jean el vaso de té que me ofrecía: una mirada sin cautela. Eric no era lo que se dice guapo; tenía la nariz demasiado grande, y unos labios gruesos y bobos..., los mejores para los besos. De todos modos, los rasgos imperfectos a veces encajan con una armonía misteriosa que resulta mucho más seductora que la belleza. Y fue ese aspecto un tanto amosaicado de su apariencia lo que me atrajo: las largas piernas con pantalones caqui, que no podía mantener quietas; los mocasines marrones, sobre cuyos raspados bordes aparecía un tobillo bronceado y veloso cuando cruzaba una pierna sobre la otra; la corbata demasiado corta y la chaqueta marrón; y el cabello que le caía sobre los ojos: sí, vuelvo a los ojos; siempre vuelvo a sus ojos. Porque lo que me pilló desprevenido, sentado frente a él (Jean hablaba de notas medias globales), fue la franqueza que exhibían. Eran como los ojos de los niños que son demasiado pequeños para haber aprendido que no es de buena educación quedarse mirando fijamente. Y Eric miraba fijamente; a mí, a mi padre, el jardín a través de los cristales cilindrados. Su madre hacía todas las preguntas por él. Él asentía de vez en cuando o murmuraba un monosílabo.

Tardé unos diez minutos en darme cuenta de lo ciego que iba.

Al final, la conversación sobre las escuelas de empresariales se agotó.

—¿Así que ahora vives en Los Ángeles, David? —preguntó el padre de Eric.

—Sólo estoy de visita —dije.

—David vive en Nueva York —dijo mi padre animadamente—. Está aquí trabajando en su nuevo libro.

—Ah, ¿eres escritor?

Fue Eric quien hizo la pregunta, la primera que hacía desde mi llegada.

—Cuando consigo trabajar —dije—, me considero un escritor.



—David ha sabido abrirse camino muy bien —informó la señora Steinberg a Eric—. No pensaba decir nada, imagino que te lo dicen continuamente, pero me encantó *Baile en familia*.

—Gracias, la verdad es que no me lo dicen continuamente.

—¿Qué escribes? —preguntó Eric.

—Novelas, cuentos —dije.

Y me preparé para la pregunta que inevitablemente vendría a continuación: ¿qué clase de novelas?, ¿qué clase de cuentos? Sin embargo, Eric se limitó a sonreír. Tenía unos dientes muy grandes.

—¿Y te ganas la vida?

—Por lo general.

—¿Qué especialidad escogiste?

—Inglés.

—Qué bien. ¿Y a qué universidad fuiste?

—A Yale.

—Tope. Mi profesora..., tengo una clase de literatura inglesa... Mi profesora estudió en Yale. Se llama Mary Yearwood. Tendrá más o menos tu edad.

—No la conozco.

—Está especializada en Henry James. ¿Hiciste el doctorado?

—No, empecé a publicar prácticamente en la universidad.

—Me gustaría leer algún libro tuyo. Dime los títulos.

—Bueno, será mejor que nos vayamos —dijo la señora Steinberg, levantándose de pronto del sofá—. Ya os hemos entretenido bastante.

—No, qué va.

Sin embargo, mi padre no parecía demasiado convencido, y los Steinberg no tardaron en acercarse a la puerta, donde todo el mundo intercambió despedidas. Mientras tanto, fui deprisa a la cocina y escribí los títulos de mis libros en un bloc de propaganda de Librax.

—Gracias —dijo Eric cuando le entregué la lista—. Elegiré uno.

Y extendió el brazo. Nos despedimos. Su modo de estrechar la mano era —como todo lo suyo— largo, holgado, generoso.

Se marcharon.

—Un chico agradable —dijo mi padre.

—Muy agradable —coincidió Jean—. De todos modos, Cynthia está preocupada. Al parecer es un genio con los ordenadores, pero no es que hable mucho.

—Con un aprobado en inglés no lo admitirán en Stanford —dijo mi padre.

(Todos nos habíamos metido en la cocina).

—¿Qué importancia tiene el inglés si quieres estudiar empresariales? —pregunté.

—Antes no importaba, pero como siempre sobran técnicos, lo que ahora buscamos son estudiantes completos, con una buena formación en humanidades. A ti, por ejemplo, hijo —me colocó una mano en el hombro—, te habría sido más fácil entrar en Stanford de lo que lo será para Eric Steinberg.

—Pero yo no quería entrar.

—Aún lamento que no quisieras hacerlo. Habrías sido el primer estudiante de la historia de la escuela con una licenciatura en letras y otra en empresariales...

—Sí, ya lo sé, papá.

Jean subió a su estudio, mientras mi padre sacaba del congelador unas acelgas y las colocaba en el microondas.

—Por cierto, ¿sigues notando ese olor en tu cuarto? —preguntó.

—Sí —dije—. Es muy extraño. Empecé a notarlo después del temblor.

—¡Temblor! ¿Qué temblor? —Se acercó al intercomunicador—, ¡Jean! ¿Has notado algún temblor? —gritó.

—¡No, ninguno! —respondió, gritando, Jean.

Por alguna razón siempre se gritaban cuando hablaban por el intercomunicador, como si no estuvieran seguros de que el aparato transmitiera sus voces.

Después de eso cambié de hábito. En lugar de desperdiciar las mañanas en el coche, me iba directamente de Starbucks a la biblioteca y me quedaba allí hasta la hora del almuerzo.

Me gustaría ser capaz de decir que en el curso de aquellos días realicé un poco más de trabajo que el que habría hecho de otro modo, pero no fue así. En vez de eso, pasaba la mayor parte del tiempo buscando en el índice de publicaciones a los escritores conocidos para ver cuánto más que yo habían publicado en el año anterior; o buscando las malas críticas de *Mientras Inglaterra duerme* que mi editor había tenido el buen juicio de no enviarme (la peor, en *The Partisan Review*, fue la de una tal Pearl K. Bell, cuyo hijo había sido compañero mío de clase); o leyendo y releendo los terribles artículos que me habían dedicado durante el juicio. También comprobaba todos los días si alguien (¿Eric?) había sacado alguno de mis libros. (Nadie lo hacía; aproveché la ocasión para autografiarlos). Tras ello, almorzaba, cogía el coche y acababa con frecuencia (no, miento: todos los días) en el Circus of Books.

Una tarde, entraba en el estudio de mi padre al llegar a casa cuando oí a Jean gritándome por el intercomunicador que tenía una llamada.

—Soy Eric —dijo Eric cuando cogí el auricular.

No «Eric Steinberg», sólo «Eric», como si diera por sentado que iba a acordarme de él.

—Eric, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien.

—Tope.

Se produjo un silencio. Puesto que era él quien había llamado, presupuse naturalmente que era también él quien debía cargar con la responsabilidad de mantener viva la conversación. No yo.

No tardó en quedar claro que si yo no decía algo, nadie lo haría.

—Bueno, ¿y en qué andas?

—Oh, lo de siempre, ya sabes. Estudiar. Ir a fiestas. —Otro silencio—. Al final me compré un libro tuyo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—*El lenguaje perdido de las grúas*.

—Ah, sí.

—Sí.

Larga pausa.

—¿Y te ha gustado?

—Sí, me ha parecido tope. La verdad..., ¡escribir todo eso! Yo tardo una hora en escribir una frase.

—Es sólo una cuestión de práctica —dije—. Como en los deportes. ¿Practicas alguno?

—La verdad es que no.

—Lo digo porque parecías estar en forma.

—Voy a nadar tres veces a la semana.

—¿En la UCLA?

—Ajá.

—¿Qué tal la piscina?

—Bastante buena. Es olímpica.

Más silencio.

—Bueno, te agradezco que hayas llamado, Eric —dije—. Y que hayas comprado el libro. La mayoría de la gente que dice que va a hacerlo, luego no lo hace.

—No hay de qué. No leo mucho, pero tu libro me ha parecido muy interesante. La verdad es que me ha enseñado muchas cosas que no sabía; como no soy gay...

—Me alegro de que me lo digas —dije de un tirón—, porque a veces da la impresión de que los escritores gays sólo escriben para un público gay, lo cual es un error. La cuestión es que la experiencia humana es universal y no hay razón para que los heterosexuales no puedan obtener de una novela gay tanto provecho como los gays obtienen de una novela heterosexual. ¿No te parece?

(Hice una mueca: sonaba como si estuviera concediendo una entrevista).

—Sí —fue la respuesta de Eric.

Un quinto silencio, casi insoportable.

—Bueno, me ha gustado mucho hablar contigo, Eric.

—Sí, a mí también.

—En fin, hasta la próxima.

—Hasta la próxima.

Y colgó con sorprendente presteza.

A la mañana siguiente estaba en la biblioteca a la hora de abrir.

Me quedé todo el día. ¿Sabían que el padre de Lord Henry Somerset, el duque de Beaufort, inventó el bádminton, que bautizó con el nombre de su finca? Pues sí. Además, Osbert Sitwell escribió en cierta ocasión sobre Lord Henry un poema en el que satirizaba al escandaloso expatriado bajo el nombre de «Lord Richard Vermont», a quien «un nebuloso pero familiar escándalo / lanzó... sobre el Canal, / que nunca más volvió a cruzar».

Y así, a los veintisiete años,  
concluyó una prometedora carrera,  
y en los treinta o cuarenta siguientes  
se ha dedicado a matar el tiempo;  
o eso creía al menos Lord Richard,  
porque en realidad «matar el tiempo».  
sólo es el nombre de otra de las muchas formas  
que tiene el Tiempo de matarnos a nosotros.

Cuando llegué a casa aquella tarde, encontré en mi cuarto otro mensaje de que había llamado Eric.

—Hola —dije al devolverle la llamada, más tranquilo, pero también más intrigado.

—Hola —dijo Eric.

Al parecer, en su estilo de conversación no entraba el telefonar por alguna razón concreta.

—¿Alguna novedad?

—Nada interesante, tío. Vamos tirando.

—Eso está bien. ¿Vives en una residencia?

—No, fuera del campus.

—Ah, tope. —Tumbado en la cama, me coloqué una almohada detrás de la cabeza, como imaginaba que había hecho Eric—. ¿Y vives solo?

—Comparto la casa con otros dos tíos, pero tengo mi propia habitación.

Bostezó.

—¿Están tus compañeros en casa?

—No. Están en la biblioteca.

—¿Estudiando?

—Eso es.

—¿Y tú no tienes que estudiar?

—Sí, pero lo he cerrado todo a eso de las siete. En realidad, estaba tan aburrido que he empezado a leer otro libro tuyo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

(Cuánto deseaba preguntarle qué llevaba puesto).

—*Baile en familia*. ¿Y sabes qué cosa tan rara? Me recuerda a mi familia, sobre todo el cuento que se llama «Danny está de paso». Soy de Nueva Jersey —añadió.

—Vaya —dije. *Baile en familia* era lo último de lo que quería hablar—. ¿Y qué haces en tu tiempo libre, Eric? Además de ir a nadar tres veces por semana.

—Tienes buena memoria, Dave.

—Gracias. Es mi territorio.

—¡Como ese cuento tuyo! Vamos a ver, qué hago en mi tiempo libre... (Lo oí pensar). Además de cascármela, ¿no?

—Bueno...

Eric se echó a reír.

—Vamos a ver. Bueno, me gusta divertirme de vez en cuando...

—Perdona que te interrumpa, pero a qué te refieres... cuando dices divertirse, ¿quieres decir que sales por ahí a divertirse o que te colocas con algo?

—Lo uno no quita lo otro.

—El otro día en casa de mi padre ibas ciego, ¿no?

—Mierda, cómo lo sabes.

—Lo supuse.

—¿Tú te colocas?

—A veces.

—Tío, yo le doy cantidad a la hierba. Desde los trece años. Oye, ¿quieres venir y nos liamos algo?

Me senté.

—Vale —dije.

—Tope.

Larga pausa.

—Espera un momento..., ¿quieres decir esta noche?

—Sí, ¿por qué no?

—No, no hay ningún problema. Esta noche me va bien. Sólo que no quiero estorbarte en tus estudios.

—Ya te he dicho que he cerrado los libros.

—De acuerdo. ¿Dónde vives?

—En Santa Mónica. ¿Tienes un bolígrafo?

Apunté las indicaciones.

A través del intercomunicador le dije a Jean que salía al cine con mi amigo Gary, tras lo cual me metí en el coche y me dirigí a la autopista. El tráfico de la hora punta había disminuido, de modo que sólo tardé media hora en llegar a la dirección que me había dado Eric, una destartalada casa de madera. En la oscuridad no supe distinguir el color.

Por el sabor salado del aire, adivinaba que el mar no estaba lejos.

Unos perros se pusieron a ladrar en cuanto me bajé del coche de mi padre y abrí la puerta de una despintada valla sobre la que se abalanzaban unas matas de hortensias sin podar. Las tablas de la galería crujieron cuando pasé por encima. En las ventanas temblaba una pálida luz anaranjada.

Llamé. En algún lugar a lo lejos Tracy Chapman cantaba «Fast Car».

—Hola, guapetón —dijo Eric abriendo la puerta mosquitera.

Parpadeé. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta de Rutgers Crew.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo, manteniendo la puerta abierta.

—Yo también —dije.

Entré. La sala de estar, con su alfombra naranja y sus muebles feos y desvencijados, me recordó mis propios días de estudiante, cuando compraba en el Ejército de Salvación o recogía sillas de la calle.

—Bonito lugar —dije.

—Es mi casa —dijo Eric—. Bueno, no es como la casa de tu padre. Para mí, esto es una casa. ¿Quieres una cerveza?

—Vale.

No iba a decirle que no soportaba la cerveza.

Trajo dos Coronas de la cocina y me dio una.

—*L'chaim* —brindó.

—Salud —dije.

A continuación, Eric se lanzó escaleras arriba y, como no dio ninguna indicación de si tenía o no que seguirlo, lo seguí. Subió los escalones de tres en tres.

Arriba, cuatro puertas daban a un estrecho pasillo. Sólo una estaba entreabierta.

—Entra en mi despacho —dijo, atravesando el umbral—. Y cierra la puerta.



Eso hice. La habitación estaba en penumbra. Un flexo con un largo brazo iluminaba un colchón colocado en el suelo, con las sábanas azules amontonadas a los pies. Contra la pared más alejada, bajo una ventana, había una mesa con una pila de libros de texto. Un montón de calcetines blancos limpios se alzaba sobre una silla, bajo la cual reposaban un par de slips arrugados.

En el espacio en que debería haber estado una mesita de noche, un ejemplar de *Baile en familia* estaba abierto sobre la edición de Vintage de *Una habitación con vistas*.

—Siéntate —dijo Eric.

A continuación se dejó caer sobre el colchón, donde, con las piernas cruzadas, se entretuvo con una bolsa de plástico llena de hierba y algunos papeles de liar.

—Saca todo eso —dijo, señalando la silla.

Con cuidado, coloqué los calcetines encima del escritorio, empujé los calzoncillos con el pie izquierdo y me senté.

En silencio, con meticulosa concentración, Eric enrolló el canuto. Gran parte del contenido de la habitación, desde la guitarra al ordenador portátil que estaba cargándose, pasando por el reproductor de compactos de luces azuladas (la fuente de la voz de Tracy Chapman), me pareció típico de la UCLA. Y, sin embargo, había algunos detalles incongruentes. Ante todo, los carteles no mostraban a músicos de *acid-rock* ni a figuras del mundo de los deportes. En vez de eso, Eric había colocado con chinchetas en su propio techo el de la capilla Sixtina. Sobre la cama se alzaba *El juicio final*. El *Viajero en un mar de niebla* de Caspar David Friedrich miraba desde la puerta.

—¿Has estado en Europa? —aventuré.

—Sí, el verano pasado. Estuve en Italia, Francia, Amsterdam.

—Supongo que Amsterdam te gustó.

—Mira, de Amsterdam no me acuerdo de nada.

Me eché a reír.

—¿Y qué te pareció Italia?

—¡Tío, Roma una pasada! ¡Roma se quedó conmigo!

Lamió el canuto, lo cerró y cogió un mechero del suelo.

—La última vez que estuve en Florencia intenté encontrar el hotel en que se alojó Forster —dije—. Te lo digo porque veo que estás leyendo *Una habitación con vistas*.

Eric encendió el canuto.

—Ponte aquí abajo —dijo, golpeando el otro lado de la cama como si fuera el trasero de alguien.

—Mejor me quito los zapatos.

—Es verdad, Dave, has tenido una buena idea. Lo reconozco.

Se burlaba de mí, pero de un modo afable, y, ruborizándome, hice lo que me decía. Abajo, entre las sábanas, el mundo olía a frutas y humo.

Eric echó una calada y me pasó el canuto. Se tumbó y colocó los brazos detrás de la cabeza.

—*Two weeks in a Virginia jail* —cantó Tracy Chapman—, *for my lover, for my lover*.

Y, en el siguiente verso, Eric se le unió:

—*Twenty-thousand-dollar bail, for my lover, for my lover...*

—Tienes una voz muy bonita —dije cuando acabó de cantar.

—Gracias.

—Yo no tengo oído. Es algo que he heredado de mi padre.

—Tu padre me parece un tío legal.

—Sí, lo es. También tus padres me cayeron bien. Por cierto, ¿ya se han ido?

—Por fin. —Expulsó humos más amargos—. Bueno, mis padres son buena gente y tal, pero al cabo de unos días..., ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Perfectamente.

Apoyándome en un codo, lo miré. Los ojos se le estaban enrojeciendo. En silencio, contemplé el modo en que sus hinchados labios parecían estrecharse alrededor del canuto, como si fuera un pez de alguna especie rara; el modo en que su estómago se

dilataba y relajaba, dilataba y relajaba; el entrelazamiento de sus pestañas cuando cerraba los ojos.

—Es buena esta hierba —dije al cabo de un rato.

Eric había cruzado los tobillos. Por debajo del dobladillo de la camiseta asomaba el cordón del chándal como un pequeño dogal.

He olvidado de lo que hablamos a continuación. Quizá de Miguel Ángel. La conversación se hizo más borrosa y embrionaria, y sólo se avivó cuando Eric me miró y dijo:

—Así que me quieres hacer una mamada, ¿no?

Abrí los ojos tanto como me lo permitía el estado en que estaba.

—¿Una mamada?

—Sí. Como en tu libro. Ya sabes, cuando Eliot está sentado a su mesa y Philip se la chupa.

—Vaya, te acuerdas de esa escena.

—Sí.

—¿Y qué te hace pensar que tengo ganas de mamártela?

—Bueno, así es como lo veo, tú eres gay y yo soy sexy. Así que ¿por qué no?

—Pero tú también tienes que quererlo, ¿no?

—Claro.

—¿Cuánto? ¿Mucho?

—Suficiente.

—¿La tienes dura ahora?

—Supongo que sí.

—¿Supones?

Alargué el brazo y le toqué la entrepierna.

—Sí, yo también lo supongo.

—Venga, adelante.

Eric cruzó los brazos detrás de la cabeza.

Desaté el pequeño dogal del cordón, bajé pantalones y calzoncillos. Como el apretón de manos, su polla era larga y sedosa. Descansaba sobre una brillante mata de vello negro como una salchicha encima de un plato de alubias negras: me disculpo por

esta extraña metáfora culinaria, pero es en lo que pensé en aquel momento. Y Eric se echó a reír.

—¿Cuál es la gracia?

—Nada, sólo que... tú eres gay, ¿verdad?

—¿Y eso es una sorpresa?

—No, no. Estoy..., bueno, te gusta de verdad mi polla, ¿verdad?  
¡Es una pasada!

—¿Por qué es una pasada?

—Porque es que es así, te gusta de verdad mi polla; en cambio, si vieras, bueno, un coño o algo parecido, seguro que te daba asco o no te interesaría. Y si tú me enseñas a mí la polla, a mí me importaría un pimiento.

—¿Quieres que te enseñe la polla?

—La verdad es que no.

—¿Quieres que te haga una mamada de puta madre, Eric?

—En realidad, estaba pensando en otra cosa.

De golpe se levantó de un salto del colchón. Me senté. Se apartó la polla y empezó a revolver el desorden que tenía encima de la mesa.

—Aquí está —dijo al cabo de unos instantes, y me lanzó un ejemplar de *Daisy Miller*.

—¿*Daisy Miller*?

—¿Lo has leído?

—Claro.

—Tengo que hacer un trabajo. El plazo termina el martes que viene. —Leyó en voz alta una fotocopia que cogió de la mesa—: «Compara y contrasta las respuestas a Italia de Lucy y Daisy en *Una habitación con vistas* de Forster y *Daisy Miller* de James». Es para la Yearwood —añadió.

—Ejem.

—La cuestión es que este trabajo me tiene que salir bordado, porque saqué un aprobado en el parcial. Y no es que no leyera los libros. No soy de los que sólo se limitan a leer la introducción crítica

o cualquier otra cosa. El problema fueron las preguntas. ¿Qué te voy a contar?, Dave. Tengo buenas ideas, pero soy incapaz de redactarlas bien para salvar el pellejo.

Se tumbó de nuevo en el colchón y empezó a hojear *Daisy Miller*.

—El año pasado un amigo mío compró un trabajo a una compañía llamada Intellectual Properties Inc. Venden trabajos por 79,95 dólares y tienen, no sé, miles en los archivos. Este amigo mío que te digo les compró uno, pero lo pillaron. Al final lo expulsaron. —Eric se frotó la nariz—. No puedo correr ese riesgo. Y el caso es que necesito bordar este trabajo. Y aquí es donde entras tú.

—¿Dónde entro yo?

—Exacto. Escríbeme tú el trabajo y si consigo una buena nota te dejo que me hagas una mamada. —Me guiñó el ojo. Se acercó el portátil y lo encendió—. En realidad, ya he empezado a tomar notas. A lo mejor las puedes usar.

—¡Espera, espera un momento!

Se detuvo.

—¿De verdad te crees que voy a escribirte el trabajo?

—¿Por qué no?

—Vamos a ver, Eric, soy un escritor famoso. Tengo una novela contratada con Viking Penguin. ¿Te suena, no? Viking Penguin, el mastodonte editorial, los mismos que han publicado *Daisy Miller*. Y para que les escriba esa novela me pagan un montón de dinero, un montonazo de dinero. Y además lo que me propones... no es ético. Va en contra de todo aquello en lo que creo.

—Vale, si te pidiera que pusieras tú las ideas, sería así. Pero no te pido eso. Usa mis ideas. Sólo te pido que hagas el trabajo de redactar las frases. —Apagó el canuto—. Joder, eres un escritor muy bueno, Dave. Apuesto lo que quieras a que en tu vida has sacado menos de sobresaliente en un trabajo. ¿A que no?

—No.

—¿Lo ves? —Me quitó una pestaña de la mejilla—. Yo lo veo de esta manera. Yo tengo algo que tú quieres. Tú tienes algo que yo necesito. Así que hacemos un trato. Oye, tu padre enseña en la Escuela de Empresariales de Stanford. ¿No te ha enseñado nada? Mira, aquí están mis notas.

Me pasó el portátil. Las palabras estaban congeladas en la pantalla gris.

Leí.

—¿Y bien? —dijo Eric al cabo de unos minutos.

—Para empezar, te equivocas con Daisy. No se entera tanto de las cosas como tú crees.

—¿Ah, no?

—Ésa es la cuestión. En realidad, es muy inocente, quizá el personaje más inocente de toda la historia.

—Sí, eso piensa Winterbourne. Yo no me lo creo. He conocido chicas así, sólo actúan de modo inocente cuando empieza a salpicar la mierda. Antes...

—Oye, ésa es una definición muy estrecha de la inocencia. La inocencia también puede querer decir no ser consciente de que lo que la otra gente piensa también importa.

—Vale, veo lo que quieres decir.

—Ah, y me gusta eso que dices, que George forma parte del paisaje italiano. Muy perspicaz.

—¿De verdad? Mira, se me ocurrió pensando en la escena de las violetas... Es como una más entre ellas.

—¿Qué libro te ha gustado más?

—*Una habitación con vistas*, con mucho.

—A mí también. No me... Quiero decir que siempre admiro a James, pero nunca conseguiré quererlo. Es demasiado... No sé. Recargado. Además, nunca se pone en la piel de Italia, cosa rara, porque Forster sí que lo hace y pasó allí mucho menos tiempo.

—Se supone que el trabajo tiene que tener entre diez y quince páginas —dijo Eric—. Lo necesito el martes por la mañana.

—No he dicho que sí.

—¿Dices que no?

—Digo que tengo que pensarlo.

—Bueno, pues piénsalo rápido porque la profesora quita un punto por cada día de retraso. Es una tocapelotas.

—¿Y qué harás si digo que no?

—No dirás que no, Dave. Sé que no lo vas a hacer, porque soy tu amigo y tú no eres la clase de persona que deja colgado a un amigo en apuros.

Me pareció natural, en ese punto, levantarme de la cama y dirigirme escaleras abajo, donde Eric me puso un paternal brazo encima de los hombros.

—Dave —dijo—. Dave, Dave, Dave. Dave, Dave, Dave, Dave.

—Por cierto —dije—, te das cuenta de que tanto James como Forster eran gays.

—No, mierda. Claro, tiene su lógica. Por el modo en que parecen comprender el punto de vista femenino y demás. —Abrió la crujiente puerta mosquitera—. ¿Qué, cuándo tendré noticias tuyas?

—Mañana.

Salí a la galería.

—Tendrá que ser mañana —dijo Eric—, porque si no me escribes el trabajo tú, tendré que pensar algún plan alternativo. Y si lo escribes...

Bajándose los pantalones, me enseñó fugazmente la polla, que estaba dura de nuevo... si es que había dejado de estarlo.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Cumpliré veinte el mes que viene. ¿Por qué?

—Nada, me lo preguntaba.

Me tendió la mano, pero en vez de eso le estreché la polla.

—¡Eh, nada de eso! —dijo Eric riendo, mientras retrocedía—. Para eso tendrás que esperar al martes.

—Era una broma —dije.

—Hasta luego —dijo Eric cerrando la puerta, tras lo cual me adentré en la salada noche.

—*Tulbaghia violacea* —dijo Jean a la mañana siguiente.

—¿Qué?

—El olor ese de tu habitación. Eran las flores. Se llaman tulbaguias; son bonitas, pero apestan. Guadalupe las cogió y te las puso en la habitación. Te acuerdas de que hizo un curso de arreglos florales, ¿no? —Jean soltó un profundo suspiro—. Bueno, la cuestión es que ahora tu habitación se está aireando.

—Guadalupe no se dio cuenta —dijo mi padre—. Creyó que eran flores normales.

Jean vertió un poco de té frío en una taza alta y lo metió en el microondas. Tras las aventuras de la última noche, había olvidado por completo el olor de mi habitación, que, al parecer, había inquietado de modo considerable a mi padre.

—Ayer, mientras estabas en la biblioteca me pasé como una hora y media revisando tu habitación —dijo—. De arriba abajo, y sin lograr descubrir de dónde provenía el olor. Al final me preocupé, porque pensé que a lo mejor algún bicho se había metido por la pared y se había muerto.

—¿Qué película viste anoche? —preguntó Jean.

—Ah, al final no fuimos al cine. Nos quedamos tomando un café.

—Gary es muy agradable.

—Se me había olvidado decírtelo —dijo mi padre—. Anoche llamó ese otro amigo tuyo. Andy se llama, ¿no? Y dice que está en los Andes.

Se echó a reír.

—Sí, lo sé. Está haciendo una película.

—Dejó un número. No estoy seguro de cuál es la diferencia horaria, pero puedo mirarlo.



—No te preocupes. De todos modos, ahora no puedo llamarlo, tengo que ir a la biblioteca.

—Parece que últimamente trabajas mucho —dijo Jean.

Y se llevó la taza de té hasta su estudio. Mi padre empezó el crucigrama del *Times*.

—Hijo de un rey español, con excepción del mayor —leyó en voz alta—. Siete letras.

—Infante —dije.

Ni que decir tiene que el hecho de imaginármelo revolviendo mi habitación de arriba abajo me dejó preocupado: ¿habría descubierto el alijo de revistas pornográficas del cajón de la cómoda?

Tras eso partí en dirección a la biblioteca. Como habrán observado, en mi descripción de aquellas semanas no he hecho una sola referencia al acto de escribir, por más que ésa sea la fuente aparente de mis ingresos y mi reputación. En fin, la triste verdad era que, durante cerca de un año, toda mi producción literaria había consistido en una reseña y dos páginas de un cuento (abandonado). La tarea de documentación era mi excusa, aunque tampoco estaba interesado de verdad en aquellas investigaciones, de modo que cuando llegué a la biblioteca aquella mañana dejé de lado toda la década de 1890 y, en su lugar, opté por un maltrecho ejemplar de la biografía de Forster de Furbank. Según Furbank, Forster sólo vio a James una vez, cuando rozaba la treintena. El maestro, «bastante gordo pero refinado y realmente calvo», lo confundió con G. E. Moore, mientras «la hermosa señora von Glehn» servía el té. Sin embargo, aunque Forster sintió «todo cuanto el hombre de condición normal siente en presencia de un Lord», James lo conmovió menos que el joven campesino con el que se cruzó de vuelta a casa desde Lamb House, fumando y apoyado contra un muro. De ese campesino escribió un poema:

La carne juvenil no lastra tu juventud.  
Eres eterno, infinito,

eres lo desconocido, y lo cierto.

Y también escribió:

Para los de la sala, charla elevada,  
experiencia sutil; para mí,  
esa chispa, esa oscuridad, en el camino.

¡Pobre Forster! Nunca lo tuvo fácil; pasó sus años más vigorosos contemplando jóvenes atractivos desde una necesaria distancia mientras su madre lo arrastraba en dirección contraria. Se sentía atraído por las salas «en las que la cultura ante la cultura se arrodillaba», pero también se sentía atraído por otra cosa, y a la llamada de esa otra cosa —«esa chispa, esa oscuridad, en el camino»— no pudo responder hasta la época tardía de su vida. No, decidí, no debió de entusiasmarse demasiado con James, ese objetor de conciencia de las guerras de la sexualidad, exento de la batalla en virtud de su «oscura herida». (¡Qué evasivas, qué típicamente jamesianas eran aquellas palabras!). Forster, en cambio, el querido Forster, era a su modo el más sincero de los hombres. A mediados de su vida, en una recapitulación del año que acababa, escribió: «El año está obstruido con pelos, y se produce una gran pérdida de potencia sexual; fue muy violento 1920—22.» Recogió firmas en apoyo de Radclyffe Hall cuando prohibieron *El pozo de la soledad*, mientras que James se distanció de Oscar Wilde durante sus juicios, temeroso de que lo deshonorara la vinculación con él. Y parece natural: el miedo, en el universo jamesiano, parece natural. Forster, en cambio, habría traicionado a su país antes que a un amigo.

Cerré el Furbank. Intenté recordar la última vez que un muchacho me había inspirado la composición de un poema. Siglos, pensé; una década. Y en aquel momento, caído del cielo, aparecía

Eric, ni guapo ni sabio, físicamente indiferente a mi persona y, sin embargo, capaz de una sinceridad rudimentaria y cariñosa que se abría camino a través de la razón hasta rasgarse las fibras mismas del arpa eolia de mi corazón de aedo. *iOh, Eric! —quise cantar—. La otra noche fui feliz. Había olvidado lo que era ser feliz. Porque durante años no ha habido más que angustia y antídotos contra la angustia, consuelos adormecedores que parecen felicidad, pero que sólo existen para vendar, para paliar; en cambio, la felicidad no es nunca sólo una venda; la felicidad renace cada vez, impulsiva e incipiente cada vez. La felicidad, isí! ¡Como una yema apenas brotada creciendo hacia la luz de tus pálidos ojos!*

Me levanté de donde estaba sentado. Me dirigí al teléfono más cercano y lo llamé.

—¿Hola? —dijo con voz bastante somnolienta.

—¿Te he despertado?

—No importa. —Un ruidoso bostezo—. ¿Qué hora es? Mierda, las once. —Ruido de sonarse la nariz—. Y bien, Dave, ¿qué has decidido?

—He decidido hacerlo.

—Fantástico.

—Necesitas el trabajo para el martes, ¿no? Bien, ¿qué te parece si me paso por tu casa el lunes por la noche?

—No, por aquí no. Está de visita la hermana de uno de mis compañeros de casa.

—De acuerdo. ¿Quedamos entonces en algún otro lugar?

—Que sea fuera del campus.

Propuse el Ivy, un café gay de Hollywood Oeste del que Eric no había oído hablar. Estuvo de acuerdo.

—Bueno, pues hasta el lunes.

—Hasta luego.

Colgó.

Volví a mi cubículo. Reuní todos los libros sobre la década de 1890 que tenía reservados y los dejé en el recipiente de las

devoluciones. (Resonaron en el fondo con un gratificante ruido sordo). Luego fui a los estantes de literatura y saqué unas ediciones atractivamente raídas de *Una habitación con vistas* y *Daisy Miller* que me dediqué a releer durante toda la tarde. Creedme o no, como queráis, pero sólo me levanté cuatro veces: una vez para ir a buscar una chocolatina, otra para almorzar y dos veces para ir al lavabo. ¡Y qué sorpresa! Aquellos libros, que hacía años que no miraba, alimentaron y profundizaron la felicidad que Eric había encendido en mí. Hacía demasiado tiempo, decidí, que no leía una novela que no estuviera escrita por uno de mis contemporáneos, una novela que olierá a viejo. En aquel momento, sentado en aquella biblioteca, cerca de una ventana a través de la cual parpadeaba de vez en cuando el sol del otoño, volvió a despertarse en mí el ingenuo placer de la lectura. Sonreí cuando la señorita Bartlett no pudo con lo del baño. Sonreí cuando el reverendo Beebe se quitó la ropa y se zambulló en el lago sagrado. Y cuando Randolph Miller dijo: «Claro que sí», y el experto Winterbourne «reflexionó sobre esa profundidad de la sutileza italiana, que se opone de un modo tan extraño a la simplicidad anglosajona, permite que la gente muestre una superficie tanto más atenta cuanto más intenso es el desagrado». La frase era buena. Era James en su mejor momento. *¡Oh, literatura, literatura!* —cantaba de nuevo—, *fue hacia tu panteón hacia donde hace quince años, por primera vez, incliné mis ojos lectores: no hacia el mundo de pleitos y suelos llenos de libros, el bullicio, el auge y la bomba; no, era éste el goce que anhelaba, potente como el afrutado perfume de las sábanas sin lavar de un muchacho de veinte años.*

Aquella tarde —de nuevo pueden elegir entre creerme o no, como quieran—, leí hasta la hora de la cena.

—Papá, ¿estás usando el ordenador? —pregunté al llegar a casa.

—No, esta noche no.

—¿Te importa que lo use?

Alzó los ojos de su crucigrama, un tanto sorprendido, a decir verdad, porque hacía muchas semanas que no formulaba una petición semejante.

—Adelante —dijo—. Creo que la impresora tiene papel.

—Gracias.

Y me dirigí a su estudio y encendí la máquina, de tal modo que a los pocos segundos tenía plantado ante mí ese más que familiar simulacro de página en blanco.

Muy rápidamente —la blancura puede dar miedo— tecleé:

«Esa chispa, esa oscuridad en el camino»:

Respuestas a Italia en *Daisy Miller*

y *Una habitación con vistas*

Eric Steinberg

Tras lo cual me eché para atrás y contemplé con admiración mi título.

Bien, pensé, ahora a empezar a escribir. Y eso hice.

Aquel lunes me arreglé para mi cita con Eric en el Ivy. Primero fui a que me cortaran el pelo; luego me bañé y me afeité; después me puse una camiseta beige nueva que había comprado en Banana Republic, una camisa blanca Calvin Klein y unos vaqueros limpios. Y, aun a riesgo de sonar presuntuoso, debo decir que conseguí el efecto deseado: tenía un aspecto interesante, mientras esperaba en ese pequeño oasis de civilidad homosexual con mi capuchino y mi ejemplar de *Donde los ángeles no se aventuran*. Sólo que todo eso no sirvió para nada. Eric llegó tarde y sólo se quedó cinco minutos. Tenía los ojos vidriosos, el pelo sucio, la camiseta verde despedía un olor turbio, como si la hubieran dejado bajo la lluvia.

—Tío, estoy hecho una mierda —fue su saludo mientras se sentaba.

—¿Qué te pasa?

—Llevo tres noches sin dormir. El miércoles tengo que presentar un proyecto de economía. La liberalización de una compañía aérea.

—¿Quieres un café?

—No, ya he tomado demasiados en las últimas veinticuatro horas.

Se frotó los ojos.

Permanecimos unos instantes en silencio. Durante la espera, había albergado cierta curiosidad por saber qué pensaría del Ivy, cuya clientela estaba exclusivamente formada por homosexuales de Hollywood Oeste. En aquel momento me di cuenta de que no estaba lo bastante despierto como para fijarse.

—Bueno, ¿lo tienes? —preguntó entonces.

—Sí, lo tengo. —Metí la mano en la cartera y le entregué el trabajo—. Diecisiete páginas, con notas al pie y redactadas siguiendo al pie de la letra las reglas de estilo de la MLA.

Eric les echó una ojeada.

—Fantástico —dijo, leyendo rápidamente—. Sí, es la clase de porquería que le encanta a esa tía.

Metió el trabajo en su mochila y se levantó.

—Bueno, gracias, Dave. Tengo que irme.

—¿Ya?

—Como te he dicho, tengo que acabar ese trabajo de economía.

—Pero pensaba que...

Mi voz se fue apagando.

—Ah, eso —dijo Eric sonriendo—. Después de que me ponga la nota. ¿Y si me suspende? —Me guiñó—. Ah, y después de que haya acabado con la maldita liberalización de la compañía aérea. Bueno, hasta luego.

Se fue.

Bastante desanimado, me acabé el capuchino.

Bueno, ya has aprendido la lección, dijo una voz dentro de mí. Ya te han estafado otra vez. Y no sólo eso, sino que no podrás

contárselo a nadie. Sería demasiado embarazoso.

*Ya lo sé, ya lo sé.*

Por desgracia, no era la primera vez que aquella voz me soltaba el mismo sermón.

Conduje hasta casa. Mi padre y Jean habían salido. Me encerré en el cuarto de invitados, me quité la camiseta de Banana Republic, la camisa Calvin Klein, los pantalones, que ya no estaban limpios. Acto seguido, me metí en la cama y llamé a una línea erótica, una forma de consuelo particularmente desesperada a la que no recurría desde hacía varias semanas. Y, como es habitual en ese mundo ciego (Andy lo llama «Gaza»), varios hombres se sometían a unas pruebas jadeantes y frenéticas en las que fui incapaz de concentrarme; no, fui incapaz de concentrarme en «la barraca» en la que estaba obsesionado uno de los que llamaban, o en la escena de masaje que otro parecía decidido a representar. Al final, desconsolado y un poco de mal humor, le colgué a Jim de Silverlake en mitad de su orgasmo, tras lo cual permanecí tumbado en la cama con las luces encendidas, contemplando el jarrón que ya no tenía la tulbaguía; el teléfono, engreído en su pedestal, evasivo como un gato, no sonó; cómo iba a sonar. Porque Eric ya tenía su trabajo, así que no había ninguna razón para que me llamara aquella noche, al día siguiente o nunca. Tampoco pensaba perseguirlo. Como Mary Haines en *Mujeres*, tenía mi orgullo. Él sacaría su sobresaliente. Y probablemente era mejor de ese modo, porque al fin y al cabo los términos del acuerdo era que me dejaría chupársela una vez, y si se la chupaba una vez, seguro que querría chupársela más veces; y luego querría que me lo hiciera a mí, cosa que él no querría hacer. Enamorarse de heteros..., el más trillado de los clichés homosexuales; además, Los Ángeles hacia 1994 distaba mucho de ser la Florencia de 1894, aquel curioso mundo italiano al que había huido Lord Henry Somerset tras divorciarse, aquel mundo

en el que casi todos los muchachos con los que uno se cruzaba podían conseguirse, alegremente, por unas pocas *lire*, y sin miedo al chantaje o a la cárcel. Y aunque aquellos muchachos al final se casaran y engendraran hijos, al menos tenían esa curiosa y ancestral receptividad italiana al placer. Había creído que Eric también la tenía; pero en aquel momento veía con más claridad que seguramente sólo consideraba su cuerpo como algo con lo que llevar a cabo una transacción. Sabía lo que valía un trabajo de curso... y sabía lo que valía él; lo que valían su frescura y su sinceridad, comparadas con un blando pedazo de polla de maricón del Circus of Books; un pedazo de verga molida y trabajada; el amargo sabor del látex. (¿Ofendo a alguien? No pienso disculparme; eso era lo que sentía).

Y por la mañana no fui a la biblioteca. No hice el más mínimo intento de comportarme como un escritor. En vez de eso, pasé todo el día deambulando por la ciudad. (No es necesario consignar aquí el bajo asunto en el que participé).

Lo mismo al día siguiente. Y al otro.

Entonces me llamó Eric.

Al principio, con los ojos fijos en el bloc de Librax, no me lo creí. Pensé que quizá era otro Eric; pero reconocí su número.

—¡Dave, eres mi hombre! —dijo cuando contesté—. ¡Eres como Midas, tío!

—¿Qué?

—¡Un sobresaliente, tío! ¡De puta madre! ¡Y otro sobresaliente en el trabajo de economía!

Lo oí inhalar.

—Es fantástico, Eric. Enhorabuena.

—Gracias. Ahora que has cumplido tu parte, estoy dispuesto a cumplir la mía.

—¿Oh?

—¿Qué, estás sorprendido?

—Bueno...



—¡Dave, me has defraudado! Vamos a ver, ¿tú te crees que yo soy la clase de tío que te hace escribir un trabajo y luego te deja plantado?

—No, claro que no...

—Al contrario, tío. Soy yo quien va a plantártela. Tú me dirás cuándo.

Me ruboricé.

—Bueno, pues podría ser esta noche.

—Mis dos compañeros han salido fuera el fin de semana. Además, tengo una hierba fantástica. La he comprado para celebrarlo.

—Estupendo. Pues... voy para allá.

—Tope. Nos vemos dentro de un rato.

Colgó.

Me sentía un poco tambaleante, pero me duché y me cambié de ropa. La camiseta beige de Banana Republic ya se había arrugado, y la camisa de Calvin Klein tenía una mancha de salsa de tomate. A pesar de todo, me las puse.

—Hola, Dave —dijo al abrir la puerta media hora más tarde. Y me dio una palmada en la espalda. Estaba bebiendo una Corona; había puesto *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band* en el tocadiscos.

—Hola, Eric. Tienes muy buen aspecto.

Con lo cual quise decir que tenía aspecto de estar despierto. Se había lavado la cabeza y llevaba ropa limpia. Por encima, olía a jabón y juventud de ese modo que ninguna colonia logra imitar.

—Me siento bien —dijo Eric—. Hoy he dormido catorce horas. Llevaba una semana sin dormir. —Me condujo escaleras arriba—. ¿Y tú? ¿En qué has andado? ¿Trabajando duro en otro bestseller?

—Bueno, hasta cierto punto.

Nos dirigimos a su habitación, donde revolvió el montón de papeles de su escritorio.

—Aquí está —dijo al cabo de unos segundos—. He pensado que te gustaría verlo.

Y me entregó el trabajo.

En la parte de atrás, con una letra muy cuidada, Mary Yearwood había escrito lo siguiente:

Eric: Tengo que confesar que al acabar de leer tu trabajo, me he quedado sin palabras. Está muy bien escrito. Tu análisis de los dos textos es elegante y sutil, además —y esto es quizá lo que más me ha impresionado— incorporas a tu razonamiento datos biográficos e históricos de un modo que enriquece la lectura de las novelas (en mi opinión, hay que considerar *Daisy Miller* como una novela) sin por ello hacer dudar de su integridad como obras de arte. Además, tu forma de tratar los sustratos (homo)sexuales de las obras de James y Forster es muy hábil y no resulta nunca polémico. ¡Y qué extraordinario poema del primer Forster! ¿Dónde lo has encontrado? Te felicito por tu destreza investigadora, así como por tu sensibilidad para captar los matices literarios.

Al repasar tu examen parcial, me ha costado creer que este trabajo esté escrito por el mismo estudiante.

Nunca, a lo largo de mi carrera, he presenciado semejante transformación. Es evidente que la tensión del examen ahoga tu creatividad (como me ocurría a mí). Por lo tanto, he decidido dejarte exento del examen final. El trabajo realizado tranquilamente en privado es lo más apropiado en tu caso, de modo que en lo que queda de curso sólo te evaluaré de este modo.

Por último, si no te importa, me gustaría seleccionar este trabajo para varios premios del departamento. Y, si te va bien, ¿por qué no te pasas a verme la semana que viene durante las horas de despacho? ¿Has pensado en hacer el doctorado? Me gustaría comentar contigo esa posibilidad.

## Sobresaliente

Dejé el trabajo en la mesa.

—¿Y bien? —dijo Eric.

—Me parece que le ha gustado —dije.

—¿Que le ha gustado? ¡Se ha vuelto loca! —Se quitó los zapatos, se sentó en la cama y empezó a liar un canuto—. No veas, cuando leí la parte esa del examen parcial, me eché a temblar. Mierda, pensé, me va a decir que es demasiado bueno, que seguro que me lo ha hecho alguien. Pero no. ¡Se lo ha tragado!

—Me esforcé para que sonara como lo escribiría un alumno muy listo. Vamos, que no sonara a una Elizabeth Hardwick o una Susan Sontag.

—¡Y ahora ni siquiera tengo que hacer el examen final! —Se echó a reír de un modo casi brutal—, ¡¡¡Stanford, allá voy!!! Vaya bola le has colado, Dave.

—Sí —dije.

Se me aceleró el pulso.

Con completa naturalidad, dejó el canuto, se desabotonó y quitó la camisa. Y luego la camiseta.

Se tumbó. Desde su vientre, por encima del ombligo, se arrastraba lo que un amigo mío llamaba una «caravana de ladillas» de pelos que desaparecían entre unos pezones pequeños y marrones.

Encendió el canuto, dio una calada.

—Adelante, Dave Leavitt —dijo—. Eres el siguiente concursante del nuevo *El precio es justo*.

Empezó a quitarse los calcetines.

—Déjame que lo haga yo —dije.

Y eso hice. Y le lamí los pies.

Por encima de mi cabeza, lo oía respirar. Al subir, noté cómo subía y bajaba su cálido vientre.

—Eric —dije.

—¿Qué?

—Quiero pedirte algo. Algo que no entraba en el trato, pero...

—Follarme no —dijo.

—No, eso no. Lo que me gustaría..., me gustaría besarte.

—¡Besarme! —Se echó a reír—. Claro, por supuesto. Como bonificación por haberme librado del examen final.

Me incorporé hasta tapar su cara con la mía; lamí el acre sabor de la hierba en su lengua; chupé sus labios gruesos y suaves.

—Besas bien —dije al cabo de unos minutos.

—Eso me dicen.

—¿Quiénes, las chicas?

—Sí.

—¿Y cómo beso yo comparado con ellas?

—No lo haces mal, supongo.

—Luego me dirás si hago algo mejor que las chicas.

—Si quieres que te diga la verdad, tengo curiosidad por averiguarlo —dijo Eric.

A continuación, durante una media hora, aunque hizo otros ruidos, no pronunció ni una sola palabra.

## II

Las cosas empezaron a mejorar. Mi editor pasó de Viking Penguin a Houghton Mifflin, que decidió sacar la edición en rústica de *Mientras Inglaterra duerme*, así como mi nueva novela.

—El trato está cerrado —dijo mi agente por teléfono—. Ah, por cierto, pongo marzo de 1996 como fecha de entrega. ¿Te parece factible?

—Sí, claro —dije—. No hay problema. Hace años que no trabajo tanto.

Lo cual era cierto. El trimestre estaba concluyendo y tenía que acabar dos trabajos: «Los espejos en Virginia Woolf», para Mary Yearwood, y «El cambio de actitudes hacia el sexo y la sexualidad en la Inglaterra de la década de 1890», para Historia de Europa. Además, al llegar a casa de la biblioteca el día anterior me había encontrado un mensaje de alguien llamado Hunter. Ni que decir tiene que no soy de la generación que conoce a mucha gente llamada Hunter. De todos modos, contesté la llamada. Hunter me dijo que hacía segundo, que era amigo de uno de los compañeros de casa de Eric. Quería saber si era posible que nos encontráramos para almorzar en el Fatburger de Santa Mónica. Tenía una propuesta comercial que hacerme.

Fui, por supuesto. Hunter resultó ser uno de esos californianos rubios y musculosos que conducen jeeps y llaman «tío» a toda persona de sexo masculino que conocen, salvo quizá a su padre.

—Soy un amigo de Eric —empezó.

—¿Ah?

Asintió.

—Estábamos en una fiesta anoche y le conté lo jodido que estaba con mi trabajo de historia sobre la Segunda Guerra Mundial y va y me dice: «¿Por qué no llamas a ese tío que conozco, Dave Leavitt?».

—Eso te dijo.

—Eso es. Eso me dijo, bueno, me dijo que tú podías ayudarme. Vamos, no tengo ni idea de cómo voy a acabar ese trabajo de historia, cuando tengo que entregar un proyecto de informática, un trabajo de políticas y además tengo un final de economía que es una pasada. Una pasada. —Hunter le dio un enorme mordisco a su Fatburger—. ¿Comprendes mi problema, tío?

—Claro —dije—. Siempre que tú comprendas mi acuerdo con Eric.

—Soy todo oídos.

—Bueno, ¿no te explicó cómo, en fin, cómo me paga?

—Sí.

—¿Y estás dispuesto a pagarme del mismo modo?

Cruzó los brazos.

—¿Por qué no? Soy una persona abierta.

Imitando su gesto, me eché para atrás en la silla y lo examiné. No pareció importarle. Tenía la piel trigueña, el cabello rubio y largo, peinado por detrás de las orejas, y el pecho poblado de un abundante pelo rubio, parte del cual sobresalía por el cuello de la camisa. Un atractivo sin inteligencia, a diferencia de Eric. Por otra parte, tampoco me provocaba la gran sensación de afecto que Eric despertó en mí desde el momento en que nos conocimos. Sin embargo, los deseos inconfesables tienen cierto peso y, en lo que a ellos respectaba, Hunter poseía en abundancia los atributos necesarios: músculos, vulgaridad, manos grandes.

—¿Y cuál es el tema? —pregunté.

—Ése es el problema. Tengo que encontrar yo mismo el tema.

—Historia de la Segunda Guerra Mundial, ¿no? —Pensé—. Bueno, algo que siempre me ha interesado es la historia de las tropas de soldados estadounidenses negros que construyeron puentes Bailey en Florencia después del armisticio.

—¿Puentes qué?

—Puentes temporales de acero prefabricados para sustituir los destruidos por los bombardeos.

—Tope. El profesor Graham es negro. Le gustará.

—Sobre esos soldados no se ha escrito casi nada. Podría investigar un poco...

—Se supone que tiene que ser un trabajo de investigación —añadió Hunter amablemente.

—¿Para cuándo es?

—Ésa es la putada. Para el veintiuno.

—¿El veintiuno?

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué quieres que le haga? Me hablaron de ti ayer.

—No estoy seguro de poder escribir un trabajo de investigación para el veintiuno.

—¡Tío, por favor!

Sonrió; su boca debía de ser el orgullo de algún ortodoncista.

No sé lo que se apoderó de mí en aquel momento: una malevolencia lasciva, podría considerarse, una malevolencia que me hizo querer ver hasta dónde era capaz de llegar con aquel joven estúpido, atractivo e inmoral.

—De acuerdo —dije—. Hay una sola condición. Con esta limitación temporal, los términos tienen que ser..., ¿cómo lo diría?..., más rigurosos de lo normal.

Hunter colocó los codos sobre la mesa.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Mira, ¿a ver qué te parece esto? Para ser justos, si sacas un aprobado o menos, no tendrás que hacer nada. Si sacas un notable,

lo mismo que con Eric: te hago una mamada. Pero si sacas un sobresaliente...

—No te dejes que me folies —dijo Hunter.

¿Por qué todos aquellos chavales daban por descontado que quería follármelos?

—No, no estaba pensando en eso —dije—. Estaba pensando en... lo contrario.

—¿Que te folle yo?

Asentí.

—Vale —dijo Hunter enseguida—. No hay ningún problema.

—¿Has follado alguna vez a otro tío?

—No, pero he follado con una tía... por detrás.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Y te gustó?

—Bueno... —Hizo una mueca—. Me lo pasé bien y todo eso, pero luego... da un poco de asco pensarlo. Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

Tosí.

—Bueno, Hunter, creo que podemos dar el trato por cerrado.

—Fantástico.

Nos estrechamos la mano.

—Ah, Hunter —añadí (¿qué se había apoderado de mí?)—, una cosa más. El tema de la paga y señal.

—¿La fianza?

—¿No te lo dijo Eric?

—No.

—Bueno, como es lógico necesito una paga y señal. Es un trabajo especial. Seguro que lo entiendes.

—Claro, pero ¿qué... clase de paga y señal?

Le hice un gesto para que se acercara.

—¿Qué calzoncillos usas, boxers o slips? —susurré.

—Depende. Hoy, slips.



—Bien. Mira, esto es lo que quiero que hagas. Que vayas al cuarto de baño, te metas en un retrete y te quites los pantalones y los calzoncillos. Luego quiero que te corras en los calzoncillos. Que los uses para limpiarte. Luego te los metes en el bolsillo de la chaqueta y me los das cuando salgamos.

—Pero...

—No tienes que preocuparte, hay pestillos en los retretes.

—Pero Eric no...

—Si quieres, olvidamos todo el asunto...

Hizo una mueca. De pronto, una expresión de auténtico disgusto nubló su atractiva cara, con tanta energía que por un momento temí que golpeará la mesa, empezara a gritar obscenidades, me pegara o me matara.

Luego la expresión cambió. Se levantó.

—Vuelvo enseguida —dijo, y se encaminó hacia los servicios.

Exactamente cinco minutos más tarde —consulté el reloj—, la puerta de los servicios volvió a abrirse.

—¿Listo?

—Listo.

Salimos al aparcamiento.

—Aquí tienes, tío.

De modo subrepticio, Hunter me pasó una bola blanca de algodón.

Mis dedos rozaron cierta viscosidad al metérmela en el bolsillo.

—¿Siempre eres tan rápido?

—Sólo cuando tengo que serlo.

Se subió al jeep y puso la radio a gran volumen.

—Bueno, te tendré el trabajo el veinte por la tarde —grité por encima del estruendo.

—Suená como si lo tuvieras muy claro.

—Ah, por cierto, Hunter, si no te importa, podrías hacerlo en la parte de atrás de tu jeep.

—¿Hacer qué?

—Si sacas un sobresaliente.

—¡Venga, tío! —Hunter se echó a reír—. Joder, tienes una mente de lo más guarra. Me gusta.

A continuación, casi me pilló los dedos de un portazo.

Así de sencillamente, me convertí en una industria.

Los días pasaban más rápidamente. Me levantaba temprano por la mañana, a veces tan temprano como mi padre, que acostumbraba a estar trabajando en el jardín a las seis de la mañana. Luego iba a la biblioteca. ¿Sabían que al final de la Segunda Guerra Mundial, después de que los alemanes bombardearan el puente de Santa Trinità en Florencia, las estatuas de las cuatro estaciones que adornaban las esquinas fueron recuperadas en el río? Salvo la cabeza de la primavera. Se distribuyeron unos carteles en los que aparecía una fotografía de la cabeza debajo de las palabras: «¿Ha visto a esta mujer? Recompensa: 3.000,00 dólares». Según un rumor, un soldado negro había secuestrado la cabeza. Aunque nadie reclamó el rescate.

No fue hasta 1961 —el año en que nací— cuando se encontró por fin la cabeza, enterrada en el barro del Arno.

En realidad, conocía esta anécdota antes de empezar a investigar para el trabajo de Hunter. Incluso había visto una reproducción del cartel en Florencia el año anterior, con Andy: yendo una mañana al Palazzo Medici-Riccardi a ver los frescos de Benozzo Gozzoli de *El cortejo de los Reyes Magos*, topamos con una exposición fotográfica que conmemoraba los bombardeos que casi habían destruido el centro medieval de la ciudad. Y, allí, en medio de las plazas repletas de escombros, las mujeres aclamando a los liberadores norteamericanos y los niños en las colas del pan, estaba colgado el cartel, descaradamente americano, como los carteles de «Se busca» que yo escrutaba con inquietud mientras mi madre hacía cola en la oficina de correos. A su alrededor, en las

fotografías, jóvenes soldados negros —uno de los cuales era el sospechoso de la autoría del robo— construían puentes Bailey. Si sintieron el aguijón de la injusticia que debió de ser el pan de cada día en el ejército, sus caras no lo mostraban. En vez de eso, inexpresivos como hormigas, cargaban vigas de acero y, poco a poco, remendaron la desgarrada ciudad.

Según recuerdo, Andy no se fijó mucho en los soldados. Como buen homosexual que es, tenía prisa por ir a la Accademia y ver el David. Y yo también debería estar estado más interesado en el David; al fin y al cabo, es mi escultura preferida, así como el ideal erótico en pos del cual Henry Somerset y los suyos habían invadido Italia todas aquellas décadas atrás. Y, sin embargo, eran las caras de aquellos soldados —no la del David— las que flotaban en mi mente mientras subíamos por la Via Ricasoli; a lo cual debo añadir que estaba en pleno proceso; en Italia, por así decirlo, huyendo de los problemas; la invención me era casi dolorosa. Así que ¿por qué, en ese momento particular, empezó a contarse en mi cabeza una novela? Una novela que sabía que nunca podría escribir (y mejor así). Una novela en la que un joven soldado negro va a Florencia; desde lejos, mientras martillea tablonés, un muchacho italiano lo contempla, todas las mañanas, todas las tardes...

Lo que quiero subrayar es lo siguiente: nunca quise escribir esa novela. Sólo quería pensar en ella como posibilidad; escuchar cómo se desplegaba la historia; ir a la deriva con ella, del mismo modo que de niño siempre tenía en la cabeza un culebrón que no se acababa nunca. Todos los días daba vueltas alrededor de la piscina de nuestra casa de Stanford, haciendo botar una pelota roja de goma y tejiendo mentalmente elaboradas e inacabables variaciones: pura trama. A veces levantaba la vista y veía a mi madre contemplándome desde la ventana de la cocina. Y cuando la pelota se me pinchaba, mi padre siempre tenía a punto su pequeño paquete de parches para arreglarla.

Algo curioso acerca de mi padre: cuando, muchos años después, se trasladó al sur, se desprendió sin reparo de la mayoría de los objetos sentimentales de mi niñez. Animales de peluche, coches Corgi, libros. Sin embargo, conservó la pelota. Aún habla de ella. «La pelota de David», dice, que debo de haber botado a lo largo de más de mil kilómetros alrededor de aquella piscina en los días en que la invención era la clase más sencilla de placer o locura.

Creo que era eso lo que intentaba volver a capturar: toda la gratitud de la autoría sin ninguna de las responsabilidades implícitas en el hecho de firmar con el propio nombre.

¡Y cuánto trabajaba! Por las mañanas en la biblioteca; por las tardes, en el ordenador de mi padre. Para el proyecto de historia de Eric, pude canibalizar buena parte de las búsquedas que había hecho para la novela sobre Somerset: esa novela que, como la novela sobre los puentes Bailey, estaba ya seguro de que nunca escribiría. Un trabajo que hice en la facultad sobre *Entreactos* constituyó la base de «Los espejos en Virginia Woolf». Y Hunter: bueno, gracias a ese retazo de historia no escrito, ni siquiera susurrado, acabó siendo el mejor trabajo de los tres.

¿Y por qué? Sospecho que convencers de esto es lo que más va a costarme. Después de todo, un vínculo de auténtico afecto nos unía a Eric y a mí: era lógico que quisiera hacerlo bien. Mis sentimientos hacia Hunter podían describirse en el mejor de los casos como una mezcla de desprecio y deseo. No me gustaba más de lo que yo le gustaba a él. Desprecio y deseo: ¿cómo es posible que de un matrimonio tan devaluado como ése pueda ser concebido arte? Sin embargo, fue así. En realidad, visto de modo retrospectivo, reconozco que hubo algo asombrosamente claro, sereno incluso, en mi asociación con Hunter que no profanaba ningún anhelo de domesticidad. A Eric, en cambio, siempre lo estaba llamando para preguntarle si quería ir a almorzar. Nos veíamos cuando él tenía tiempo, cosa que ocurría pocas veces,

porque en los últimos tiempos andaba atareado con lecciones de juegos malabares.

Sí, lecciones de juegos malabares.

A veces me acercaba a su casa y me echaba en la cama, emporrado, mientras él se dedicaba a lanzar por encima de la cabeza tres bolos, o tres palos, o tres bolas blancas. Sólo los ocasionales «mierda» o «joder» interrumpían su silenciosa y enojadiza concentración. Una bola rebotaba en dirección a la ventana, o los bolos caían con estrépito. Entonces los recogía y volvía a empezar mientras el denso olor de su sudor se apoderaba de la habitación.

Decía que quería que le saliera lo suficientemente bien como para poder ganarse un dinero extra durante los fines de semana. Me dijo que había empezado a practicar con fuego.

¿Y es necesario que mencione que aquellas tardes nunca derivaron hacia lo erótico? Claro que existía la esperanza. Sin embargo, Eric era escrupuloso y —lo más importante— no se mostraba demasiado interesado. Las relaciones sexuales conmigo, desde su perspectiva, eran una recompensa por un trabajo bien hecho.

Con Hunter, en cambio, las relaciones sexuales eran el pago a unos servicios prestados. Espero haber establecido la distinción con claridad.

Y, por supuesto, él obtuvo su sobresaliente. Quien me lo dijo fue Eric, que también sacó un sobresaliente, y me llamó antes de las vacaciones de Navidad para darme la noticia.

—¿No te lo ha dicho Hunter? —preguntó cuando le pregunté.

Y, cuando respondí que no, se quedó callado. Luego, intenté hablar con Hunter por teléfono, pero nunca estaba en casa. Eso no me sorprendió; la traición es el resultado habitual cuando uno establece acuerdos de caballeros con quienes no son caballeros.

En cualquier caso, ¿qué cabía esperar de un joven que compra un trabajo de fin de trimestre e intenta colarlo como propio?

Al final tuve que ir a buscarlo a la piscina de la UCLA. Goteando cloro, el pelo rubio de su pecho me hizo la boca agua. Quise beberlo.

—Hola, te quería llamar —dijo mientras se envolvía en una toalla.

—Yo también te he estado llamando. Nunca estás en casa.

—Lo siento, tío. He estado muy ocupado. ¡Por cierto, al profesor le encantó el trabajo! Te lo agradezco.

—No hay de qué.

Se secó bajo los brazos.

—En todo caso, Hunter, la razón por la que estoy aquí es que me gustaría saber cuándo piensas cumplir tu parte del trato.

—¡Más bajo, pueden oírte!

—¿Qué pasa? ¿No quieres que tus amigos sepan que el trabajo te lo hice yo?

—¡Más bajo! —Me empujó hacia un rincón—. Mira —dijo en un agitado suspiro—, tendrá que ser cuando vuelva de las vacaciones. Ahora mismo estoy muy ocupado.

—No, tendrá que ser antes de que te vayas de vacaciones. ¿No te ha enseñado tu madre que no está bien postergar las cosas? —Le di una palmadita en el brazo—. Mira, ¿por qué no vienes a casa de mi padre mañana a eso del mediodía? Ha salido a pasar el fin de semana fuera. Podemos meter el jeep en el garaje.

—¡El jeep!

—Hunter, has sacado un sobresaliente.

—Pero yo...

—¿Qué, pensabas que iba a escribirte el trabajo a cambio de nada? Venga ya. Será mejor que estés allí a las doce.

Le di la dirección, tras lo cual se alejó cojeando hacia las duchas.

En realidad, no era un mal chico. Sólo que formaba parte de su naturaleza afablemente corrupta el intentar eludir los compromisos. De eso están hechos los magnates de la industria.

Es probable que el aspecto que más me intriga de esta historia, vista retrospectivamente, sea cómo la noticia de mi «disponibilidad» circuló con tanta rapidez por los pasillos y las residencias de estudiantes de la UCLA durante los siguientes meses. No estoy diciendo que entre el cuerpo estudiantil fuera de dominio público que David Leavitt, novelista, estaba dispuesto a escribir trabajos para estudiantes masculinos de buen ver; no aparecieron artículos en *The Daily Bruin* ni grafitis que yo sepa en las paredes de los lavabos. Aun así, de un modo controlado, la noticia se difundió, y al empezar el trimestre de primavera me llamaron no menos de cinco muchachos con encargos de trabajos. ¿Y cómo habían conseguido mi número? Intenté imaginar las conversaciones que habían tenido lugar: «Qué putada, Eric, no sé cómo voy a terminar el trabajo sobre la "Oda a una urna griega" antes del viernes». «¿Por qué no llamas a Dave Leavitt? Él te lo escribe a cambio de que le dejes hacerte una mamada». «¿Una mamada? Vaya, no está mal. ¿Qué teléfono tiene?».

O quizá la sugerencia nunca era tan directa. Quizá se realizaba en un lenguaje más discreto, o más vulgar. Más bien lo último, sospecho. De hecho, estoy seguro de que en algún punto todos ellos, incluido Eric, hicieron observaciones groseras y humillantes sobre mí, me llamaron «maricón» o «chupapollas», y luego matizaron esos insultos (para ellos) añadiendo que era «en el fondo un buen tipo». O alguna salvedad similar.

El negocio empezó a funcionar tan bien que tuve que rechazar ofertas, bien porque estaba sobrecargado de trabajo, bien porque el muchacho en cuestión cuando me reuní con él no me atrajo físicamente, en cuyo caso me disculpaba y decía que no disponía de tiempo. (Odiaba esa parte del trabajo, pero ¿qué podía hacer? Mi móvil era el provecho, no la caridad. Nunca di nada por lo que no obtuviera algo a cambio).

(Pensaréis que sí que fui a una escuela de empresariales).

En total, escribí trabajos para siete chicos, siete chicos hacia la mayoría de los cuales sentí algo intermedio entre el afecto que ennoblecía mi amistad con Eric y el desprecio que caracterizó mis tratos con Hunter. Los temas fueron desde «La imagen del viajero en la poesía romántica inglesa» hasta «La caída de la comuna de París», pasando por «El abandono de niños en la Italia medieval», «El vuelo en *La canción de Salomón* de Toni Morrison» o «Bronzino y las tradiciones del arte del retrato en el Renacimiento italiano».

De todos esos muchachos y trabajos, Ben es el único del que necesito hablaros.

Ben se puso en contacto conmigo hacia mediados del trimestre de primavera.

—¿Señor Leavitt? —dijo por teléfono—. Me llamo Ben Hollingsworth. Tony Younger me ha dado su número.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me ha dicho que lo llamara. Dice que podría..., que podríamos...

—Tranquilízate. No hay razón para que estés nervioso.

—Gracias. Estoy bastante..., no sé por dónde empezar.

—¿Por qué no nos vemos? —ofrecí, con una voz tan meliflua y profesional como la de cualquier prostituta—. Siempre es más fácil hablar en persona.

—¿Dónde?

Propuse el Ivy, pero Ben no quiso que nos viéramos allí; ni quería en realidad que nos viéramos en ningún lugar público. Me preguntó si podía recogerme en el tercer piso del aparcamiento del Beverly Center, cerca de los ascensores. Para hablar del tema en su coche.

Le dije que me parecía bien.

Nos citamos para el día siguiente a las diez y media. Hacía un frío inusual. Ben llegó en un Honda azul metálico con la puerta del pasajero abollada.



—¿Señor Leavitt? —preguntó mientras la abría.

—Yo mismo.

Subí. En conjunto, con su cabello cuidadosamente peinado y su abotonada camisa de manga corta (un bolígrafo sobresalía del bolsillo), me recordó a esos jóvenes misioneros mormones con placas en la solapa que los identifican, que a veces uno encuentra en las capitales europeas. Al final, la asociación de ideas resultó ser profética. Ben era efectivamente mormón, como no tardé en descubrir, aunque no de Utah, sino de Freemont (California). Sin duda en años anteriores había realizado ese mismo «servicio» europeo, entregando folletos a confusos turistas homosexuales que pensarían que a lo mejor quería ligar con ellos.

—Le agradezco el tiempo que me dedica, señor Leavitt —empezó cuando me abroché el cinturón de seguridad.

—Llámame David.

—Me siento más cómodo llamándolo señor Leavitt.

—De acuerdo, como quieras. ¿Y cómo te llamo yo?

—Ben.

—Ben. Estupendo. No hay ningún problema.

Salimos del aparcamiento.

—Quiero dejar una cosa clara —dijo—. Quiero que sepa que nunca he hecho trampas con nada en la vida. Ni en un examen, ni en un trabajo. Y tampoco he robado nunca nada. No bebo, nunca he consumido drogas. Tengo el hígado sano, señor Leavitt. Salgo con la misma novia desde los quince años. Y ahora lo tengo aquí en mi coche y estoy a punto de entrar en una alianza pecaminosa, al menos eso es lo que espero, porque si no lo hacemos, mi nota media bajará por debajo del 3,5 y necesito una nota más alta para entrar en una buena facultad de Derecho. Me encuentro tan desesperado que estoy dispuesto a hacer cosas de las que me avergonzaré el resto de mi vida. Yo no sé si usted se avergüenza. Eso ni me incumbe.

Doblamos a la izquierda hasta San Vicente.

—Seguramente no —dije.

—No. Y lo que le estoy sugiriendo tiene que sonarle tremendo. De todos modos, tal como lo veo, no hay otra alternativa, porque algún día tendré que mantener a una familia y debo estar preparado. Casi todos los demás estudiantes tienen una familia rica a la que recurrir. Yo no. Y como no soy negro ni voy en silla de ruedas ni nada de eso, lo tengo muy difícil. ¿Oye lo que le digo? No tengo elección.

—Siempre tienes elección, Ben.

Abrió la ventana y dejó ir un audible suspiro. Su cara cuadrada, bien lavada y ligeramente salpicada de acné, tenía algo, debo admitirlo, que me excitaba. Su polla, imaginé, seguro que sabía a jabón bactericida. Y aunque el aura de vida limpia de Ben me excitaba, su vergüenza me avergonzaba. Al fin y al cabo, ninguno de los otros jóvenes para los que había escrito trabajos expresó el más mínimo escrúpulo a la hora de hacer pasar mi obra como propia; como mucho, era la parte sexual, la parte prostibular, la que los arredraba. Cosa que, pensándolo bien, resultaba sorprendente: como si las brutales exigencias del mercado hubieran engullido enteras, en cada uno de ellos, unas trilladas nociones de guardería acerca del bien y el mal.

En Ben, en cambio, esas mismas nociones de guardería parecían ejercer la suficiente presión como para angustiarse, pero no la suficiente como para hacerle cambiar de opinión.

—Bueno, ¿y cuál es la asignatura? —pregunté.

—Historia victoriana.

—¿Y el tema?

—¿Quiere decir que lo hará?

—Tendrás que decirme primero el tema.

—Jack el Destripador —dijo Ben.

—¿De verdad? Qué casualidad. Estaba leyendo sobre él.

—¿En serio?

—Sí. Al parecer hubo mucha gente que pensó que era el príncipe Eddy, el nieto de la reina Victoria y heredero al trono. Aunque la teoría ya ha sido descartada.

—Vaya —dijo Ben—. Ése podría ser un ángulo interesante... si le interesara. ¿Le interesa? Espero que sí, porque si no es así tendré que pensar en otra cosa, y comprar un trabajo con dinero no es algo que esté en condiciones de permitirme ahora mismo.

—Ben, espera un momento. Tengo que decirte que toda esta situación me preocupa. ¿Estás seguro de que sabes en lo que te estás metiendo?

—¿Que si sé lo que tendré que hacer a cambio? ¡Claro! Tony me lo ha contado, tendré que dejarle..., ya sabe... realizar sexo oral conmigo. Y no, no puedo fingir que me sienta cómodo con la situación. Pero estoy dispuesto. Como he dicho, tengo una novia, Jessica. Y a ella tampoco la he engañado nunca.

Nos detuvimos en un semáforo, donde Ben abrió la cartera. Entre frágiles láminas de plástico, una pecosa muchacha pelirroja nos sonrió.

—Muy guapa —dije.

—Será la madre de mis hijos —dijo reverencialmente.

A continuación, apartó la foto, como si la exposición continuada a mi mirada pudiera echarla a perder.

El semáforo se puso verde.

—Claro, si dice que no porque no soy tan atractivo como Tony, bueno, ahí ya no puedo hacer nada. De todos modos, tengo un pene bastante largo. Según creo, a los homosexuales les gustan los penes largos. ¿Es verdad?

—A veces.

Riendo, le di una palmada en la rodilla.

—Mira, ¿sabes lo que creo? Creo que tú deberías escribir el trabajo. Y, si quieres, yo te lo leo, ¿qué te parece?

Gratis, por decirlo así. Y si sacas un aprobado en historia, ¿qué más da? A la larga no importará. Y en cambio no habrás engañado

a Jessica ni transgredido tu ética.

—Pero es que estoy plenamente dispuesto a transgredir mi ética. —El pánico se apoderó de la voz de Ben—. Y lo de la paga y señal. Tony también me lo ha contado, y ya me he ocupado de eso. Mire.

Inclinándose sobre mis rodillas, abrió la guantera. El olor clorhídrico del semen se escapó del compartimento.

Sacó unos calzoncillos arrugados y me los tiró a las piernas.

—¿Cuándo lo has hecho? —pregunté mientras acariciaba el viscoso algodón.

—Ahora mismo. Antes de recogerlo. —Hizo una mueca—. Bien, ¿qué dice, señor Leavitt? ¿Lo hará?

—De acuerdo.

Tenía la boca seca.

—Fantástico. Estupendo.

Dobló y entró en la calle Saturn.

Me restregué los dedos en los vaqueros.

Como le había dicho a Ben, ya sabía algo acerca de Jack el Destripador. Y era porque el príncipe Eddy, cuya candidatura al puesto de Destripador no dejaban de difundir los «destripólogos», también estuvo involucrado en el escándalo de la calle Cleveland. En realidad, algunos historiadores creían que Lord Arthur Somerset había huido de Inglaterra básicamente para echarle un cable a Eddy (otro cliente habitual del burdel) como favor a su viejo amigo y protector el príncipe de Gales.

Habría sido interesante, pensé, escribir un trabajo relacionando la homosexualidad del príncipe Eddy con el odio al cuerpo femenino que parecía ser un elemento tan esencial en los crímenes del Destripador. Por desgracia, existían pruebas bastante sólidas de que Eddy estaba de cacería en Escocia en la fecha de dos de los asesinatos, y puesto que el trabajo de Ben tenía que apuntar con

firmeza a algún sospechoso, decidí que era mejor buscar en otro lado. M. J. Druitt, un médico cuyo cuerpo se encontró flotando en el Támesis unas siete semanas después del último asesinato, era sin duda el candidato hacia el que señalaban la mayoría de las pruebas. Y, por esa razón, parecía probable que por él apostarían muchos de los compañeros de clase de Ben.

¿Quién, entonces? Entre los nombres que surgían con mayor frecuencia estaban los de Frank Miles, con quien Oscar Wilde había compartido casa una vez; James Stephen, primo de Virginia Woolf y preceptor de Eddy; el pintor Walter Sickert; y el médico particular de la reina Victoria, Sir William Gull. En realidad, una gran proporción de los sospechosos parecían haber sido médicos, lo cual no constituye ninguna sorpresa: para destripar un cuerpo de mujer con tanta precisión como lo hizo el Destripador con Mary Kelly, hay que estar en posesión de un detallado conocimiento de la anatomía humana. Y, si tiene razón Donald Rumbelow al conjeturar que el arma del Destripador fue un bisturí de forense «con una pieza sobre la hoja para el pulgar, un instrumento especialmente diseñado para "destripar" hacia arriba», entonces adquiere todavía más fuerza la hipótesis de que fue un médico.

Así pues: el Destripador como médico o antimédico. Siguiendo esta «óptica», el razonamiento que más me intrigó procedía de alguien llamado Leonard Matters, quien en 1929 había publicado un libro en el que afirmaba que el Destripador era en realidad un tal «doctor Stanley», cuyo joven y brillante hijo había muerto de una infección venérea tras viajar a París con una prostituta llamada Mary Kelly. Tras ello, este buen médico (según la teoría de Matters) enloqueció y se dedicó a recorrer las callejas de Whitechapel, obcecado en vengarse no sólo de Mary Kelly, sino de las prostitutas en general.

Una segunda posibilidad era hablar de clases sociales. Se me ocurrió que era un enfoque interesante aunque un tanto experimental, porque al margen de quién cometiera en realidad los

crímenes, la imaginación victoriana —de la cual los rumores son el eco más poderoso— asoció a Jack de un modo casi obsesivo con el palacio de Buckingham. Si no era un miembro de la familia real, entonces tenía que ser alguien cercano a la familia real, algún fracasado de sangre azul enloquecido que recorriera periódicamente las calles del este de Londres en busca de putas que asesinar y eviscerar. ¿Y no cabía imaginar ese personaje como una alegoría de la explotación de las clases trabajadoras por parte de las clases superiores a lo largo de la historia? Aquí asomaba un razonamiento marxista. Al fin y al cabo, Jack sólo eligió como víctimas a prostitutas de un tipo muy degradado: mujeres mayores, alcohólicas, con demasiados niños y sin reparos a la hora de levantarse las enaguas en un sórdido callejón a cambio del dinero para pagarse un trago. Escribir sobre el Destripador en tanto que personificación del desprecio de la burguesía por los trabajadores seguro que daba al encargo un sesgo provocador. O quizá semejante sesgo era demasiado provocador, sobre todo proviniendo de un joven como Ben.

Una tercera posibilidad era hablar de xenofobia: porque, puestos a clasificar a los sospechosos de ser el Destripador, la última gran categoría (tras los médicos y los aristócratas) fueron los inmigrantes.

Mientras meditaba sobre esos planteamientos, lo único que no podía sacarme de la cabeza era una fotografía policial que había visto del cadáver de Mary Kelly, la última víctima de Jack y la única en ser asesinada en su habitación. El cuerpo se encontró sobre la cama, rajado literalmente por la mitad. La nariz había sido cercenada; el hígado, extraído y colocado entre los pies. Los riñones, los pechos y la carne de los muslos, amontonados en la mesita de noche, y una mano introducida en el estómago.

Ni siquiera en mi época de asesinos en serie y películas *snuff*, de Charles Manson y Jeffrey Dahmer, había visto nada igual.

Pasé tres días investigando. Todas las mañanas me levantaba y hacía votos por llegar por la tarde a una decisión, y todas las tardes volvía a casa fracasado. Sólo quedaba una semana para que finalizara el plazo del trabajo de Ben y ni siquiera había empezado a escribir. Era como si algo se hubiera apoderado de mí, como le ocurre a veces a la pantalla del ordenador cuando se queda congelada. Por otra parte, tampoco resultó de utilidad que Ben se detuviera una tarde junto a mi cubículo y me pasara un libro que ya había leído y devuelto.

—Se llama *La identidad de Jack el Destripador* —dijo—. Y, según este tipo, al principio pensaron que el Destripador era un barbero polaco que respondía al nombre de George Chapman, pero luego descubrieron que tenía un doble, un barbero ruso, y que este doble...

—También utilizaba a veces el nombre de Chapman. Lo sé.

—Ah, ¿ya lo ha leído? Bueno, no importa, entonces. Pensé que si a lo mejor no...

—Gracias.

—¿Quiere un Seven-Up o alguna otra cosa?

Acepté.

Acudimos a las máquinas expendedoras, salimos fuera con nuestras bebidas y nos sentamos en un banco del patio de la biblioteca. Era un cálido día de primavera insólitamente hermoso y el aire tenía una claridad poco habitual. Incluso parecía soplar una brisa que traía el olor de las montañas.

Durante un rato, el único ruido del patio, aparte del zumbido de las avispas, fue la pequeña explosión de la apertura de nuestras latas. A continuación, Ben dijo:

—Qué extraño, todo esto.

—¿Qué?

—Bueno..., el que estemos sentados juntos.

—¿Por qué?

—No sé muy bien cómo explicarlo. Verá, en la iglesia..., ¿le había dicho que soy mormón?

—No.

—En la iglesia tenemos una concepción muy clara del pecado. Así que siempre he dado por sentado que si alguna vez cometía un pecado grande de verdad, como el que estamos cometiendo ahora..., no sé, se oiría un trueno y Dios me fulminaría o algo así. En vez de eso, estamos aquí sentados en este patio y brilla el sol. La hierba está verde.

—Pero ¿cuál es el pecado?

—Lo sabe bien. Engañar.

—¿De verdad que engañar es un pecado?

—Claro, es parte del mentir.

—Bueno —dije—, entonces el hecho de que el sol brille y la hierba esté verde significa que a Dios tampoco le importa tanto. O quizá Dios no exista...

El semblante se le torció de horror.

—Sólo es una posibilidad —añadí.

Ben se echó para atrás, como muestra de desilusión.

—Así que es ateo —dijo—. Tenía que haberlo supuesto. Tenía que haber imaginado que la mayoría de los homosexuales son ateos.

—No creas, algunos homosexuales son muy religiosos. En realidad, no me sorprendería descubrir uno o dos mormones.

—Ex mormones.

—De éstos, muchos más; pero, volviendo a lo que decías, yo no me consideraría un ateo. Diría más bien que soy un judío escéptico y no practicante que desconfía del dogma.

—Tony también es judío. La otra noche me contó lo de su circuncisión...

—Su *bris*.

—... y cómo en Israel usan los prepucios para hacer drogas de fertilidad.



Agitó la cabeza en señal de asombro.

—¿Estás circuncidado, Ben?

—No.

Ruborizándose, miró la hora.

Nos levantamos y nos dirigimos a la biblioteca.

—Bueno, volvemos a las minas de sal —dijo ante las puertas principales—. Por cierto, espero que se dé cuenta de que también yo estoy currando. Este trimestre he abarcado más de lo que puedo apretar.

—Bueno, seguro que puedes apretar más de lo que piensas.

—Es probable. De todos modos, quería asegurarme de que lo supiera. Vamos, que no me gustaría que pensara que mientras usted está deslomándose con este trabajo, yo estoy jugando a la máquina del millón o algo parecido. —Se frotó la nariz—. Por cierto, ¿ha decidido ya quién lo hizo?

—Todavía no. Es que todo el mundo tiene una teoría diferente sobre el Destripador, y todas las teorías tienen un agujero.

Eso era cierto. En realidad, consideradas de modo global, las teorías se ramificaban hasta lugares tan distantes que empezaba a parecer que los asesinatos de verdad no venían al caso. Porque, si se daba crédito a todas, entonces el Destripador era el príncipe Eddy y Walter Sickert. El Destripador era Frank Miles, M. J. Druitt y Sir William Gull. El Destripador era un agente provocador enviado por la policía secreta rusa para desprestigiar la reputación de sus colegas londinenses. El Destripador era un *shochet* o matarife ritual judío que padecía una obsesión religiosa. El Destripador era una conspiración de alto nivel para impedir una boda secreta entre el príncipe Eddy y una pobre muchacha católica. El Destripador era Jill la Destripadora, una abortista que, traicionada y enviada a la cárcel por una denta atormentada a causa de los remordimientos, estaba dispuesta a vengarse en las personas de su propio sexo.

Por no mencionar al mago negro ni a la camarilla de francmasones ni (¿cómo podía olvidarlo?) al primo de Virginia Woolf

(y posible amante del príncipe Eddy), el hermoso y demente James Stephen.

Pero ¿cuál? ¿O todos ellos?

Me despedí de Ben y volví a mi cubículo. Resultó que había dejado abierta sobre la mesa la fotografía del cuerpo desventrado de Mary Kelly. ¡Y qué curioso! Al sentarme, aquellos «despojos de carnicero» ya no me provocaron náuseas. Quizá uno se acostumbra de verdad a todo.

*Y sobre ese degradado cuerpo de las postrimerías del siglo XIX, pensé, se abalanzó un auténtico demonio y registró sus cavidades como un ladrón en busca de joyas ocultas, pero sólo encontró pánico, oquedad, vacío.*

Pero ¿qué demonio? ¿Quién?

Levanté la vista.

*La modernidad y el espionaje, la Diáspora y la homosexualidad, la obsesión religiosa y el antisemitismo y, más intensamente —para mí, más intensamente—, el deseo y la enfermedad, emparejados con truculencia.*

—Fantástico —dije.

Porque de pronto —a veces, la inspiración viene efectivamente de pronto— vi quién tenía que ser el Destripador de Ben.

El Destripador era el espíritu del propio siglo XX.

En los días que siguieron trabajé con rapidez, con mayor rapidez que nunca. Visto retrospectivamente, veo que el placer que experimenté al escribir aquel trabajo radicaba en su contemplación como un objeto acabado, como la novela sobre el puente Bailey que estaba seguro nunca empezaría. O, para el caso, como un puente Bailey. Construía de orilla a orilla, y al hacerlo, se aproximaba un destino, una conexión. Era la misma meta que había esperado alcanzar con mi libro sobre Somerset: una especie de poetización de ese momento en que el alma de mi propio siglo, el

alma de la vacuidad misma, devoraba los últimos y fieles vestigios de una época que había creído, casi sin dudarlo, en las presencias.

Tras eso, desde las impuras entrañas de Jack el Destripador, se habían desparramado auténticas tradiciones de alienación, de las cuales yo era meramente un homúnculo ejemplar. Eric era otro: Eric, con su alegre y bienintencionada inmoralidad. Y Hunter. Incluso Ben. Éramos la pesadilla que Mary Kelly había soñado la noche en que fue asesinada.

Terminé, para mi sorpresa, tres días antes. Aquella misma tarde llamó mi agente.

—Felicítame —dije—. Acabo de terminar el mejor trabajo de mi vida.

—Felicidades —dijo Andrew—. ¿Y cuándo voy a ver páginas?

A lo cual respondí, sin mucho convencimiento:

—Pronto.

¿Cómo explicarle que lo que de verdad había permitido que escribiera aquellas páginas era el conocimiento de que nunca llevarían mi nombre?

Llamé a Ben. Pareció feliz y sorprendido ante la noticia y, como la vez anterior, acordamos encontrarnos en el tercer piso del aparcamiento del Beverly Center.

Me esperaba en el coche cuando llegué.

—Encantado de verlo, señor Leavitt —dijo.

—Igualmente, Ben. —Subí al coche—. Bonito día, ¿verdad?

—Ajá —dijo mirando con expectación mi cartera.

—Ah, el trabajo —dije.

Lo saqué y se lo entregué.

—Estupendo —dijo Ben—. Vamos al tejado y lo leeré.

—¿Leerlo?

—Bueno, ¿no pensará que voy a entregar un trabajo que no he leído?

Sacudió la cabeza lleno de asombro; a continuación, metió la llave en el contacto y salimos a la luz del día. Para ser sincero,

estaba un poco sorprendido: al fin y al cabo, ninguno de mis anteriores clientes había sentido la necesidad de comprobar la calidad de mi trabajo. (Aunque tampoco ninguno de ellos había mostrado el más mínimo escrúpulo de conciencia). Con todo, no podía negarle a Ben el derecho a supervisar algo que iba a ser entregado con su nombre; además, me entusiasmaba la perspectiva de contemplar la sorpresa de su cara cuando llegara al final del último párrafo; incluso en una situación como aquélla, seguía teniendo mi vanidad de escritor. De modo que permanecí sentado, con mis destripadores ojos fijos en la perfilada inmensidad de sus pantalones de poliéster, y sólo protesté cuando se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y tachó una línea.

—¿Qué haces?

—Es que me parece que esta frase sobre Druitt es un poco redundante. Mire.

Miré. Era redundante.

—¡Pero no puedes entregar un trabajo con estas marcas!

—¿Cómo? ¿Pensaba que iba a entregar esta copia? ¿Está de broma? ¡Ni pensar! Lo teclearé esta noche en mi ordenador.

Volvió a su lectura. De vez en cuando garabateaba una nota en el margen o tachaba una palabra o una frase, cosa que me puso bastante nervioso, como si sentada a mi lado, reseñando ante mis ojos una de mis novelas, estuviera Michiko Kakutani, la poderosa crítica del *New York Times*.

Al final, Ben dejó el trabajo.

—¿Y bien? —dije.

—Bueno... —Se rascó la cabeza con el bolígrafo—. Es muy interesante, señor Leavitt. Muy... imaginativo. Lo único que pasa es que no estoy seguro de que cumpla los requisitos.

—¿Cómo?

—Lo que se pedía era que se presentara a un sospechoso de ser Jack el Destripador. Y, en el fondo, lo que viene a decir es que eso

no importa. Que cualquiera de ellos o todos podrían haber sido Jack el Destripador.

—Exacto.

—Pero eso no es lo que me pidió la Robinson.

Extendí las manos sobre mi regazo en un gesto de paciencia.

—Comprendo lo que te preocupa, Ben. Sin embargo, intenta verlo de este modo. Tienes que resolver un asesinato, ¿de acuerdo? Una novela policíaca. Sólo que no hay pruebas claras que apunten a nadie. El estudiante de notable piensa en presentar al sospechoso más probable y salir del paso. Pero el estudiante de sobresaliente piensa que ahí hay gato encerrado. El estudiante de sobresaliente piensa que tiene que aprovechar esa oportunidad para investigar un tema más general.

—Entiendo todo eso, pero todo ese rollo sobre la modernidad del siglo veinte..., para ser sincero, señor Leavitt, me suena un poco pretencioso.

—¡Pretencioso!

—Bueno, es muy inteligente y todo lo que quiera. Lo que pasa es que el espíritu de la modernidad del siglo veinte... no puede empuñar un cuchillo. No puede estrangular a nadie. Así que me temo que la Robinson va a pensar que es..., no sé..., estrambótico.

A todas luces, Ben tenía la limitada visión del estudiante de notable.

—Bueno, siento que estés decepcionado.

—¡No, no estoy precisamente decepcionado! Sólo que no es lo que esperaba.

—Muy bien. Pues vuelvo a casa y lo reescribo esta tarde. Sólo tienes que decirme quién crees tú que lo hizo...

—Señor Leavitt...

—¿Fue M. J. Druitt o James Stephen o el doctor Pechenko? ¿Y qué te parece Jill? Podría haber sido Jill.

Ben permaneció en silencio.

Y a continuación:

—Señor Leavitt, no puede reprocharme que me preocupe. Para mí, son muchas las cosas que dependen de este trabajo. Usted, en cambio, no tiene nada que perder.

¿Era cierto eso?

—Y no es usted el que se arriesga a que lo expulsen si lo pillan.

—Bueno, pues precisamente por eso te ofrezco reescribirlo. —Mi furia se había disipado—. Al fin y al cabo, Ben, tú eres el cliente, y el cliente...

—¿Tiene que hacer que suene tan... comercial?

—¿No lo es?

—No estoy seguro —dijo Ben—. Nunca lo he estado.

De nuevo sacó el bolígrafo. Desde la parte inferior de su bolsillo, observé, se filtraba hacia abajo una mancha de tinta azul en forma de lágrima.

—Te has metido el bolígrafo sin tapar en el bolsillo —dije.

—¿Ah, sí? Vaya, siempre lo hago.

—Yo también.

Con el índice, acaricié la mancha. La respiración de Ben se aceleró.

—Mire —dijo—, hablando del trabajo. No lo reescriba. Es probable que el hecho de que yo no lo haya apreciado diga más cosas de mí que de usted, ¿vale?

—No necesariamente...

—Y, en cualquier caso, no he recurrido a usted para sacar un notable, he recurrido a usted para sacar un sobresaliente. Y, si no reconozco un trabajo de sobresaliente cuando lo veo, eso ya indica cuáles son mis limitaciones.

—Quizá. —Moví el dedo hacia abajo y le rocé el pecho—. O quizá sólo indica que yo tengo una mayor experiencia en estas cosas. No olvides que nunca he sacado menos de sobresaliente en ningún trabajo..., ya fueran para mí o para otros.

—Señor Leavitt, haga el favor de no tocarme así. Podría vernos alguien.

—Lo siento.

Aparté la mano.

—Gracias —dijo Ben, aclarándose la garganta—. Y ahora supongo que le debo algo, ¿no?

—Oh, no te preocupes. Para eso esperaremos a que tengas la nota. Entonces...

—No, prefiero sacármelo de encima, si no le importa. Quitármelo de la cabeza. —Jugó con el cuello de la camisa—. Es evidente que no podemos hacerlo aquí. ¿Dónde podemos hacerlo?

—En casa de mi padre —dijo rápidamente—. Él y su mujer están en Singapur.

Sin decir una palabra, Ben puso en marcha el motor y me condujo hasta mi coche.

—Sigueme —dije.

Y eso fue lo que hizo por Santa Mónica hasta Cahuenga y Barham y luego hasta la 314, el plano y transitado laberinto del Inland Empire.

A eso de la una y media entramos en el garaje de mi padre.

—Pasa —dije, desconectando la alarma antirrobo—. Ponte cómodo. ¿Quieres bañarte primero en la piscina?

—No he traído bañador.

—No lo necesitas. Sólo te voy a ver yo.

—En realidad —dijo Ben—, prefiero..., bueno..., ir al grano, si no le importa.

—Muy bien —dije—. Es por aquí.

Y recorrimos juntos el largo pasillo hasta mi dormitorio.

—Es bonita.

—Gracias. No es mi habitación. Es la de invitados. Pero intento darle algún toque personal cuando estoy aquí. Este pequeño cuadro, por ejemplo. Lo ha hecho un amigo mío, Arnold Mesches.

—¿Qué es? ¿Un pavo?

—Un retrato de un pavo.

—Qué raro.

Me quité los zapatos.

—Por cierto, ¿prefieres que deje la luz encendida o apagada?

—Apagada.

—De noche todos los gatos son pardos, ¿no? Bueno, pues ¿por qué no... te quitas la ropa y te echas en la cama? Vuelvo en un instante.

—De acuerdo.

Como un masajista discreto, entré en el cuarto de baño, donde me lavé los dientes y cogí algunos condones. Luego volví a la habitación. Ben estaba desnudo en el borde de la cama, temblando ligeramente.

—¿Tienes frío? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¡Vaya! —dije cuando me senté a su lado—. Menos mal que tengo condones extralargos.

Se cruzó los brazos encima del pecho.

—Señor Leavitt, me hace sentir incómodo cuando dice esas cosas.

—Mira, Ben —dije, intentando que sonara paternal—, lo he estado pensando y si no quieres...

—No, está bien.

—Pero es que también está bien si no quieres. Quiero decir que puedes quedarte con el trabajo. Eso sí, no se lo digas a Tony.

Le hice un guiño.

—¿Cómo la tiene?

La voz de Ben adquirió una urgencia sorprendente.

—¿Tony? Ah, bien. Más pequeña que la tuya, claro.

—¿Recta o curvada?

—Recta.

—La otra noche me contó que, en su fraternidad, hacen el juramento y se afeitan los huevos.

—¿Sí?

—Sí, si se desmayan de tanto beber.



Se me ocurrió algo.

—No eres de ninguna fraternidad, ¿verdad, Ben?

—No.

Le rocé con los dedos el escroto.

—Tienes los huevos bastante peludos. Si quieres, te los puedo afeitar. —Dudé—. Podríamos imaginarnos que estás a punto de entrar en la fraternidad.

Ben empezó a temblar.

—O que soy Tony...

—Cállese.

Y, acercándome la cara a la suya, me hundió la lengua en la garganta.

No penséis que me deseaba. No me deseaba. Sí, se quedó toda la noche, me permitió iniciarlo incluso en los modos más especializados de intimidad; y también me inició en uno o dos. Sin embargo, a la mañana siguiente, mientras estábamos sentados el uno frente al otro tomando el desayuno, vi en su cara que no era en mí en quien pensaba. Quizá en Jessica, o en Dios. Probablemente en Tony. No en mí.

Se marchó poco después, tras haberme arrancado la promesa de que nunca le diría a nadie lo que había ocurrido entre nosotros —una promesa que, naturalmente, mantuve—. Y mientras veía desaparecer su coche por el bulevar California, fui incapaz de adivinar si volvería a hacerlo o si lo haría sólo una vez más o si su vida cambiaría y lo haría mil veces. Sólo sabía que, durante la noche que pasamos juntos, la médula de la identidad había sido tocada. Sin embargo, era incapaz de decir si había resultado alterada.

A continuación, siguió un período de calma. Las vacaciones de primavera se llevaron a la mayoría de los muchachos de la UCLA a la playa. Con mi padre y Jean todavía en Asia, regresé a mis viejos

hábitos: una hora en la biblioteca todas las mañanas, luego Book Soup y almuerzo en el Mandarette Café. Después Andy volvió para quedarse unos cuantos días aprovechando una pausa en el rodaje; y también llegó mi amigo Matt Wolf de Londres. Estuve ocupado.

Algo parecido a mi antigua vida me reclamaba.

Como es natural, sentí curiosidad por saber, cuando acabaron las vacaciones de primavera, qué nota había sacado Ben en su trabajo; también, si se molestaría en llamarme y comunicármela.

Sin embargo, cuando por fin supe del asunto (algo que sucedió a principios de abril), no fue a través de Ben sino de Eric.

Eric y yo no nos habíamos tratado mucho últimamente. Mi sospecha era que tenía una novia nueva, la clase de cosa que nunca habría comentado conmigo. De modo que me sorprendió y alegró que me llamara un domingo por la mañana a las siete y me ordenara que nos encontráramos para desayunar en Ships, en La Ciénaga.

Me esperaba en un reservado de un rincón cuando llegué. Con una plácida y somnolienta sonrisa en la cara, sostuvo la carta con dedos marcados con pequeñas quemaduras.

—¿Haces malabarismos con fuego? —pregunté.

—El domingo pasado me hice cincuenta dólares en Venice Beach —dijo Eric.

—Enhorabuena.

Y me senté. Tenía un bronceado de color púrpura.

—Tengo que confesarte que nunca pensé que me llamarías a las siete de la mañana —dije—. Por lo general, no madrugas tanto.

—Depende de la época del año. El caso es que tengo una noticia que contarte.

Adelante.

—Me ha parecido que tenías que saberlo; al parecer, la semana pasada pillaron a un tipo al que tú le habías escrito algo, Ben no sé qué...

—¿Lo pillaron?

—Me ha llamado Tony Younger. Gofres de plátano para dos —añadió a la camarera— y otro café. Así es. Por lo visto, lo que pasó fue que cuando el tal Ben volvió de las vacaciones de primavera se encontró un mensaje de su profesora de historia, en el que le pedía que se presentara lo antes posible en su despacho. Fue, y ella le vino a decir que, después de leer su trabajo y compararlo con los otros, había llegado a la conclusión de que no lo había hecho él. Que era demasiado sofisticado o algo así. Y entonces le dio dos posibilidades. O admitía que no lo había hecho y entonces le pondría un aprobado y olvidaría el incidente; o protestaba, en cuyo caso le pondría un muy deficiente y el asunto iría a un tribunal.

—Joder. ¿Y qué eligió?

—Ésa es la cuestión. Por lo visto, ese idiota de Ben no sólo confesó que no lo había hecho él, sino que prácticamente se puso de rodillas y empezó a suplicarle a la profesora que lo perdonara. El compañero de piso de Tony estaba fuera y lo oyó todo. —Eric sacudió la cabeza en señal de disgusto—. Después se fue directo a su habitación, empaquetó las cosas y se marchó. Y desde entonces, de esto hace tres días, nadie, ni siquiera Tony, que es uno de sus mejores amigos, ha tenido noticias de él.

—Eric —dije—, tengo que preguntarte una cosa. ¿Mencionó mi nombre?

—Siempre pensando en los demás, ¿eh, Dave? No, no lo hizo.

—Como si eso importara. Como si eso disminuyera mi culpa.

—Eh, tranquilo. —Llegaron los gofres—. No te culpes tan deprisa —prosiguió Eric, sirviéndose jarabe—. Vamos, no se puede decir que ese Ben no supiera a lo que se arriesgaba. Fue él quien te vino a buscar. No lo olvides. Y podía haber luchado. Yo..., yo habría dicho —y añadió con voz más aguda—: «¡Señorita Yearwood, señorita Yearwood, cómo puede creerme capaz de una cosa así!». Y habría llorado o algo por el estilo. En cambio, él se rindió a la primera. ¡No puedes tirar la toalla de ese modo! Te están poniendo a prueba las veinticuatro horas del día, así es como yo lo veo. Quieren ver si eres

capaz de currártelo. Si Ben no fue capaz de soportar la presión, no es tu problema. En fin, lo que quería decirte es que será mejor que te dejes ver poco por el campus durante una temporada. —Me dio una palmada en la mano—. La verdad es que tengo suerte. He terminado los créditos de humanidades. Y si gano el premio por ese trabajo, habré dado un gran paso hacia Stanford, siempre que obtenga una puntuación lo bastante alta en las pruebas generales de aptitud. ¿Te he contado que las tengo a la vuelta de la esquina?

No lo había hecho, un lapsus que corrigió en ese momento con un derroche de detalles, tras lo cual nos despedimos en el aparcamiento; Eric, animado, alejándose hacia su feliz futuro, y yo, destrozado, contemplando la ruina de la carrera académica de Ben, una ruina de la cual, al margen de lo que dijera Eric para mitigar mi culpa, me consideraba responsable al menos en parte. Porque de pronto no importaba que a mí no me hubieran cogido; no importaba que nadie supiera lo que había hecho, salvo los propios implicados, ninguno de los cuales me delataría. Él había sufrido porque yo había escrito mi trabajo y no el suyo. No era posible expulsar la culpa. Lo mejor que podía hacer era sobrellevarla con valentía.

Me metí en el coche de mi padre. Por alguna razón, recordé una ocasión años atrás, estando en la escuela elemental, en que una niña llamada Michele Fox me planteó un dilema ético conocido de la mayoría de los escolares estadounidenses de esa época: si se quemara un museo, me dijo, y pudieras elegir entre salvar a una viejecita o un tesoro artístico incalculable, ¿qué elegirías? Bueno, contesté, depende. ¿Quién es la viejecita? ¿Cuál es el tesoro artístico? A lo cual respondió —sabiamente, estoy seguro—: «No has entendido la cuestión, David Leavitt». Sin duda, no había entendido la cuestión —su cuestión—, puesto que Michele tenía pocas dudas en la vida. (Creció para convertirse en una operadora del 911, el teléfono de las emergencias). En cuanto a mí, me torturé durante años con ese pequeño interrogante, sustituyendo a la anónima viejecita por mi tía Ida, luego por Eudora Welty; el

tesoro incalculable, primero por la Mona Lisa, luego por el *Guernica* de Picasso. Cada vez mi respuesta era diferente. A veces optaba por la vida, a veces por el arte. ¡Y qué sorpresa! A partir de esta volubilidad se formó en mí una filosofía según la cual sólo contaban las particularidades, no las generalidades. Porque los principios rara vez son cosas humanas, y cuando los museos se queman —cuando cualquier edificio se quema—, la verdad es que la mayoría de la gente se salva a sí misma.

Lo que estoy intentando decir aquí es que no hice ningún esfuerzo por ponerme en contacto con Ben o por ayudarlo. En lugar de eso, aquella tarde reservé un billete para Nueva York, donde a final de semana ya estaba otra vez instalado en esa vida de verdad en la que el episodio de los trabajos universitarios resulta únicamente una larga y extraña divagación.

### III

Tropecé con Ben un año más tarde. Fue en la Galería de los Uffizi, en Florencia, adonde había ido a buscar material (en realidad, la estoy escribiendo ahora) para mi novela sobre el puente Bailey. Yo estaba mirando el retrato de Bronzino de Eleonora de Toledo y Ben miraba el retrato de Bronzino de su hijo Giovanni, un niño de mejillas regordetas que sostenía un pequeño gorrión, y entonces, de pronto, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—¿Ben? —dije, sin estar seguro al principio de que fuera él.

—Señor Leavitt.

Para alivio mío, sonrió.

Subimos a la pequeña cafetería del piso de arriba, donde lo invité a un capuchino. Tenía mejor aspecto que cuando nos conocimos. Ante todo, llevaba el cabello más largo y desordenado, lo cual le favorecía; además, había prescindido de su antiguo uniforme de mormón en favor de la tela vaquera y las botas de excursionismo: ropa corriente, ropa de muchacho, en la cual su cuerpo, que de algún modo se veía más generoso, descansaba con visible comodidad. Tampoco pareció sorprendido en lo más mínimo de estar sentado allí conmigo.

—En realidad —dijo—, desde que estoy en Florencia me he encontrado a seis personas de la universidad. Es como si esto fuera Westwood Village. —Tomó un sorbo de su capuchino—. Antes de venir a Italia no sabía que el café podía ser tan bueno.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—En Florencia, tres días. En Italia, dos semanas. Estoy con mi amigo. No, supongo que debería decir mi novio. —Se me acercó—. Keith y yo hablamos de esto todo el rato. Novio es bobo, y amigo es demasiado eufemístico, y pareja suena a acuerdo comercial. Por eso Keith me dice: «¿Y por qué no dices que estás con Keith?». Pero entonces la gente pregunta: «¿Quién es Keith?». Y vuelvo a la casilla de salida.

—Bueno, conmigo no tienes que preocuparte —dije, sonriendo—. En fin, ¿cómo conociste a Keith?

—Fue después de dejar la facultad, mientras vivía con mis padres en Fremont. La cuestión es que me moría de ganas de ir a San Francisco. La historia de siempre. Y una noche en que subía y bajaba por la calle Castro, al final reuní valor para pararme en un bar. Lo siguiente fue que conocí a alguien que me invitó a una cerveza.

—¿Y era Keith?

—Oh, no. Keith vino después. —Las mejillas de Ben se ruborizaron—. A él le gusta decir a la gente que nos conocimos en una fiesta, pero lo cierto es que nos conocimos en la calle. Buscaba plan y me llevó a su apartamento y follamos. El resto es historia. —Ben vació la taza de café—. ¿Y usted, señor Leavitt? ¿Qué ha estado haciendo este año? ¿Sigue viviendo con su padre?

—No, he regresado a Nueva York.

—Ah, fantástico. ¿Y para quién está escribiendo trabajos allí? ¿Para los chicos de la Universidad de Nueva York? ¿O para los de Columbia?

—En realidad, estoy trabajando en una novela.

—Supongo que es mejor así.

En su tono se mezclaba el reproche y el afecto.

Nos quedamos callados un momento. A continuación, dije:

—Ben, a propósito de tu trabajo...

—Así que se enteró.

—Sí. Y lo siento. Probablemente tenías razón, probablemente era pretencioso. O, al menos, no era lo adecuado para ti. Siempre intenté que mis trabajos sonaran como si procedieran de las personas de las que se suponía que tenían que proceder. Aunque en tu caso supongo que me dejé llevar. Casi me encapriché. El caso es que me enamoré de una idea.

—Es un escritor. Se supone que los escritores se enamoran de las ideas.

—Exacto. Y por eso tenía que haber sido más cuidadoso. Al fin y al cabo, si hubiera hecho el trabajo como tú me lo pedías...

—Si hubiera hecho el trabajo como yo se lo pedía, me habría graduado en la UCLA, estaría camino de la facultad de Derecho y comprometido con Jessica. O me habría graduado en la UCLA, estaría camino de la facultad de Derecho y sería un marica con un comoquiera que se llame. En lugar de eso estoy tomando un café con usted en lo alto de los Uffizi. —Se echó para atrás—. No estoy diciendo que no lo echara todo a perder. Lo que digo es que el jurado aún está deliberando si fue para bien o para mal. Y, por supuesto, sería un hipócrita si fingiera que sólo fue por el trabajo. Nunca fue sólo por el trabajo.

—¿Y cuáles son tus planes?

—Bueno, ahora estoy estudiando trabajo social en la Estatal de San Francisco. Mi objetivo es conseguir el título y luego trabajar con enfermos de sida.

—Eso está muy bien.

—Ah, y también, y esto quizá lo sorprenda, estoy empezando a escribir.

—¿De verdad?

—Bueno, pensé, ¿por qué no? La verdad es que desde que vivo con Keith, he leído todas las novelas gay que han caído en mis manos. Incluso he leído dos novelas tuyas. Me gustó *El lenguaje perdido de las grúas*. *Amores iguales* no me gustó tanto.



—Seguramente tenía que haberla escrito como autobiografía. Aún puedo hacerlo.

—Interesante. En cuanto a mí, pienso que podría hacerse una historia buenísima con nuestra pequeña aventura.

—Es una buena idea —dije—. Los escritores a menudo disfrazan de ficción sus vidas. Lo que casi nunca hacen es disfrazar de vida la ficción.

No había en realidad ninguna forma de responder a esa observación, por lo que ambos nos quedamos callados durante unos momentos. Luego Ben dijo:

—¿Y usted, señor Leavitt? ¿Se siente cómodo con lo que hizo?

Recogí con la cucharilla los últimos restos de la crema del capuchino.

—Bueno, no lo considero el momento más brillante de mi vida, si es eso lo que me preguntas. Con todo, no me avergüenzo. Vamos a ver, ¿hace mal un escritor de encargo diciéndole que sí a la primera dama porque ésta no sabe escribir? ¿Hizo mal Marni Nixon doblando la voz de Natalie Wood en *West Side Story* porque Natalie Wood no sabía cantar?

—Dígame usted. ¿Hizo mal?

El caso es que yo no tenía ninguna respuesta.

Poco después de eso nos levantamos. Era casi la una, y Ben y Keith se habían citado a esa hora frente al café Rivoire. Desde el lugar en que Savonarola había quemado las vanidades, los vi besarse en la mejilla, dos atractivos jóvenes bien vestidos. Luego, con los brazos entrelazados, bajaron juntos por la Via Calzaiuoli.

¿Cómo me sentí? Avergonzado, sí. También feliz. Porque lo que no le había explicado a Ben —lo que no podría nunca explicarle a Ben— era que aquellos trabajos, todos juntos, constituían la mejor obra que había hecho en mi vida. Y quizá era así precisamente porque se habían escrito para intercambiarlos por placer, a diferencia de esas otras fichas con las que uno sólo puede comprar

placer. Así cantaban los antiguos trovadores, para que las damiselas les lanzaran cuerdas desde los virginales balcones.

De todos modos, eso a Ben no se lo podía haber dicho, porque si se lo hubiera dicho —si le hubiera dicho que era el mejor trabajo que había hecho en mi vida—, lo habría considerado una tragedia, no una victoria, y eso yo no lo habría soportado.

Desde la plaza de Savonarola, volví hacia el corredor de los Uffizi, que se abría como un par de fórceps. Las palomas, multitudes de palomas, daban vueltas en el cielo y se posaban de vez en cuando en las cabezas de las estatuas: la imitación de David, Neptuno, Hércules y Caco, con sus largos dedos y sus enormes genitales. *Y hacia este foco se movieron una vez grandes oleadas de hombres —pensé— atraídos por el propio David, por el sueño de la libertad misma.* Habría sido un trabajo magnífico... Entonces tañeron las campanas. Ben y su compañero habían desaparecido.

—¡Es la hora de comer! —gritó un anciano que se puso a repartir migas de pan.

Y las palomas se congregaron y se abatieron sobre el suelo.

# **Las bodas de madera**

No había visto a Celia desde hacía seis años. Nadie, ninguno de sus viejos amigos, la había visto desde que se casó con Seth Rappaport y se trasladó con él a Italia. Así que, cuando me bajé del tren en Montesepolcro y busqué en el andén a la Celia que recordaba —la Celia de siempre, gorda y perpleja—, fue para mí toda una sorpresa encontrarme con el saludo de aquella elegante mujer. Y es probable que a ella le agradara la expresión de asombro e incluso de consternación de mi cara: a mí, no cabe duda, me habría gustado estar en su lugar; que hubiera sido Celia, tan gorda como siempre, la que bajara del tren y que una Lizzie transformada, esbelta como una modelo, la esperara para darle la bienvenida.

Cogidas del brazo, nos dirigimos hacia su diminuto y abollado Fiat. Estábamos a mediados de junio. Por encima de nosotras, Montesepolcro se alzaba y resplandecía en lo alto de su colina. Los verdes prados brincaban en señal de saludo. El aire tenía un tinte mantecoso, como si el sol se hubiera derretido y el propio cielo lo hubiera absorbido.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Celia, metiendo con un brazo musculoso mi bolsa de viaje en el maletero.

—Me parece una visión del cielo en un cuadro del purgatorio.

(Se trataba de mi primer viaje a Italia y era propensa a la poesía turística).

En lugar de responder, Celia subió al Fiat y me hizo sitio en el asiento del pasajero, que estaba ocupado por una gran pila de

camisas planchadas. Finalmente, el que no nos hubiéramos visto en tanto tiempo parecía un accidente: al fin y al cabo, me había hecho un buen número de invitaciones a lo largo de los años —primero a Bill y a mí; luego, después del divorcio, sólo a mí—, animándome en todas ellas a visitar el famoso Podere di Montesepolcro, donde vivía y desde donde dirigía su escuela de restauración. Y siempre había deseado, siempre había sido mi intención, aceptar. Igual que nuestro amigo Nathan. Lo comentábamos cada vez que nos veíamos en Nueva York, en las fiestas o en la cola del cine. Sólo que Nathan trabajaba para su padre, y yo me casé; luego, enfermó Martin, el amigo de Nathan, y Bill me dejó; luego acabé el doctorado. (Más tarde conseguí mi actual trabajo; enseñé lengua y literatura clásicas en un colegio privado del West Side). Al cabo de un tiempo habíamos anulado tantas veces la visita que creo que Celia empezó a desesperar de que apareciéramos de verdad algún día. Martin murió. Mi divorcio finalizó. De pronto, disponíamos de tiempo —de demasiado tiempo—, y Nathan reservó los billetes.

—¿Ya ha llegado? —pregunté a Celia, mientras encendía un malhumorado motor y nos escabullíamos colina arriba hacia el amontonado pueblo de piedra.

Asintió.

—Llegó ayer y... la verdad, Lizzie, estoy preocupada.

—¿Preocupada por qué?

Me acordé de Martin, y se me encogió el corazón.

Sin embargo, Celia disipó mis temores.

—No, no. De salud está estupendo. Tiene un aspecto estupendo. El problema es que parece..., no sé muy bien cómo decirlo..., desesperado.

—Eso es normal —dije, aliviada—. Nathan siempre parece desesperado.

—«Cansado del viaje y cansado de la vida». Eso fue lo que me dijo cuando fui a recogerlo. «Celia, estoy cansado del viaje y cansado de la vida».

—Siempre dice esas cosas.

—Lo sé. Sólo que esta vez, no sé por qué, parecía que lo decía en serio.

Tras atravesar el feo cinturón de edificios de apartamentos que ceñían la parte vieja, cruzamos un puente de madera y entramos propiamente en Monteseplcro. La única calle daba vueltas y vueltas sin dejar de subir, como un turbante, luego se desviaba de pronto a la derecha y salía al campo. Los cipreses flanqueaban un camino que conducía a la casa de labranza de Celia, que reconocí por la foto difundida en el *New York Times*, *Gourmet* y *Travel and Leisure*.

—¡Vaya! —dije al salir del coche—. Es más bonita incluso que en las fotos.

—Gracias, pero volviendo a Nathan... —parecía que todavía necesitaba, perpetuamente, volver a Nathan— ... hay algo más. Me dijo algo extraño.

—¿Extraño en qué sentido?

—Fue cuando lo recogí ayer en la estación. Estaba esperando en el bar y, al otro lado del pasillo, había una mujer con un gorro de fieltro, imagínate, icon el calor que hace! Y cuando subíamos al coche, Nathan dijo:

»"Celia, esa mujer tenía orejas de burro."

»"Pues no estamos en carnaval", dije.

»"No", contestó, "lo digo literalmente. Las tenía marrones, peludas... y se movían."

—¿De verdad? —Estaba fascinada—. Bueno, eso explicaría el sombrero.

—¡Oh, Lizzie! —La desaprobación hizo que la voz de Celia sonara áspera—. Claro que parece divertido. Lo que ocurre es que no estaba bromeando. «Lo he visto con mis propios ojos», dijo. Y, luego, en la cena, tenía una mirada tan vidriosa...

Habíamos llegado al viejo muro que rodeaba la casa. Mientras Celia recorría el pestillo de la verja, pasé los dedos por la

argamasa que unía las piedras; una pequeña porción se deshizo y me manchó los dedos de cal. Estaba absorbiendo las cosas: el cenador, entrelazado con rosas trepadoras, las motas de sombra en el suelo de grava, la profusión de flores.

¿Cómo lo había conseguido Celia?, me pregunté, y sentí, no por primera vez, que no estaba a la altura de la belleza.

Tras cruzar el patio, rebuscó las llaves en el bolsillo. La casa, que era muy antigua, había perdido a lo largo de los años parte de las proporciones, pero nada de la gracia. Sí, quizá se había encorvado un poco, se había vuelto un poco más fondona. Sin embargo, ocupaba su porción de tierra con la confianza de alguien cuya mera presencia siempre ha impuesto el silencio a su alrededor, ha alentado y ha redimido. Tenía un tejado de pizarra blanca y roja que se desmoronaba, las paredes de color café con leche, muchas ventanitas de formas extrañas. Las tres alas, escalonadas y diferentes, parecían no tanto construidas sino reclinadas sobre la pendiente del jardín, con la cabeza entre violetas y los pies apuntando a la eternidad.

—Es maravilloso —dije cuando, tras entrar, asimilé la extensión del suelo de terracota, los cómodos sofás pasados de moda, la chimenea, las estanterías de libros y las mesitas con pilas de revistas viejas—. ¡Y qué vista! ¡Es espectacular!

—Cuando vives aquí —dijo Celia—, te acostumbras a la comida. Te acostumbras incluso a los hombres; pero a esto —hizo un gesto hacia la ventana—, a esto nunca te acostumbras.

Me daba cuenta de la razón. Era la textura, no el color, lo que definía aquel paisaje: los campos arados podían haber sido de pana; los verdes prados, de moaré; un campo segado, un retal de apagado ante lleno de hilos plateados. Por todas partes, los girasoles eran un estampado modernista. Y, por encima de todo, rocas inmensas, como si un dios niño, millones de años atrás, hubiera hecho un castillo con arena mojada.

—Son demasiadas cosas que asimilar —dije—. Es demasiado bonito para creerlo o para soportarlo.

—Una maldición con vistas, así es como lo llama Nathan.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Sigue durmiendo. ¡Y se fue a la cama a las diez! Lleva —miró la hora— casi trece horas.

—Déjalo que descanse. Ha tenido un año muy duro.

—Otra cosa que dijo, cuando llegó, fue: «Tú, querida, eres una fuerza de la naturaleza; a mí, en cambio, la naturaleza me fuerza».

—Bueno, Celia, en eso no tengo más remedio que estar de acuerdo con él. La verdad, nos haces pasar vergüenza, viviendo como vives en esta casa fabulosa, con todo este éxito y, por si fuera poco..., ¿meto la pata si saco el tema de tus kilos?

—Sácalo.

—No es que no estés gorda, ¡es que estás delgada! ¿Cuántos kilos has perdido? ¿Veinticinco?

—Treinta y cinco. Pero una persona gorda —prosiguió con tono sombrío—, mentalmente al menos, no dejará nunca de serlo. Incluso ahora, me miro al espejo y veo a la Celia gorda de siempre, con faldas de mesa camilla.

—No es eso lo que yo veo.

—Eres muy amable, Lizzie. Siempre has sido amable. Nathan, en cambio, no pierde una oportunidad de recordarme mis kilos. En muchos aspectos, no ha cambiado nada.

Con esa observación sacó una flor marchita de un ramo de caléndulas. Era evidente que ella y Nathan —unidos, según parecía a veces, desde tiempo inmemorial— no estaban experimentando una reanudación fácil de su amistad.

Celia me condujo entonces a la cocina, donde nos sentamos a una antigua mesa de refectorio, la una frente a la otra. La cocina de hierro estaba engalanada con ristras de ajos y chiles. La albahaca crecía en una maceta junto al fregadero, mientras que en otras macetas se secaban manojos de orégano, romero y salvia. Es



posible que las mujeres siempre hayan necesitado estar en una cocina para hablar íntimamente. En todo caso, nosotras teníamos esa costumbre. Así que nos sentamos y hablamos del matrimonio. Al fin y al cabo el matrimonio era lo que había llevado a Celia a Italia. Aunque a Seth no se le veía por ningún sitio. Habían llegado a un acuerdo, me contó Celia.

—Yo vivo aquí, y él vive en Roma. De este modo nos llevamos muy bien.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados ya? No me acuerdo.

—La semana que viene hará cinco años. Las bodas de madera.

—¡Qué casualidad! La semana que viene cumpliríamos tres años Bill y yo. —Contemplé el reflejo de la luz en la pequeña taza que me pasaba—. Y ahora no vivís juntos, pero seguís casados. ¿Por qué?

—Nos necesitamos —dijo Celia, sirviendo café—. Tenemos nuestra relación. Es difícil de explicar.

—Sí, lo entiendo.

Celia se me acercó.

—Mira, Lizzie, antes de que sigamos, hay algo que quiero preguntarte de Nathan. Ya he visto que tiene buen aspecto, pero ¿está bien?

Mis dedos se cerraron sobre el asa de la taza.

—¡Estaba a punto de hacerte a ti la misma pregunta!

—¡Pero si yo no lo sé! Se niega en redondo a hablar de Martin. En cambio, me explica sus aventuras sexuales en Internet.

—¡Conmigo hace lo mismo! ¡Y es un aburrimiento! Los gays siempre piensan...

—¡Haced el favor de no hablar de mí cuando no estoy delante!  
—interrumpió una voz de barítono.

Nos dimos la vuelta. De repente teníamos ante nosotras al objeto de nuestra especulación, con aspecto de pillo, atractivo con su camisa oxford medio desabrochada y su pelo cano despeinado tras las horas de sueño.

—Buenos días, Nathan.

—Buenos días, Celia. ¡Y Lizzie!

—Hola, Nathan.

Nos abrazamos de modo discreto, puesto que sabía que el contacto físico con mujeres lo incomodaba; luego, al separarnos, ambos sonreímos a Celia, quien nos miraba con unos ojos en los que el recelo, el afecto y la reprimenda formaban una especie de fuego violento y purificador.

—Tan madrugador como siempre, por lo que veo.

—Son muchos años...

Sonriendo, extendió los brazos.

Para mi sorpresa, ella le permitió abrazarla.

Esa tarde fuimos a pasear por el monte e intentamos recordar cómo se habían conocido Nathan y Celia. Sabíamos que había sido en el primer año de la universidad, probablemente en el bar, ¿quién los había presentado? ¿De qué habían hablado? Nadie era capaz de recordarlo.

Lo que Celia sí recordaba era que al principio Nathan no había mostrado ningún interés por ella, sino que había intentado, por medio de ella, llegar a su amigo Andrew.

—¡Eso es completamente falso!

—Memoria selectiva —dijo Celia.

En cualquier caso, habían pasado diecisiete años desde aquel aciago y olvidado día, diecisiete años en el transcurso de los cuales su vida compartida se había fragmentado y difuminado. Ya no se hablaban todos los días, ni siquiera todos los años. A pesar de ello, cada uno se mantenía al corriente de las andanzas del otro, en gran parte gracias a los esfuerzos de la leal amiga Lizzie, conocida por su mediación, por su fiel correspondencia.

A continuación, Nathan quiso saber cómo se había convertido Celia en una cocinera tan famosa.

—Al fin y al cabo, cuando te conocí, lo máximo que cocinabas era un té.

—No es una historia muy larga. Compramos la casa y, cuando no pudimos hacernos cargo de las obras de remodelación, a Seth se le ocurrió la idea de convertirla en una escuela de restauración. Ahora todo el mundo lo hace. Incluso los Médici.

—¿Y te pusiste a estudiar?

—No, me dediqué a leer libros de cocina. No tengo mucha imaginación para la comida, pero la verdad es que cada vez estoy más convencida de que, si quieres hacer una buena comida italiana, es mejor que no seas imaginativa. Alguien me dijo una vez que la cocina italiana es obediencia.

—¿Y suelen ser mujeres las que vienen? —pregunté.

—Por lo general. A veces, vienen parejas. El año pasado también reservaron plaza por una semana un grupo de gays. Al final lo cancelaron a última hora porque a uno de ellos tuvieron que internarlo en el hospital. Cuando pidieron la devolución de la paga y señal, tuve una pequeña discusión con Seth.

—Qué lástima —dijo Nathan—. Nada es más entretenido que una pandilla de locas en la cocina. —Y aclarándose la voz, se puso a imitarlas—: "Derek, ¿qué demonios se supone que estás haciendo con esa salsa? ¿No sabes hacer una bechamel?" "¡Claro que sé cómo se hace una bechamel!" "¡Venga, cállate la boca, Dolores! Perdónela, señorita Hoberman, ¡es que tiene la regla!"

Imitó el afeminamiento con voz aguda y nasal, y se echó a reír. Y Celia también se echó a reír, aunque sin mucho entusiasmo. Entre las muchas cosas en las que Nathan no había cambiado se contaba su desprecio por cualquier cosa que sonara a reinona o a loca, por no hablar de su absoluta inconsciencia de que, cuando imitaba esas voces, se parecía alarmantemente a sí mismo.

—Bueno, el caso es que devolví la paga y señal.

—¿Y qué haces con esas señoras todo el día? —pregunté, para dejar de hablar de la muerte y de Seth.

—Ah, no es difícil tenerlas contentas. Lo que mi folleto promete es una auténtica experiencia de la Toscana, y eso es lo que les doy. Viven en la casa. Van a comprar al mercado. Y, por supuesto, tres o cuatro veces durante la estancia Mauro las lleva de visita. Siena, San Gimignano, Pienza...

—¿Mauro?

—Mi socio. Un joven *chef* de Roma.

Nathan partió una ramita por la mitad.

—Sí —continuó Celia—, tengo que reconocer que, si he conseguido una buena reputación en ciertos círculos judíos de Nueva Jersey, Westchester y Long Island, al menos en parte se lo debo a Mauro.

—Nunca entenderé ese apetito de las americanas por los coqueteos no consumados con los espaguetinis —dijo Nathan—. Un *o sole mio* y se...

Celia le lanzó una mirada airada.

—¿Así que has probado la comida de Mauro? —pregunté a Nathan—. ¿Es para morirse?

—¡No lo sé! Aún no lo he visto.

—Mauro lleva un par de días en casa de su madre. Llega mañana.

—Lo que les pasa a los italianos... —empezó Nathan—. Pensándolo mejor, será mejor que no diga nada.

—No, venga, dilo.

—Bueno, pues mira, el año pasado, por ejemplo, teníamos un italiano en el gimnasio. Asistía por un año a la Escuela de Empresariales de Columbia. Fabio. Un tío bueno, de unos veintiocho años, con uno de esos increíbles pechos italianos llenos de pelo. Una tarde nos estábamos cambiando y se le olvidó cerrar la taquilla. Así que yo, como buen homosexual que soy, aproveché para olerle los calzoncillos...

—¡Oh, Nathan!

—¡Vamos, Celia, no te hagas la remilgada! Me niego a creer que el matrimonio te haya convertido en una mojigata. En fin, volviendo a mi historia, esperé a que no hubiera nadie y luego abrí la taquilla y saqué los calzoncillos de los pantalones. Eran blancos, uno de esos slips europeos, sin apertura por delante. Me los llevé a la cara y los olí así.

Inhaló con gesto teatral.

—¿Y? —pregunté.

—Eternidad.

—¡Por dios, Nathan! —dijo Celia.

—No, Eternidad, el perfume de Calvin Klein. Casi me asfixio. ¡Vaya desilusión! Ni rastro de un olor natural de hombre sano. Además, me había dado cuenta de que siempre llevaba las camisas sin una arruga. ¿Sabes cómo lo hacía? Se metía los faldones de la camisa por los agujeros de los calzoncillos.

—Sí, todos lo hacen —dijo Celia, mientras se salía del sendero y nos conducía por encima de una loma hasta un prado lleno de fleos, boñigas y tomillo silvestre. No muy lejos, mugían y rumiaban unas cuantas vacas blancas y marrones con grandes cencerros colgados del cuello. En el cielo, al otro lado del llameante sol, se alzaba una luna opalescente, y Monteseplcro brillaba bajo sus rayos como una corona enjoyada.

Se hizo el silencio. Tuve la sensación de algo no dicho entre Celia y Nathan, algo compuesto principalmente de amor, pero aleado también con rabia y desaprobación. Y ese algo actuaba sobre la necesidad de Celia como una batidora sobre unas claras de huevo. Lo cual no me sorprendió: todos sabíamos que cierto grado de resentimiento siempre había veteado el afecto que se tenían. De modo que, cuando Celia se volvió de pronto hacia Nathan y dijo: «Esto no puede seguir así», aquello era nuevo..., aquello parecía reflejar nuestra larga ausencia..., era la autoridad lo que marcaba su tono.

Nathan sonrió casi con placidez.

—¿Qué es lo que no puede seguir aquí?

—Todo esto. Es como estar todo el rato dando vueltas alrededor de lo más importante.

—¿Y qué es lo más importante?, si se puede saber.

—Pues... cómo te encuentras.

—Cómo me encuentro. —Sonrió—. De acuerdo, te lo diré.

De salud, muy bien, por lo que sé. De lo demás, me encuentro bastante irreal.

—¿Irreal?

—Como cuando eres pequeño y te preguntas si la habitación entera desaparece en cuanto sales de ella. ¿No te has preguntado nunca eso?

—No —dijo Celia.

—Pues yo sí. De pequeño dudaba de la realidad de todo menos de la mía. De hecho, siempre sólo últimamente, desde la muerte de Martin, he empezado a sentir lo contrario.

Lo miramos confusas.

—Quiero decir que todo es real salvo yo.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Bueno, para daros un ejemplo, hace un par de semanas, en Nueva York, salía de un bar que está en la parte más degradada del Village Este y vi a una mujer caminando por la calle, era una chica joven. Guapa. Llevaba un albornoz de baño rosa y zapatillas de baño rosa, como las que tenía mi madre, y caminaba, arriba y abajo, arriba y abajo, por aquella terrible calle con meados en las paredes y ampollas de *crack*. Y de pronto se me ocurrió que quizá no era una adicta al *crack* ni una vagabunda, sino alguien que soñaba. Ya sabéis, una de esas pesadillas en las que te encuentras en un sitio inesperado, una escuela, una ciudad extraña, con albornoz y pijama. Y vi tan claro que era alguien que soñaba que empecé a preguntarme si yo era de verdad una persona o sólo una figura en el sueño de aquella mujer, una figura que desaparecería en cuanto ella despertara. Pensé que debía de ser terrible para ella

preguntarse dónde estaba, por qué no estaba en su cama, y quise correr hacia ella y sacudirla hasta despertarla, para sacarla de la pesadilla. Pero entonces pensé que, si lo hacía, a lo mejor yo desaparecería, como en una nube de humo. Y me asusté muchísimo. Me aterroricé.

Enderezó la espalda.

—Si tú te vas, la vaca se queda.<sup>[1]</sup> —dijo Celia.

La miramos desconcertados.

—*El más largo viaje*. ¿Os acordáis? Si tú te vas, la vaca se queda. Todos aquellos chicos de Cambridge discutiendo sobre la realidad de la vaca... Yo pensé que Forster decía que la vaca sólo existía cuando estábamos allí para percibirla, pero entonces el profesor, ¿era Crane?, nos recordó que en Inglaterra *stop* quiere decir «quedarse». Y entonces tú dijiste, lo recuerdo claramente, que a lo mejor una vaca inglesa «se queda», pero que una vaca americana «desaparece».

—Mmm —dijo Nathan.

—Me pareció muy inteligente —dijo Celia—. Pero ésa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

—La cuestión es que, en Monteseplcro, la vaca se queda. La vaca es real.

—Celia, tú no te quedaste. Cuando más te necesitaba, cuando Martin acababa de dar positivo. ¿Por qué?

—Necesitaba ser el centro de la vida de alguien.

—Eras el centro de mi vida.

—No, tú eras el centro de mi vida. No es lo mismo.

—De todos modos —dijo Nathan, desviando la mirada—, era tu mejor amigo.

—Y yo estaba enamorada de ti. Sí. Ahora puedo decirlo. Tú no querías que fuera cierto, no parabas de fingir que no era cierto, pero lo era. Nuestra relación existía en una realidad diferente de

aquella en la que intentabas colocarla. La vaca era real. Yo era la vaca.

—Tú no eras una vaca.

—Cómo que no, los hombres no paraban de llamarme vaca. «Tú, vaca gorda», me decían. Y no te acostumbrabas nunca. Además, ser guapa no servía de nada, puesto que eras indiferente a las mujeres, y yo era indiferente a todo el mundo salvo a ti, y tú no hacías más que dejarme colgada cada vez que algún jovencito jugoso asomaba por el horizonte.

—¡No te dejé colgada nunca!

—¡Memoria selectiva! —repitió Celia—. Me dejabas colgada una y otra vez. Lo que ocurría era que pensabas que a mí eso no me importaba. Pero, Nathan, ¿qué te creías que hacía todas aquellas noches? ¿Que me quedaba viendo a David Letterman por la tele? ¡No! Me quedaba en casa con la sangre hirviendo. —Se frotó las manos en el vestido—. Lo que les pasa a los hombres como tú, Seth es igual, es que os da pánico importar a la gente. De modo que cuando pensáis que habéis herido a alguien, salís disparados. Tiráis las cartas sin abrirlas. No hacéis caso de los mensajes del contestador automático... Pero lo cierto es que yo no desaparecía cuando tú salías de la habitación, por más que a ti te hubiera gustado eso. Me quedaba y sufría.

—Por lo que recuerdo —dijo Nathan—, eras tú quien nunca respondía a mis mensajes.

—Llámalo ataque preventivo.

El silencio siguió a aquel extraordinario estallido de rencor; el silencio y, poéticamente (quizá demasiado poéticamente), el fuerte mugido de una de las vacas.

—Aun así, lo tuyo fue un abandono —observó Nathan al cabo de un rato, aunque su dulce voz llegó demasiado tarde.

—¿Un abandono por el que me castigas ahora? —contestó ella.

Él se quedó callado. Se había levantado una brisa. El sol caía como una moneda de oro en una hucha.



—Será mejor que volvamos —dijo Celia, y dando la vuelta, nos condujo al sendero y al *podere*.

La cena aquella noche fue un trámite bastante sombrío, aunque delicioso; y, una vez concluido, todos nos retiramos pronto a la cama. Tanto Nathan como yo sufríamos, como ya he dicho, las consecuencias del *jet-lag*. En cuanto a Celia —recuerdo este detalle de su carácter—, el mal humor le producía sueño.

Antes de proseguir me parece pertinente ofrecer algunos datos sobre la distribución de los cuartos en la casa. En el segundo piso, Celia tenía para ella sola una magnífica suite formada por una sala, un dormitorio, una pequeña cocina y un espléndido baño. Se escapaba a su suite, me explicó más tarde, cuando necesitaba descansar de sus alumnas o cuando estaba Seth allí (cosa que ocurría raras veces). A lo largo del pasillo había cuatro dormitorios bastante grandes, cada uno llamado con el nombre de un color. Uno de ellos (el rojo, junto al cuarto de Celia) era el que yo ocupaba; los otros tres no podían ser ocupados en aquel momento, porque estaban reformando los cuartos de baño. Por último, en el piso de abajo, había tres dormitorios más: dos para invitados y uno para Mauro, que era más bien simbólico, porque pasaba casi todas las noches con su novia en Montesepolcro. El dormitorio de Nathan, el cuarto azul, que estaba situado en parte bajo el mío y en parte bajo el de Celia, compartía un cuarto de baño con el de Mauro; el otro cuarto de abajo estaba, como los de arriba, en proceso de renovación.

Claro que aquella primera noche no sabía nada de todo esto. Lo aprendí todo mucho más tarde, cuando la distribución de las habitaciones empezó a tener consecuencias. Aquella primera noche, en cambio, me fui a la cama llena de inocencia y algo enfadada; pero, aunque estaba muerta de cansancio, no conseguí dormirme. Así que me quedé leyendo un rato, hice el crucigrama y el acróstico

del *Times* del domingo. Al final —ya era medianoche pasada— la inquietud por lo cansada que iba a estar a la mañana siguiente me sacó de la cama y, con la necesidad de hacer algo, fui al cuarto de baño y me hidraté la cara con algunas de las fantásticas cremas Clarins que había comprado en el *duty-free* del Kennedy. Los rituales del tocador, como los del salón de té, siempre han sido para mí una fuente de consuelo, un recordatorio de que bajo las oscilaciones y las turbulencias de la vida cotidiana corre una corriente más continua, por más que sea una corriente cuya música no tienen paciencia para escuchar la mayoría de los hombres.

En cualquier caso, había completado las tres cuartas partes de ese ritual cuando oí o creí oír un ruido de grava.

Miré por la pequeña ventana del cuarto de baño. Una figura imprecisa parecía estar empujando el coche de Celia: sí, empujándolo, con una mano en el volante y la otra en la puerta. ¿Y quién era esa figura?, me pregunté. ¿Era Celia? Aunque me asomé cuanto pude, no logré distinguir quién era.

Al final, el coche dobló en una curva y desapareció en dirección a Monteseplcro. Desde la lejanía oí el ruido del motor que revivía entre carraspeos.

Bueno, qué cosa más rara, pensé, cerrando la ventana. ¿Adonde demonios irá Celia a esta hora? ¿Y por qué toma tantas precauciones para que no la oiga nadie?

Si es que era Celia. A lo mejor le estaban robando el coche. Aunque ¿quién querría robar un Fiat como aquél?

Era cerca de la una de la madrugada. Cansada de estar cansada, recurrí a medio Valium, que me arrojó a un sueño profundo aunque agitado, un sueño del que desperté poco después de las nueve. Celia y Nathan ya habían acabado de desayunar cuando bajé al comedor.

—Buenos días —dijo Celia.

—Buenos días.

Miré por la ventana y descubrí el Fiat en su lugar habitual.

—¿Has dormido bien? —preguntó Celia, sirviéndome café.

—No demasiado. Lo típico del *jet-lag*: primero estaba cansada, después me desvelé por completo y, al final, el ruido ese. ¿Lo has oído?

—Celia siempre dormía con tapones —interrumpió Nathan—. ¿Te los sigues poniendo?

—La verdad es que sí. Nunca oigo nada por la noche.

—Así que no...

Nathan me dio una patada por debajo de la mesa.

—No... ¿qué?

—Nada, nada. Debo de haber tenido un sueño raro. De esos en los que no estás segura de si algo es real. ¡Como la historia de Nathan!

—Prueba esta mermelada de albaricoque —dijo Nathan, alcanzándome el tarro—. La ha hecho Celia.

—Voy a buscar más pan.

Apartó la silla, que chirrió de modo horrible sobre las baldosas, y se dirigió a la cocina.

Nathan me hizo un gesto para que me callara.

—De acuerdo —susurré.

Volvió con una ingeniosa panera hecha con tablillas de madera de olivo colocadas sobre una bandeja que servía para recoger las migas.

—Celia me estaba contando el plan del día —anunció Nathan.

Y se lanzó a un recitado de alimentos e itinerarios que consiguió distraernos con éxito a los tres del tema del ruido.

Cuando acabó, Celia se levantó y empezó a retirar los platos.

—Te ayudo —dije, de modo casi automático.

Nathan no se movió.

—Típico —murmuró Celia.

Cargó el lavavajillas. Y luego dijo:

—Bueno, tengo que irme.

Resultó que había quedado para ir al mercado con Mauro, quien esperaba aprovechar nuestra visita para ensayar algunas recetas nuevas.

—Es decir, si no os importa hacer de conejillos de Indias —añadió.

—¿Importarnos? ¿Por qué habría de importarnos? —pregunté mientras la seguíamos por el patio.

—Sobre todo si Mauro es el gran cocinero que dices que es —añadió Nathan.

—Me parece que no os defraudará. Bueno, hasta luego.

Se fue con el coche.

Nathan se dio la vuelta hacia mí.

—Gracias —dijo.

—Nathan, ¿qué demonios pasa?

—Te debo un favor, Lizzie. Me has encubierto.

—¿Has sido tú el que se ha llevado el coche de Celia esta noche?

Asintió.

—Pero ¿por qué todo este secreto?

—No le había pedido permiso.

—¡Ah! —Me eché a reír—. Bueno, por lo menos no es que yo también alucine.

Nathan aceptó la pulla sin pestañear.

—Pensaba que nadie me oiría. Contaba con los tapones de Celia... y con que tú estuvieras dormida.

—No lo estaba.

—Y tuve cuidado. Conduje con mucho cuidado.

—Nathan, no es ante mí ante quien tienes que justificarte. No era mi coche.

—¿Cómo te sentirías si lo hubiera sido?

Medité la pregunta.

—Perpleja. Enfadada, a lo mejor. Pero ésa no es la cuestión, porque no soy Celia.

—De todos modos, quiero contarte por qué cogí su coche. Y lo que sucedió. En realidad, quiero contártelo, por si...

—Por si... ¿qué?

Se sentó en un pequeño banco de hierro colado. Me senté junto a él.

—En primer lugar —dijo—, me tienes que prometer que no se lo dirás a nadie.

—Por supuesto.

—Y también me tienes que prometer que no vas a decirme que soy un canalla. Ya sé que soy un canalla. No necesito reproches.

—Tranquilo.

—De acuerdo.

Y me contó la siguiente historia.

Al parecer, la noche anterior, también Nathan se había ido a la cama sin sentirse demasiado bien. Y no era que no encontrara cómoda la habitación que le había dado Celia. Las viejas vigas, el techo inclinado, el sofá descolorido con lejía, el armario y el secreter, todo ello, según contó, hablaba de permanencia y ocupación. Todo invitaba a colgar ropa arrugada, a sacar bolígrafo y papel. La habitación podía haber sido la de Van Gogh en Arles, salvo que las paredes estaban desnudas, puesto que, en deferencia a su educación judía, Nathan había descolgado cuidadosamente de su clavo la pequeña Madonna colocada sobre la cama.

Como yo, había intentado, y no había conseguido, dormir. Así que encendió la luz de la mesita de noche e, incorporándose en la cama, miró el despertador. Las doce y veinte: temprano, según los parámetros neoyorquinos. Se le ocurrió una idea descabellada. En Florencia, donde había permanecido un par de noches antes de ir a Montesepolcro, había a lo largo del Arno un atractivo parque al que acudían regularmente hombres a mansalva en busca de sexo. En ese momento el recuerdo reciente de ese parque lo aguijoneó. ¿Por qué no aquella noche? Pero no, era imposible, Florencia estaba a muchos kilómetros de Montesepolcro; además, no tenía coche.

*Pero Celia tiene coche*, lo interrumpió una voz en su cabeza. Y la descabellada idea —la vergonzosa idea— prendió.

Se vistió, se metió de puntillas en el cuarto de baño, se lavó los dientes y la cara. El ruido de la cadena del wáter lo hizo estremecerse. No quería despertar a Celia. Y lo peor fue que la cisterna empezó a rellenarse ruidosamente, como un perro sediento lamiendo agua. De todos modos, razonó, si la cadena la había despertado, el ruido de la cisterna al menos amortiguaría sus pasos al bajar por la escalera.

En la cocina, encendió la luz. Había pensado que tendría que buscar las llaves de Celia, pero estaban sobre la encimera, por lo que sacó del llavero una que tenía una pieza de plástico negro y cruzó en silencio la puerta. El aire estaba tranquilo y transportaba el aroma del jazmín. Nathan procuró caminar lo más suavemente que pudo por el camino de grava. Luego, se metió en el Fiat, lo puso en punto muerto y lo empujó por la carretera hasta que la casa dejó de verse. Sólo arrancó cuando creyó que nadie podría oírlo. El motor se puso en marcha, y Nathan se alejó, deshaciendo el camino por el que Celia lo había llevado dos días antes, por el arco en el muro del pueblo, los sinuosos pliegues del turbante, el puente de madera y la ladera de la colina, más allá de la estación. Allí, milagrosamente, apareció un letrero que decía: FIRENZE. Unos minutos más tarde estaba en una carretera despejada.

Tavarnelle..., San Donato..., San Casciano... En el cuentakilómetros de Celia se acumulaban los kilómetros. Nathan esperaba que no se diera cuenta de la diferencia de números. En cualquier caso, condujo deprisa y, como había poco tráfico, a eso de la una y media entraba en Florencia. Su buen sentido de la orientación le permitió localizar el Cascine sin demasiados problemas.

Satisfecho consigo mismo, salió del coche. La luna estaba en lo alto del cielo. Más allá de aquel estrecho sector de parque, el río brillaba pálidamente. La noche era cálida y benigna, tanto que

incluso las prostitutas transexuales que ejercían su oficio a lo largo del Viale le parecieron envueltas en inocencia.

Mientras tanto, los árboles se agitaban con el viento y los hombres se agitaban entre los árboles.

Dejó el Viale y entró en el boscoso enclave en el que la regularidad de la planificación urbana —árbol, banco, árbol, banco— no excluía lo agreste. Era por los murciélagos. Estaban por todas partes, revoloteaban por las orillas, rozaban el agua que parecía llena de árboles: un segundo parque, subacuático, por el cual, si se zambullía, Nathan pasearía boca abajo. Las cigarras se interpretaban a sí mismas y, a medida que sus ojos se acostumbraban al entorno, las sombras se coagularon en hombres y muchachos, algunos sentados en bancos, otros charlando en grupos o junto a los árboles. Nathan encontró un árbol libre y adoptó su posición estándar para esa clase de empresa: las piernas separadas, una mano colgando de una trabilla del pantalón, la otra apoyada en la cadera, que proyectaba ligeramente hacia adelante.

Se colocó de este modo y, abriendo mucho los ojos, contempló la apasionante oscuridad.

Frente a él, un muchacho apoyado en un árbol le devolvió la mirada.

Nathan separó aún más los pies.

¡Qué árbol tan maravillosamente cómodo!, se encontró pensando. Parecía creado expresamente para acomodar los contornos de su cuerpo: un árbol Birkenstock. Parecía como si lo sujetara. Le dio la impresión de sentir los dedos de la corteza haciéndole un masaje en la parte de abajo de la espalda y se maravilló de la capacidad del cerebro para la alucinación táctil.

El borroso muchacho se apartó entonces de su árbol y atajó por un sendero al sur de Nathan. Se miraron cuando pasó. Sin embargo, la oscuridad era irritante; no logró distinguirlo lo bastante bien como para decidir si era o no atractivo.

A continuación, el muchacho se dio la vuelta, volvió sobre sus pasos y adoptó, como por casualidad, su postura habitual, aunque esa vez junto a Nathan.

—*Ciao* —dijo.

—*Ciao* —respondió Nathan.

Silencio. El muchacho tenía el cabello negro y la piel clara. En la delgada camiseta blanca se dibujaban a la perfección las hondonadas y las colinas de su pecho.

Nathan no necesitaba mirarlo: incluso desde lejos era capaz de sentir las oleadas de deseo que irradiaba el cuerpo del muchacho, era capaz de sentir, como si fuera su propio pulso, el martilleo del joven corazón.

Le levantó la camiseta y metió la mano bajo ella. El muchacho contuvo el aliento; el abdomen se tensó. Nathan fingió no darse cuenta. Escrutó a los otros hombres de las proximidades mientras su mano, inevitable, continuaba el viaje ascendente hasta descansar sobre el pecho del muchacho y acariciar, con la lacónica libertad de la propiedad, primero uno y luego otro pequeño pezón. Entonces, la opresión católica cedió de repente, y el muchacho se abrazó a Nathan, le manoseó el pecho, le plantó la boca en la mejilla, buscó bajo la camisa y agarró músculo, grasa y vello. Sin embargo, carecía de delicadeza; era una farsa sexual; le retorció los pezones sólo porque Nathan le había hecho lo mismo. Era un novato. ¡Y qué cansado estaba de iniciar a novatos! Parecía inevitable que atrajera a muchachos como aquél, nunca a hombres de su tamaño o su edad...

En aquel momento, el árbol habló.

Nathan se quedó paralizado.

El árbol habló. Y su voz fueron juncos del río en la brisa.

—*Cosa?* —preguntó el muchacho.

—Chist —dijo Nathan—. Escucha...

—*Polizia?*

—No, no..., una voz...



—*Non capisco...*

—Chist.

Permanecieron en silencio. El muchacho volvió a retorcerle los pezones. Nathan lo apartó. Sacando la mano, el muchacho volvió a meterse la camiseta y se alejó con un insolente: «Ciao». Nathan apenas se dio cuenta, puesto que la voz había regresado, vaga, acariciadora.

De pronto, descendieron dos ramas y se le enroscaron alrededor del pecho.

El pánico es instantáneo. No considera las consecuencias ni las imposibilidades, sólo la forma más rápida de salvación. Y el pánico le dijo a Nathan que se apartara a toda prisa de aquel árbol. De modo que intentó dar un paso, pero las ramas se cerraron sobre él, inmovilizándolo, y, cuando intentó liberarse, se estrecharon aún más, vaciándole los pulmones de aire. Quiso gritar, pero no tenía aliento, lo único que pudo hacer fue empujar, con ambos puños, aunque el árbol insistía en sujetarlo.

Le pareció que el árbol estaba a punto de derrumbarse a causa del esfuerzo, y sin embargo se apoderaba de él. Sintió avanzar la corteza sobre su piel, entrar en sus pantalones. Notó el sabor de la corteza en la boca.

Sólo era capaz de empujar ciegamente, con todas las fuerzas, para aprovecharse de lo que percibía como una flaqueza momentánea del árbol.

De pronto se vio libre, con ramas rotas en una mano.

Un aullido llenó el aire y luego se apagó. El árbol estaba a cierta distancia. Un árbol normal y corriente. Él estaba arrodillado, en el suelo. No conseguía respirar, intentaba aspirar grandes bocanadas de aire. Mientras tanto, a su alrededor, los hombres se alejaban de él, puesto que había provocado un alboroto y a las dos de la madrugada una atmósfera tan delicada como la del Cascine se fractura con facilidad.

A pesar de sus esfuerzos, no conseguía recuperar el aliento.

Un abanico de murciélagos descendía en picado sobre el río. Lo único que deseaba era salir de allí, así que volvió tambaleándose hasta el coche, metió la llave en el contacto y se alejó. Sin embargo, le temblaban las manos y, temiendo tomar una dirección equivocada, se metió en una gasolinera abierta toda la noche. Aparcó el coche, se echó para atrás, cerró los ojos, contó las respiraciones hasta que volvieron a ser estables, regulares. A continuación, se dirigió a los servicios; estaba de pie delante del lavabo, lavándose las manos, cuando se miró al espejo y vio que tenía la camisa manchada de sangre.

Se quitó la camisa, volvió a mirarse al espejo. Ni un rasguño.

No era sangre, entonces. Jugo de baya. Algo frotado contra algo..., tomates..., sangre de alguien...

Lanzó la camisa bajo el grifo y la aclaró con furia hasta que las manchas se volvieron de un rosa pálido. A continuación la tiró a un cubo de basura y, sin camisa, volvió al coche de Celia.

Durante todo el camino hasta la salida de la *autostrada* se preguntó si estaba volviéndose loco, y cuando entró en Monteseplcro, se hallaba convencido de ello. Luego, al acercarse a la casa de Celia, se dio cuenta de que la camisa demostraba que no podía estar loco.

La camisa que había tirado.

¿Soñaba? Debía de estar soñando, decidió, y recordó que una vez siendo niño su madre había contestado a la pregunta: «¿Cómo sé cuándo estoy soñando?» diciéndole que se pellizcara, así que se pellizcó y le dolió, de forma que supuso que no soñaba.

En casa de Celia nada había cambiado en su ausencia. El lugar respiraba envuelto en su sueño. Abajo, en el oscurecido valle, se deslizó un tren. Como un tenue rayo de luz en movimiento.

Se dirigió sigilosamente hacia la pérgola y miró la hora: las tres. Aún le podían quedar cinco o seis horas de sueño, aunque fuera irregular y escaso. De cualquier modo, era posible que el día siguiente trajera consigo mayor claridad.

Llegó a la puerta de la cocina y descubrió que estaba cerrada.

En el bolsillo sólo tenía una llave, la llave del coche...

Durante unos segundos sacudió el pomo, como si eso fuera a servir de algo..., y luego rodeó la casa e intentó entrar por la puerta principal. Tampoco se abrió.

Cerró los ojos, apoyó la frente contra la fría pared de piedra, trató de llorar y, tras fracasar en el intento, volvió a la pérgola y se echó, desesperado, en una tumbona. No hay que olvidar que iba sin camisa y que la noche estaba invadida por los mosquitos. Al darse cuenta de su vulnerabilidad, cogió una toalla que Celia había dejado fuera, se cubrió el pecho y meditó sobre las opciones que tenía. Podía despertar a Celia; sin embargo, hacerlo era arriesgarse a que ella descubriera que le había cogido el coche, y no sabía mentir demasiado bien. La otra cosa que podía hacer era dormir en la tumbona y que Celia lo encontrara por la mañana. Cuando le preguntase qué hacía allí, le diría que se había levantado temprano, había ido a dar una vuelta y no había podido entrar. Aunque ¿cómo explicar las picadas de mosquito que sin duda lo cubrirían, por no hablar ya de la falta de camisa? Y, sobre todo, ¿cómo convencer a Celia, la persona que más lo conocía, de que él —la persona menos madrugadora del mundo— había hecho algo tan improbable como levantarse al alba y salir a pasear sin camisa?

No, decidió, era mejor afrontar las consecuencias, llamar al timbre, inclinarse ante la justificada furia de su amiga y esperar, como había esperado tantas veces antes, que se apiadara de él. Y, sin embargo, ¿no tendría más posibilidades con ella por la mañana? Sin duda una Celia que hubiese dormido toda la noche de un tirón se mostraría más comprensiva que una Celia arrebatada bruscamente de su sueño.

En cualquier caso, observó el cómico judío que había en él, podría ser peor. Podría estar lloviendo.

Y entonces tenía que haber empezado a llover, pero no llovió. Volvió a cerrar los ojos. No deseaba preocuparse por lo que pasaría

a la mañana siguiente, ni pensar en el árbol, ni contemplar la nada emocionante perspectiva de su regreso, dos semanas después, a Nueva York. En su recuerdo aún persistía el regusto a corteza.

Al final se quedó dormido. Aunque el sueño en el que cayó era demasiado débil como para borrar los sonidos y la cambiante luz, y tampoco era lo bastante profundo como para amortiguar su percepción del paso del tiempo, una percepción a cuya sombra el tiempo progresaba con desesperante lentitud. Tampoco se vio ese sueño libre de interrupciones; en realidad, la más mínima perturbación lo sacaba de él y lo enfrentaba a la cruda conciencia no sólo de su dilema, sino del dilema que era toda su vida.

Por fin, llegó el alba. Pareció alzarse desde el fondo del mundo, y la luz, que renace cada día sin recuerdo, en su naciente inocencia se dirigió a alguna naciente inocencia en Nathan, haciéndole creer que era posible perdonar las heridas, condonar las deudas, hacer retroceder el tiempo. Las posibilidades danzaban ante sus ojos, unas posibilidades que, lo sabía, al cabo de unas pocas horas quedarían agostadas por el lúgubre brillo del mediodía. Sin embargo, en aquel momento seguían vivas.

Y entonces, de pronto, dos perros con manchas marrones y blancas empezaron a lamerle las manos y le obligaron a abrir los ojos, a incorporarse y a dar unas palmaditas a la suave y moteada cabeza de uno y luego a la del otro.

—Perro bonito —murmuró—. Te portas bien, ¿verdad?

Un gorrión pasó a unos centímetros de su cara.

Alzó la vista y vio de pie ante él a un joven alto, también descamisado, con un pecho casi sin vello que brillaba a la temprana luz y la pálida piel llena de vitalidad, como si se la hubieran entregado hacía poco. El joven tenía en la cara una expresión intermedia entre la cautela y la diversión. De su cuerpo emanaba un olor a limones.

Sonrió torciendo la boca. En conjunto ofrecía una impresión de belleza extraordinaria pero insólita, una belleza resaltada por el

hecho de que bizqueaba ligeramente. En realidad, podía haber sido uno de los caballeros de Bronzino, despojado, en ese momento, de los brocados y la portañuela; un caballero que regresaba de un baño en el bosque o de pasar una hora retozando con una doncella.

—¡Luna, Venta, *venite!* —dijo el joven.

Y los spaniels se acercaron a él. Torpemente, Nathan se sentó. La toalla se le cayó del pecho, y se preguntó si la recogía o no.

El joven le preguntó algo complicado en italiano.

—*Scusa?*

—Ah, eres americano —dijo entonces en correcto inglés—. Debes de ser uno de los invitados de Celia.

—Sí, soy Nathan.

—Yo soy Mauro.

La mano que le tendió tiró de Nathan y lo puso en pie.

—¡El *chef!*

—*iChef!* No soporto esas palabras francesas. Cocinero me parece estupendo. ¿Y tú? ¿Te ha obligado Celia a dormir fuera por alguna razón?

—Se me ha cerrado la puerta —dijo Nathan, y miró la hora—. ¡Las seis y media! ¿Siempre llegas tan temprano?

—Por lo general, no —dijo Mauro—. Es que esta noche he estado durmiendo en casa de mi novia en Monteseppolcro... Bueno, supongo que querrás entrar.

—¿Tienes llave?

—¡Claro!

Y entonces Mauro se dirigió a la puerta de la cocina, sacó del bolsillo un llavero lleno de llaves y la abrió.

—Haré café —dijo, mientras entraban, y sacó de un armario alto el café en grano para molerlo.

No se había preocupado de volver a ponerse la camisa, y Nathan, admirando los apretados músculos de la espalda de Mauro, lamentó su propia desnudez. Al fin y al cabo, siempre había sido de ese tipo de personas a quien favorecía más estar vestido.

—Creo que voy a ducharme —dijo a continuación, y subrepticamente volvió a colocar la llave del coche en el llavero de Celia.

—*Bene* —dijo Mauro, vertiendo leche en un cazo—. Y cuando vuelvas, a lo mejor me cuentas lo que ha pasado..., por si tengo que mentir por ti.

Le lanzó a Nathan una sonrisa radiante. No había cálculo en ella, sólo buen humor y un poco de timidez.

—Sí, claro —dijo Nathan—, luego te lo cuento todo.  
Y partió, entre efluvios de café, a ducharse.

Más tarde, por supuesto, pude ser más coherente; pude pensar por mi cuenta. Sin embargo, aquella mañana, mientras Nathan terminaba de contarme su historia, me quedé literalmente sin palabras. En el fondo, ¿qué podía decirle cuando mi propia experiencia con lo «sobrenatural» se limitaba a un único encuentro con un aparente *poltergeist* que en cierta ocasión rompió algunas de las mejores piezas de porcelana de mi madre? En aquel caso, el *poltergeist* resultó ser mi hermano Eddie, que tenía problemas con las drogas; de todos modos, dudé en ofrecerle el ejemplo a Nathan para que no pareciera que intentaba racionalizar y menospreciar lo que le había sucedido. No era eso lo que pretendía. Al contrario, sentía que tenía que aceptar aquel relato, aceptarlo con toda su singularidad y su carga de terror atávico.

En cambio, Nathan parecía no creerse a sí mismo o, al menos, parecía decepcionado por mi credulidad.

—Bueno, ¿quién puede asegurar que no estaba alucinando? —preguntó.

—¿Crees que estabas alucinando?

Lo pensó unos instantes.

—No. Aunque si de verdad estoy psicótico, difícilmente puedo valorar los parámetros de mi propia psicosis, ¿no?

—Quizá. O quizá sucedió de verdad algo.

—¿Se supone que eso tiene que consolarme?

—¿No te consuela?

—¡No! ¡En absoluto!

—¿Por qué?

—Porque si no fue real, soy otro desgraciado más que se vuelve loco. En cambio, si fue real, entonces es el mundo el que se vuelve loco. Y puede suceder cualquier cosa.

—Sí, comprendo lo que quieres decir.

Permanecemos en silencio durante unos instantes.

—En cualquier caso —concluyó—, por lo menos ahora lo sabes. Así que si mañana desaparezo, no pienses que me he ido a ninguna parte. Habla con los árboles.

Como no parecía que pudiera replicar gran cosa a eso, entramos en la cocina y bebimos un poco de zumo de naranja sanguina que sacamos de un tetrabrik de la nevera. Llegó Celia.

—Hola, muchachos —dijo, con las manos llenas de cebollas—. Por Dios, ¿os habéis pasado todo este rato sentados aquí recordando los viejos tiempos?

—Algo así.

Sonreímos con cierta incomodidad. Mientras tanto, justo al otro lado del umbral, esperaba Mauro. Pensé que su mirada se cruzaba nerviosamente con la de Nathan antes de atreverse a entrar y, tendiendo la mano, presentarse.

Ahora, unas palabras sobre Mauro. No se podía negar que era guapo. Aunque yo no habría comparado al rescatador de Nathan, como había hecho él, con un caballero de Bronzino; su autopresentación había sido demasiado decididamente moderna para eso. A pesar de ello, no era posible pasar por alto el hecho de que en algunos rostros italianos todavía perdura esa aristocrática hosquedad que anima los retratos del Renacimiento. Y en Mauro —¿de qué otro modo decirlo?— la sangre hablaba. Sí, la sangre

hablaba, y era en los tobillos, bronceados y elegantes en sus náuticos, donde curiosamente más hablaba.

Tras el almuerzo, fuimos andando los cuatro a Monteseppolcro a tomar un café en el bar Garibaldi. Los turistas tienen toda la razón al observar que en cada pueblecito toscano hay un bar Garibaldi, un bar Centrale o un bar Italia; una observación a la que sólo añadiré que, en aquel bar Garibaldi concreto, un muchacho pelirrojo colocaba trozos de coco en una bandeja giratoria de tres pisos; lánguidamente, la bandeja giraba; lánguida, muy lánguidamente, unos hilos de agua salían de un surtidor de la parte de arriba para, en apariencia, humedecer el coco, pero en realidad, creo, imitando de forma vaga esas espléndidas fuentes que en los jardines acuáticos del Renacimiento despedían chorros que luego caían sobre artísticos arreglos de piedra esculpida. O, por lo menos, así fantaseaba mi imaginación, una imaginación rebosante aún de ese asombro que tan a menudo marca los primeros días del visitante en Italia. Un asombro que no es posible sentir dos veces. Es como el placer que acompaña la primera lectura de una gran novela, algo a lo que luego podemos acercarnos pero nunca replicar, de tal modo que al margen de los cariñosos regresos que uno haga, al margen de las bandejas de coco que uno vea, siempre debemos envidiar los ojos vírgenes del neófito.

Volvamos, sin embargo, a la historia: como es habitual entre los italianos, tomamos el café de pie. Mauro y Nathan, observé, fingían que acababan de conocerse, un pequeño disimulo un tanto teatral con cuya representación Nathan pareció recuperarse considerablemente. Jamás negaría que es la clase de persona en quien la tortuosidad siempre provoca una pequeña emoción. En cuanto a Celia, no sabía si tenía alguna idea de lo que había ocurrido durante la noche; de ser así, en absoluto lo dejó traslucir. En lugar de eso, se dedicó a sorber el café con placidez. Quizá también ella disimulaba; sobre todo ahora, tengo mis dudas. O



quizá era cierto que no se había percatado de la cifra de su cuentakilómetros.

El caso es que estábamos en el bar Garibaldi, y Mauro le contaba a Nathan el plato que él y Celia tenían intención de preparar para la cena.

—Se llama *Genovese* —dijo—, a pesar de ser napolitano, porque los genoveses tenían muchas trattorias en Nápoles...

—Básicamente es un estofado de carne hecho con unos cinco kilos de cebollas —dijo Celia—. Y se deja en el fuego durante horas. Primero se come la pasta con el *sugo*, es decir, las cebollas, vino blanco y lo que ha soltado la carne...

—Pasta *lisce*, no *rigate*.

—Y luego se come la carne como *secondo*.

—Parece delicioso —dije.

—Hablas inglés muy bien, Mauro —dijo Nathan—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Mauro estudió dos años en la Universidad de Minnesota.

—Además, mi madre es medio estadounidense. He pasado varios veranos con mi familia de Milwaukee.

—Ah, eso lo explica todo. ¿Y tiene éxito la cocina romana en Milwaukee?

—Siempre que no pongas demasiado *peperoncino*.

—En lo que a mí respecta —dijo Celia—, no es posible poner demasiado *peperoncino*.

—Sí, me acuerdo de eso —dijo Nathan—. Íbamos mucho a una pizzería griega —añadió dirigiéndose a Mauro—, y Celia le echaba tanto chile a la pizza que, si se manchaba los dedos y luego se frotaba los ojos (y siempre se estaba frotando los ojos), se le hinchaban y no paraba de llorar.

—¿Una pizzería griega? Qué raro. Celia no me cuenta muchas cosas de su época universitaria.

—¡Vaya, pues hay un montón de historias que contar! Celia, ¿no tienes por ahí ninguna foto vieja?

—Las quemé todas. —Apuró el café—. Bueno, ¿qué tal si volvemos a casa y empezamos a pelar cebollas?

Y volvimos a casa y empezamos a pelar cebollas: los cuatro en la cocina, dedicados a pelar y pelar. Y qué diferencia, pensé, entre la cara de Mauro, con su nerviosa vivacidad, la cara de mi ex marido Bill, que al acercarse a la cuarentena empezaba a tener papada, y la cara de Nathan, a cuyos maduros contornos el inalterado repertorio de expresiones juveniles daban ya un aspecto cómico ie incluso de payaso! Pobre Nathan. No salía bien librado de la comparación. Porque era evidente que Mauro, aunque no pasaba de los veintisiete o los veintiocho años, se sentía cómodo siendo un hombre; en realidad, era probable que se hubiera sentido cómodo siendo un hombre antes incluso de serlo. Nathan en cambio parecía atascado en una suerte de adolescencia perpetua; y, allí donde sus facciones se volvían cada día más masculinas y duras, el espíritu que las animaba seguía siendo el de una infancia agravada e incluso agraviada: una infancia que había durado demasiado tiempo.

Cebollas, cebollas. Empezaron a llorarme los ojos. Mientras tanto, al otro lado de la habitación Mauro le describía a Nathan el vino tinto que acababa de comprar en la *cantina*.

—Es de la zona de Ancona y sabe a violetas —dijo.

Y siguió hablándole de ciertos aspectos técnicos de su composición —de taninos y cosas así—, de esos que son siempre tan aficionados a soltar (mi marido era igual) los hombres heterosexuales; y lo curioso fue que Nathan, a quien solían aburrir los detalles, bebió aquel conocimiento con tanta avidez como si fuera el mismo vino.

—Mauro, ¿por qué no llevas a Nathan a esa enoteca de Siena? —propuso Celia—. A lo mejor le gusta.

—¿Te gustaría ir? —preguntó Mauro.

—Me encantaría.

Así que poco tiempo después la *Genovese* estaba hirviendo en la cocina, y Mauro y Nathan partieron camino de la enoteca de Siena, dejándonos a Celia y a mí charlando solas y ocupándonos del huerto.

—Cuéntame más cosas de Mauro —dije cuando se fueron, mientras Celia recogía hojas de escarola para la ensalada de la cena.

—En realidad, no hay mucho que contar. Es un chico muy agradable.

—Guapísimo, si quieres que te lo diga.

Alzó la vista de las lechugas.

—Vaya, ¿acaso te interesa, Lizzie? —preguntó con tono un poco cortante.

—Tiene novia, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—Bueno, lo he supuesto. Un muchacho tan atractivo...

Celia volvió a las escarolas.

—Sí, claro, tiene novia. En realidad, gracias a ella conseguí que trabajara para mí. Antes de contratarlo, trabajaba en Roma, en una trattoría a la que íbamos mucho Seth y yo, un lugar maravilloso; una noche nos pusimos a hablar los tres y él mencionó a su novia. Era de Montesepolcro, y él estaba buscando un trabajo por la zona.

—¡Qué coincidencia!

—Sí, podría decirse que fue algo providencial.

—Espero que no rompan. ¿Volvería a la trattoría de Roma?

—A lo mejor. No sé. Me parece que le gusta estar aquí. Duerme todas las noches en casa de ella —añadió—. Algo muy italiano. Se cuela después de que los padres se hayan ido a dormir. Ellos fingen que no se dan cuenta.

Su cesta estaba tan llena que las hojas sobresalían.

—Ah, Celia —dije, pues estaba un tanto soñadora—, quizá un muchacho como él sería la respuesta a mis problemas. ¿No crees?

Educado, agradable a la vista. Después de Bill, ya he tenido bastantes americanos complicados.

—Pero los italianos no son tan sencillos como todo el mundo cree.

—Vaya...

—Son presumidos, petulantes y se creen pequeños dioses por culpa de sus madres. Lo cual no quiere decir que no tengan cierto atractivo. No voy a negarlo. De todos modos, seamos realistas, ¿cómo construyes una vida con un muchacho como Mauro? No tendrías nada de que hablar, salvo de comida.

—Bueno, ¿quién dice que haya que hablar?

—Oscar Wilde dijo que la conversación tiene que ser la base de cualquier matrimonio.

—Oscar Wilde es como Freud. Todo el mundo cree que, porque dijo algo, ese algo es automáticamente cierto.

—¿Y en este caso no lo es? En fin, la conversación es importante. Seth y yo, por ejemplo; lo único que nos sale bien es conversar. Hablamos continuamente por teléfono, sobre libros y música, Italia y Estados Unidos. No sabría prescindir de eso.

Me pregunté por qué lo decía. ¿Le había pedido alguien que prescindiera?

—Bueno, yo he prescindido y tengo que decir que me siento mucho mejor. No es que no comprenda tu punto de vista —continué—. Pero un romance de vacaciones con un apuesto italiano... no me importaría, Celia. —Le di un golpecito en las costillas—. No tendrá Mauro un hermano, ¿verdad?

—Tres. Dos casados y uno de diez años.

—Vaya suerte la mía.

Volvimos a la cocina, donde Celia lavó la ensalada y la dejó secándose en un paño de cocina. Luego se unió a mí a la mesa.

—Lizzie, ahora que estamos solas —dijo—, me gustaría hablar un poco más de Nathan contigo.

Para variar, pensé. En su presencia, Celia siempre parecía irritada con Nathan, mientras que cuando estábamos solas, su tono se volvía conciliador, incluso maternal.

—Adelante.

—Bueno, ante todo, ya sabes que él y yo siempre hemos tenido una relación complicada. Estaba enamorada de él, de modo que me irritaba cuando me trataba como a una hermana. Me irritaba. Y aún me irrita.

—¿Tanto como antes?

—Menos. He madurado, supongo. De todos modos, la preocupación sigue existiendo. Y además es natural que me preocupe por él. ¿Qué le depara el futuro?

—Se me hace difícil preocuparme demasiado por alguien tan rico como Nathan —observé con sentido práctico.

—Sí, claro. Y, sin embargo, ¿no te preguntas a veces qué va a ser de él, dejando de lado el dinero? No tiene una carrera de la que hablar. Además, en todo el tiempo que nos conocemos, salvo Martin, no ha tenido nunca un novio estable. Y Dios sabe que ya no es tan joven, Lizzie.

—Bueno, a lo mejor es la clase de persona que es más feliz sola. Jugueteeó con el anillo de boda.

—Supongo que me sorprende que tras seis años sus necesidades no hayan cambiado. Nada ha cambiado. Aparece y se muestra exigente e insensible. Como el otro día, cuando lo recogí en la estación. Automáticamente, fui yo quien le llevó las bolsas al coche. ¡Y él ni siquiera hizo el gesto de detenerme!

—Pero eso es el cartelito de la patada, Celia.

—¿El qué?

—Bueno, un niño se acerca a otro niño más pequeño, finge darle una palmada en la espalda, pero en realidad le coloca un cartelito que dice: «Dame una patada». Y luego todos los demás niños le dan patadas, hasta que algún adulto se da cuenta.

—¿Y me estás diciendo que llevo un cartelito de patada en la espalda?

—A Nathan quizá le cueste resistirlo.

Celia pareció reflexionar sobre eso un momento. Luego dijo:

—Bueno, pues si es así, si llevo encima, como dices, un cartelito de la patada, fue Nathan quien me lo puso. Me lo puso hace diecisiete años, la primera vez que entró en mi habitación de la residencia de estudiantes.

—¿Eso significa que sólo él te lo puede quitar?

—Oh, no. Ya me lo he quitado yo sola.

—¿Ah, sí?

Celia se levantó y mordisqueó un trozo de lechuga.

—Bueno, en cualquier caso, lo que digo es que no me preocuparía demasiado. Por ejemplo, si Nathan se estuviera volviendo majara, dudo mucho que hubiera mostrado semejante interés por el vino... o por Mauro.

Celia cruzó los brazos.

—Ah, no, con Mauro no llegará a ninguna parte. Es decididamente heterosexual.

—¿Un reto, pues?

—Un reto que nunca superará.

Sacó una hoja muerta de su planta de albahaca.

—¿Sabes cuál es mi problema? —dijo entonces—. Hay demasiada comida en mi vida. No te lo puedes imaginar. Esta semana es una excepción. Por lo general, lo que hay son norteamericanas y cocina y más cocina. Tanta cocina que se pierde toda relación con el comer. Y tienes que tener hambre todo el rato, Lizzie: no puedes cocinar si estás llena. Fue así como adelgacé. Y al cabo de poco lo único que ves es comida. La hierba te parece espagueti. Las almejas de la playa son almejas para la pasta. ¡Y el olor! Ese olorcito a cebolla siempre en la punta de los dedos. —Sacudió la cabeza—. Nunca pretendí ser cocinera. En Mauro, es algo

natural. Tiene instinto para estas cosas; pero yo soy sólo una esclava de las instrucciones.

—Vamos, dudo que...

—Lo único que quería era vivir aquí, en esta casa, en esta comarca. Ésa fue la única razón por la que me metí en este negocio, para que pudiéramos tener tranquilidad, y un lugar para que Seth trabajara en sus traducciones.

—Pero si nunca está aquí.

—Bueno, a veces viene a pasar un par de días; pero entonces hay demasiado ruido, o una de las clientas le pide que le prepare una bebida o que le arregle la ventana del dormitorio, como si fuera el botones o algo así. Y eso no lo soporta. Como mucho aguanta cuarenta y ocho horas y luego se vuelve a Roma.

—¿Te importa?

Se encogió de hombros.

—Si quieres que te diga la verdad, me es bastante igual. Cuando estamos juntos, discutimos. En cambio, por teléfono tenemos unas conversaciones fantásticas. Una relación muy de los noventa. Si seguimos así, sólo nos trataremos por correo electrónico.

Se acercó a la cocina, levantó la tapa de la *Genovese*. Del humeante interior surgió una embriagadora niebla que me empañó las gafas y me obligó a limpiarlas con una servilleta.

—Albahaca —dijo Celia, probando el plato.

Arrancó unas pocas hojas de la planta que florecía en el alféizar y las partió encima del *sugo*. Y qué exuberante me pareció esa planta en aquel momento —reluciente, incluso excesiva—, como si Celia, igual que la Isabella de Boccaccio, hubiera enterrado la cabeza de un amante en el suelo y luego la hubiera regado con sus lágrimas.

Revolvió, probó otra vez, echó un poco de sal.

—¿Qué quieres decir con eso de que no tienes instinto?

—Ah, Mauro nunca tiene que probar nada. Lo sabe sin más.

—Guapo y buen cocinero. Razón de más para echarle el guante.

—¡Oh, Lizzie! —Me hizo un gesto admonitorio con el dedo—. ¡Por Dios, si lo único que lee es *II Corriere dello Sport!*

—Me lo pintas maravilloso.

Sin hacerme caso, volvió a colocar la tapa.

Tras eso, durante más o menos una semana la vida se volvió tan ajetreada que no me mantuve al corriente de los dramas y melodramas provocados por el reencuentro de Celia y Nathan. En vez de eso, bajo la tutela de Mauro (o eso me pareció), la actividad nos consumió. Mauro nos llevó a la catedral de Siena, a la iglesia de Santa Fina en San Gimignano (que Forster reinventó como iglesia de Santa Deodata en *Donde los ángeles no se aventuran*), a los jardines acuáticos de la Villa Lante. Y Celia, con sus gafas de sol, parecía cómoda en tales expediciones. Al igual que Nathan, que compró huevos de alabastro y otros *prodotti tipici* con el empeño y la diligencia de una tía judía en una excursión turística. También tomó fotografías con empeño y diligencia: parecía que estábamos eternamente posando y apretándonos delante de monumentos o contra el telón de fondo de espectaculares paisajes. Sobre todo Mauro. La rápida evolución de la amistad entre Mauro y él, sobre la que Celia nunca hizo comentario, me asombró. ¿Era posible que tuviera un tinte erótico? No podía evitar preguntármelo, sin dejar de reprocharme todo el tiempo tales sospechas. Al fin y al cabo, estaba la cuestión de aquella novia invisible, a cuyo balcón, cual Romeo, se retiraba siempre a medianoche, sin duda por medio de una cuerda o una escalera oculta. Y, en cualquier caso, si Mauro y Nathan eran, como parecía, sólo amigos, semejante amistad era mejor que una historia de amor para Nathan, quien bajo la influencia de Mauro había empezado a hacer cosas que nunca le había visto hacer. Una tarde, por ejemplo, Celia y yo miramos por la ventana de la cocina y vimos que en el césped Mauro le estaba enseñando a Nathan —¡a Nathan!— los rudimentos del fútbol. Ocultas por las gardenias, nos



reímos al ver cómo chutaban la pelota: Mauro, grácil y ágil en pantalón corto y jersey; Nathan, torpe y escoliótico en vaqueros y sudadera. Como un lince jugando al fútbol con un pulpo, dijo Celia, y me eché a reír; estábamos contentas. Y, a juzgar por su sonrisa, Nathan también estaba contento, lo cual nos recordó la historia que solía contar de la maestra de primaria que le escribió en la cartilla: «Aunque la coordinación de Nathan no es tan buena como la de los demás niños, disfruta mucho jugando». Era bueno, supuse, verlo disfrutar otra vez.

Una mañana —hacía ya poco más de una semana de nuestra llegada— Celia anunció otra expedición: ella y Mauro iban a llevarnos a ver el Olivone, el olivo más viejo del mundo. Y puesto que esa maravilla natural estaba emplazada relativamente lejos de Monteseplero, a más de una hora de coche, se decidió que iríamos en dos coches, el Alfa Romeo de Mauro y el Fiat de Celia, para ahorrarnos a Nathan y a mí la incomodidad de compartir un apretado asiento de atrás.

Constituye un momento digno de contemplación ese incómodo preámbulo de un viaje en el que un grupo de viajeros que se divide entre varios coches debe decidir quién va con quién. De pronto, como de la nada, la temperatura emocional se eleva. ¿Irá Nathan con Celia, su anfitriona, o con Mauro, su nuevo amigo? ¿Y Lizzie? ¿A qué conductor preferiría acompañar? ¿Y quién preferiría ir con ella?

Cuando se resolvió por fin la confusión, fue de un modo sorprendente; es decir, Celia se fue con Mauro en su Alfa, dejándonos a Nathan y a mí el Fiat.

Condujo Nathan. En realidad, no me importó. Llevaba esperando una oportunidad de estar un rato a solas con él; a pesar del hecho de que no se esforzó por ocultar su decepción por la forma en que nos habíamos dividido. Era típico de Nathan no molestarse en disimular.

—Bueno... —dije al final, para romper el silencio—. El olivo más viejo del mundo.

Soltó un murmullo de asentimiento.

—¿Estás asustado?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Bueno, después de tu encuentro en Florencia...

—Ah, eso. —Se frotó los brotes de barba de la parte inferior de la mejilla—. Mi encuentro, como lo llamas..., estoy completamente convencido ya de que fue una alucinación provocada por el *jet-lag*. O al menos eso es lo que piensa Mauro, y me inclino por creerlo.

—¿Ah, se lo has contado?

—¡Tenía que hacerlo! Al fin y al cabo, me rescató.

—¿Y por qué piensa que es una alucinación?

—Porque a él le pasó una vez algo parecido. Fue en Venecia. Vio caer un perro a un canal y, cuando salió del agua, tenía garras palmípedas, como un pato.

—¿De verdad?

—No, de verdad, no. Ésa es la cuestión. Cuando lo vio, acababa de salir de uno de esos exámenes monstruosos que parecen estar haciendo siempre los estudiantes italianos. Hacía tres días que no dormía.

Llegamos a la *autostrada*. Un diminuto y oxidado letrero que señalaba el camino por el que habíamos llegado decía: Montesepolcro, 4 km. Delante de nosotros, en el Alfa, Mauro cambió de marcha y, como si intentara probar el poder de aceleración, salió disparado hacia la distancia y el futuro.

—¿Cómo se supone que voy a seguirlo? —preguntó Nathan con voz extrañamente frenética—. Este coche no pasa de ochenta.

—No te preocupes. Tengo las indicaciones.

Entramos en la autopista. Nathan condujo con cuidado, como un americano. Periódicamente un pequeño punto de luz aparecía en el espejo retrovisor, se ampliaba, en cuestión de segundos, y se transformaba en el atiburonado morro de un Mercedes o un BMW que, tras engullir toda la dimensión del espejo, nos hacía luces, temeraria e impacientemente, como diciendo: Cambiad de carril o

tendré el gran placer de aplastar y convertir en pulpa ese insecto de coche que lleváis. Esos depredadores rodantes solían ir conducidos por gordos que hablaban por sus móviles. A veces, junto a ellos iban hermosas mujeres con gafas de sol.

En cuanto a Mauro, para mi sorpresa, no nos perdió. Se dedicó a acelerar y frenar, acelerar y frenar, de tal modo que al cabo de un rato parecía que siempre estaba esperándonos al otro lado de la siguiente colina, con el Alfa palpitante de impaciencia viril.

—Me alegro de que Mauro y tú hayáis congeniado tanto —dije al cabo de unos kilómetros.

Nathan asintió.

—Espero que Celia no esté celosa.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque he venido a verla a ella y, en vez de eso, la persona con la que me estoy vinculando afectivamente, si me perdonas esta horrible forma de decirlo, es Mauro.

—Bueno, si está celosa, te aseguro que a mí no me ha dicho nada. Para ser sincera, creo que ahora mismo está bastante ocupada con sus propios problemas.

—¿Te refieres a Seth?

—Ajá.

—Ah, ya —dijo Nathan, sacudiendo la cabeza—. De verdad que es una lástima lo de la novia.

—¿Novia? ¿Qué novia?

No demasiado convincentemente, se tapó la boca con una mano.

—Ah, pero ¿Celia no...?

—No. Lo único que me ha dicho es que ella y Seth ya no viven de verdad juntos.

—Mierda, creo que me he ido de la lengua.

—La verdad es que no me sorprende.

—No, a mí tampoco me sorprendió. Bueno, supongo que ya que he empezado a contártelo te lo puedo contar todo... Pero una cosa,

por favor, ni una palabra a Celia. No sabe que lo sabemos.

Al final, resultó que el secreto no difería demasiado de lo que había imaginado. Según Mauro, la verdadera razón por la que Seth vivía en Roma era que estaba liado con una romana, la directora de un periódico comunista.

—Y Celia está al corriente de todo —dijo Nathan—. Está al corriente y asegura que lo acepta. Al parecer (a Mauro le costó creer eso), le dejó que trajera a la amiga un fin de semana, les dio la mejor habitación y les hizo el desayuno.

—Oh, Celia.

—Mauro no lo aprueba —añadió Nathan reverentemente—. Mauro es un *gentiluomo*. Un *cortigiano*.

—¿Como Castiglione?

—Exacto. Es partidario de los antiguos valores. Lealtad, fidelidad. Por encima de todo, cortesía. ¡Cabrón! —gritó a un Mercedes que nos estaba adelantando—. Por eso no soporta a Seth. Piensa que es un maleducado.

—A causa de la amiga.

—Y también porque no tiene modales en la mesa y habla demasiado alto, y una vez se comió los cien gramos de un jamón muy caro (*culatello*, se llama) que Mauro reservaba para un gran *timballo* de Pascua. Mauro abrió la nevera, y el *culatello* había desaparecido.

—Envidia a la novia de Mauro —dije—. El mundo necesita más caballeros.

—Sí, tiene mucha suerte.

—¿Cómo se llama, por cierto?

—Angela.

—¿La conoces?

Nathan sacudió la cabeza.

—No, pero Celia sí. Dice que es muy guapa y muy tímida.

Llegamos al final de la *autostrada* y seguimos a Mauro y Celia por una estrecha carretera que serpenteaba por unos cerros sin

árboles. Los campos cultivados parecían tapizados de unos abigarrados tonos de terciopelo beige.

—Qué bonito —dije por milésima vez.

Y, por milésima vez, Nathan respondió:

—Sí.

Hay que tener en cuenta que no estábamos tanto reconociendo la belleza como nuestra incapacidad compartida de absorberla, de sentirnos incluidos e implicados por ella como Celia parecía sentirse incluida e implicada por ella. Puesto que la dura verdad, cada vez más dura a medida que se acercaba la fecha de la partida, era que nunca volveríamos a estar allí. Nuestro hogar estaba en otra parte. Aunque al final consiguiéramos asimilar el paisaje, él nunca nos asimilaría.

Condujimos en silencio durante unos pocos minutos. Luego, Nathan dijo:

—Sobre Mauro, ¿crees que...? Bueno, si tú lo ves, entonces quizá Celia también y en realidad no dice nada.

—¿Ver qué? —pregunté.

Hizo una pequeña pausa.

—Que estoy enamorado de él.

—Ah.

—¿Estás escandalizada, Lizzie?

—No.

—No creía que lo estuvieras. Nunca me he enamorado con tanta fuerza en mi vida —añadió en tono informal.

—¿Y le has contado a Mauro lo que sientes?

—¡Claro!

—Vaya, eso sí que me sorprende.

—¿Por qué no iba a contárselo? Es mi tipo ideal, el gran amor de mi vida. Además, no puedes ocultarle las cosas. Las adivina.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que se sentía honrado. Y que él también me quería, a su modo...

Las lágrimas le brotaron de los ojos.

¿Al cabo de una semana?, no pregunté.

—Y luego dijo que, aun cuando no pudiera corresponder a mis sentimientos en el plano físico —continuó Nathan—, esperaba que yo siguiera siendo su amigo. ¡Como si pudiera no serlo!

—Celia dijo que era decididamente heterosexual.

—¡Bueno, no estoy tan convencido! Al fin y al cabo, es italiano. Ha tenido experiencias con otros hombres. No, la única razón por la que no quiere corresponder, dice, es su lealtad a Angela.

—¿Quieres decir que si no estuviera emparejado lo haría?

—Eso creo. Es lo que me atormenta. No logro estar seguro. Tiene una forma de decir las cosas que es a la vez muy precisa y muy vaga. Y casi le guardo rencor por ello, por agitar esa zanahoria, aunque sea de forma tan sutil. En fin, si dijera, no sé, que no le atraen en lo más mínimo los hombres, sería más fácil. Pero no quiere decir eso. Es demasiado riguroso y sincero. Y así seguimos, hablando y hablando, y lo que lo empeora todo, o lo mejora, según como lo miro, es que no se corta un pelo conmigo. Por ejemplo, después de jugar al fútbol, nos vamos abajo (ya sabes que compartimos cuarto de baño) y se desnuda delante de mí. Del todo. Y se ducha con la puerta abierta.

—Qué interesante.

—He sentido la tentación... pero no, es demasiado vergonzoso. O desvergonzado.

—Conozco tu historia del vestuario.

—Sí.

Delante de nosotros, el Alfa de Mauro dobló a la izquierda. Lo seguimos por una carretera sin asfaltar, pasamos junto a unas granjas de ladrillo abandonadas y unos huertos de árboles frutales y finalmente aparcamos al comienzo de un camino de tierra. Mauro y Celia salieron del coche.

—Está justo aquí al lado —dijo Celia, haciéndonos un gesto.

Mauro se agachó y arrancó unas hojas verdes con forma de trébol que crecían en el suelo.

—Probad esto —nos dijo, dándonos unas pocas a cada uno—. ¿A qué sabe?

Cerré los ojos y mastiqué. ¿A qué sabía? Era muy familiar, pero la textura no era la esperada.

—Me rindo —dije por fin.

Entonces Nathan dijo:

—Nuez. ¡Es fantástico!

—¡Bravo, Nathan! Has ganado el premio. Es hierba nuez. *Erba noce*.

—¿Y eso qué es?

Nathan señaló hacia una exuberancia vegetal de lo que yo sin dudar habría considerado malas hierbas.

—*Mentuccia, melissa*. Hierbas para el asado. Y aquí... la ensalada de esta noche.

—¡Vamos, chicos!

La voz, remota, era la de Celia, y nos pusimos en marcha.

Al final del camino, en un pequeño claro, nos esperaba delante del Olivone. Era mucho más grande de lo que había imaginado, con ramas viejas entrelazadas. No lejos, al otro lado de una oxidada maraña de alambre, nos miraron algunas vacas.

—Dos mil años —dijo Celia—. ¿Os lo imagináis? Eso significa que cultivan este árbol desde antes de César. ¡Desde antes de César, Lizzie!

Me quedé contemplándolo. Los restos de aceitunas pisoteadas manchaban el suelo bajo nuestros pies. A la izquierda yacía entre zarzas una rama caída, por sí sola del tamaño de un olivo corriente.

—Los dueños son tres familias —prosiguió Celia— y se reparten lo que sacan con el aceite. Esa rama se rompió hace diez años, durante una tormenta. El mismo año en que cuando todos vivíamos en Nueva York y tú hiciste aquella fiesta en casa de tu madre y unas cuantas nos quedamos a dormir, ¿te acuerdas, Lizzie?

—Prefiero no hacerlo.

—Además, dicen que la corteza tiene propiedades medicinales.

—Arrancó un trocito, casi como si fuera una costra—. Hay que masticarla. Aunque no me acuerdo de qué es lo que cura.

—¿El dolor de muelas?

—¡Eso es de *Howards End*! Y mirad. Donde el rayo golpeó la rama, hay una cara. Dos ojos, una boca. Una máscara perfecta, como si la rama hubiera estado unida al tronco por la cara y, tras el rayo, esa cara viera por primera vez en dos mil años. ¿No es sorprendente, Nathan?

Nathan, que se mantenía a cierta distancia del árbol, bastante pálido, no respondió.

Las nubes se movieron sobre nuestra cabeza. Empezó a chispear.

—Tendríamos que irnos —dijo Nathan, mientras Mauro recogía las últimas ramas de *mentuccia*.

—De acuerdo —respondió Celia, lamentado a todas luces tener que separarse de su Olivone.

¡Qué bien recuerdo ahora esa escena! Celia cautivada por el árbol, la vaca al otro lado de la valla, Nathan temblando de ganas de irse.

Y Mauro recogiendo la ensalada. Y yo, claro está, mirando.

Sin implicarme.

La lluvia arreció, y nos metimos en los coches.

Esperamos a que amainara en un pequeño restaurante cuyo propietario era amigo de Celia. Nos dio unos *gnocchi* de acelga con salsa de calabaza, acompañados de un vino tinto local llamado Morellino. El aceite de la ensalada, no hace falta decirlo, procedía del Olivone.

Cuando dejó de llover, volvimos a casa, donde Celia abrió una botella de Spumante.



—Quiero hacer una celebración —dijo.

Sin embargo, no especificó qué —¿su cumpleaños, quizá?—, y Mauro declaró alegremente que para cenar iba a preparar unas *pappardelle sull'lepre*, fideos con salsa de liebre, una declaración que condujo a su vez a toda clase de chistes siguiendo el modelo: «¡Donde menos se piensa salsa la liebre!». Los chicos cortaron y volvieron a cortar las hierbas recogidas por Mauro en el Olivone, mientras Celia y yo nos emborrachábamos y preparábamos las *pappardelle*. Debo admitir que el oficio —por no hablar de la rapidez— con que Celia transformó un cráter de harina lleno de huevos en ordenadas cintas de pasta, me hizo sentir envidia y también me hizo dudar de su anterior afirmación según la cual carecía de talento culinario. Obediencia..., ¿era ése el secreto de la gran cocina? ¿Y no me lo había dicho ella... parecía que hacía ya diez años?

De ese modo la tarde dio paso a la noche. Cocinamos, y Celia abrió una segunda botella de Spumante, y mientras la bebíamos, Mauro contó más chistes malos y se dedicó a hacer un poco de jefe. Como yo estaba aprendiendo a toda velocidad, en la cocina, su elemento, quien mandaba era él. Todos, incluso Celia, respondíamos con presteza a su llamada y lo tratábamos con la deferencia automática que le es debida al reconocido experto. ¡Y qué exigente era! El cabello, incluso cuando se inclinaba sobre una olla, seguía cayéndole en perfectas ondas negras. Sí, resultaba difícil no quedar embelesada por los modales de Mauro, en los cuales una capa de buena educación recubría algo agreste, incluso salvaje. Era como uno de aquellos tigres que las damas victorianas tenían como mascotas: radiante en su sexualidad selvática, a pesar de los perfumes y las joyas a los que estaba sometido..., pero ¿por quién? Por Celia, en absoluto. Por Angela, ¿entonces? ¿O era aquella aura de elegancia e incluso de refinamiento su propia voz? Estuve casi segura de esto último. Estuve también casi segura de que, de tener una mínima posibilidad de investigar, descubriría que

no se metía los faldones de la camisa por los agujeros de los calzoncillos.

Entonces, cuando Celia estaba terminando de preparar la cena —«tirando la pasta», como dicen los italianos—, oímos unas ruedas aplastando la grava. De pronto todos nos quedamos callados.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—No.

Celia se dirigió con cierto nerviosismo a la ventana.

Sonaron unos pesados pasos. Entonces la puerta se abrió y entró en la casa una gran interrupción.

—¡Seth! —exclamó Celia.

—Hola, cariño, ya estoy aquí.

La besó.

Mauro se dio la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Celia—. ¿Hay algún problema?

—¿Por qué tiene que haber algún problema? Se me ha ocurrido darte una sorpresa. Al fin y al cabo, es casi nuestro aniversario.

Dejándola de lado, se dio la vuelta y me sonrió.

—Hola, Lizzie.

—Hola, Seth —dije, aceptando su mano—. Me alegro de verte.

—Yo también. Hola, Nathan.

—Hola, Seth.

Se estrecharon la mano varonilmente.

—Mauro.

El gesto de Mauro fue a un saludo lo que un cuarto menguante a la luna llena.

—¿Qué tal el viaje?

—El tráfico, un espanto. Por cierto, ¿hay algo para comer? Estoy muerto de hambre.

—En realidad, estábamos terminando de preparar la cena...

—Fantástico. Bueno, si no os importa, voy arriba a lavarme las manos y vuelvo en cinco minutos.

Y salió sin apresurarse de la cocina, un hombre alto, con cierto atractivo, tipo leñador barbado, aunque un poco demasiado en la línea de Bill para mi gusto.

—Bueno, qué sorpresa tan agradable —dijo Celia cuando hubo salido, y se sirvió otro vaso de Spumante.

—Una sorpresa muy agradable —dije haciéndome eco de su sentir.

—Habrá que poner un quinto cubierto en la mesa —intervino Nathan con cierto nerviosismo.

—No te preocupes. —Mauro empezó a quitarse el delantal—. Yo me voy.

—¿Adonde vas?

—Ya te había dicho que esta noche ceno con Angela y su madre.

—Pero si te quieres quedar...

—¿Cómo me voy a quedar, Celia? Hemos hecho justo para cuatro. Además, Seth come mucho.

—Eso no importa. Yo no tengo hambre.

—Vigila la pasta que se te va a pasar. Bueno, adiós, Lizzie. Adiós, Nathan.

—Adiós, Mauro.

—*Ciao.*

—¡Mauro!

Celia escurrió desesperadamente la pasta.

Cuando acabó, él ya había salido.

En ausencia de Mauro, no pudimos hablar. No supimos qué decir y, mudos, nos dirigimos al comedor y nos sentamos en nuestro sitio.

—Me temo que está demasiado cocida —anunció Celia unos instantes después, sacando el humeante cuenco al comedor.

—Estoy segura de que estará buenísima.

Se sentó. Seth volvió.

—Mmm, *pappardelle* —dijo relamiéndose y dando una palmada—. Me muero por una buena comida. Oye, ¿dónde está Mauro?

—Se ha ido.

—Cena con Angela —añadió Nathan.

—Ah, ya. ¿Sabes que no conozco a esa Angela?

Seth se sentó en el sitio de Mauro, a la cabecera de la mesa.

Celia sirvió. Todos probamos el plato.

—Celia, esto no es propio de ti —dijo Seth—. Está demasiado hecha.

—Bueno, lo siento, Seth, pero es que has llegado justo cuando acababa de tirarla y...

—Me parece deliciosa —introduje.

—A mí también —repitió Nathan.

—Además, la salsa está salada.

—Hablando de cosas saladas —dije—, ¿os he contado cómo una vez en mi familia todos creímos que nadie se había preocupado de echarle sal a unas judías blancas y nos dedicamos a hacerlo y luego resultó que no se podían comer? —Me eché a reír—. Desastres culinarios. Podría escribir un libro. Tú también deberías hacerlo, Celia.

—O un libro de cocina —dijo Nathan—. ¿Lo has pensado alguna vez?

Celia tomó un sorbo de vino.

—En realidad, he recibido ofertas.

—Que ha rechazado —dijo Seth—. ¡Y nunca he entendido por qué! Bueno, cuando empezamos este negocio, ¿hace cuánto, tres años?, no era para tenerlo siempre. No, nuestro plan era estar en él el tiempo suficiente para pagar las reformas, cosa que hicimos a los seis meses. Y ella todavía sigue dando clases y todavía sigue quejándose, que si demasiado trabajo, que si demasiadas comidas...

—¡No me quejo!

—Y cada vez que le sugiero que vaya y firme un contrato con algún editor, me dice que me calle. ¡Y la verdad es que sería perfecto! Podríamos tener niños y vivir una vida idílica, yo haciendo mis traducciones y ella inventando recetas...

—Ya te lo he dicho, no tiene sentido. Ninguna de las recetas es mía.

—¿Y eso qué importa?

—Son recetas tradicionales. Mentiría si las hago pasar por propias.

—No serías la primera —dijo Nathan.

—En la cocina, la originalidad es una farsa —ratificó Seth.

Ya había limpiado su plato, al igual que Nathan. (¡Qué rápido comen los hombres!). A continuación, Celia se levantó a llevarse los platos, y yo la seguí.

—¿Estás bien? —le pregunté en la cocina.

—Sí, no te preocupes —dijo—. Lo que pasa es que no lo esperaba.

—Ya.

—No pasa nada malo —se extendió—. No pienses que pasa algo malo. Es que... tengo que hacer el ajuste.

Tiró a la basura los restos de pasta de su plato, que casi no había tocado.

—Bueno, al menos no se ha olvidado de vuestro aniversario —dije, estúpidamente, para consolarla.

—No, no se ha olvidado.

—Las bodas de madera, ¿no?

—Sí, antiguamente. Ahora vendrían a ser como las de plata.

Sacó la ensalada de Mauro de la nevera —aquella ensalada que en su mayor parte había recogido él (parecía que hacía millones de años) cerca del Olivone— y la llevó a la mesa.

Todos nos retiramos a nuestras habitaciones poco después de que finalizara aquella desafortunada cena; todos excepto Seth, quien anunció que iba a sentarse un rato en el jardín.

En el cuarto de baño, realicé mis abluciones rituales. A decir verdad, todos los acontecimientos de aquella velada —la llegada de

Seth, la infelicidad de Celia ante esa llegada, la abrupta partida de Mauro— me desconcertaban. Era como si la simple presencia de Seth hubiera echado por tierra el delicado equilibrio del *podere*; pero ¿por qué era así? No me parecía que fuera tan mala persona. Un poco arrogante, sí; pero bienintencionado, entusiasta. No obstante, era evidente que Mauro lo despreciaba, mientras que Celia, en su presencia, cambiaba por completo; se volvía torpe, incapaz. ¿Y por qué ocurría eso? ¿Por qué aquel marido a quien profesaba indiferencia, aquel marido al que apenas veía, seguía teniendo tal poder sobre ella? No conocía la respuesta, pero sospechaba que si Bill hubiera aparecido mientras estábamos cocinando, su llegada inesperada me habría reducido, también a mí, a un estado de inquieta incompetencia. El veneno del amor, he observado, permanece de algún modo en el cuerpo incluso años después de que el propio amor haya retirado sus colmillos.

En la cama, cansada por la expedición al Olivone (por no hablar de todo aquel Spumante), me dormí enseguida. Estaba en medio de un complejo sueño en el que salía Bill cuando resonó un fuerte golpe y di un respingo en la cama. Lo que experimenté se conoce en términos técnicos como sacudida mioclónica, y en mi sueño adoptó la forma de un salto al fondo de un abismo desde lo alto de una montaña, un salto del cual me alzaron trapezoidalmente los brazos del despertar. Miré a mi alrededor, vi brillar los diodos de cristal líquido del despertador. La una y cuarenta y cuatro de la madrugada. Entonces, el ruido —más que un golpe algo así como el arrastrar de muebles, elaboró mi mente— volvió a oírse.

Presté atención. Oí una voz profunda y gutural. Como el ruido de muebles, procedía del piso de abajo.

—*Si, così. Così.*

Vaya, pensé. A lo mejor Nathan al final lo ha conseguido.

Sonó un portazo. Unas voces salieron del pasillo.

—¡Celia, para!

(Esto en un grito susurrado).

—¡Déjame ir!

—¡No es asunto tuyo, Celia!

—¡He dicho que me dejes!

Peleas y golpes. Alarmada, encendí la luz, me puse un albornoz y salí al pasillo, donde tal como esperaba encontré a Seth en pijama, luchando por contener a una Celia maníaca que llevaba un camisón Lanz con un estampado de corderitos. Sus vanos esfuerzos por no alzar demasiado la voz sólo conseguían hacer la lucha más surrealista, como si tuviera lugar a cámara lenta.

—¿Qué ocurre?

—Lizzie, por favor, ¿quieres decirle algo para que se tranquilice? Se ha vuelto loca.

—Celia, ¿qué pasa?

Ella dio un patada a Seth y se escapó.

—¡Mierda! —dijo él—. Me rindo. —Y volvió al dormitorio común.

Mientras tanto, seguí a Celia escaleras abajo, a través del salón, hasta la planta baja, donde golpeó con fuerza la puerta de Nathan.

—¡Salid de ahí! —gritó—. ¡Los dos! ¡Salid de ahí! Seth pensaba que eras tú —añadió hacia mí—. Imagínate. Pero yo sabía perfectamente que no eras tú.

La puerta se abrió. Nathan, subiéndose los pantalones, salió al pasillo.

—¿Qué demonios te piensas que estás haciendo?

—Podría hacerte la misma pregunta. Sal ahora mismo de mi casa. ¡Y tú también, Mauro!

—¡Tranquila! —Nathan mantuvo la puerta entrecerrada—. En cualquier caso, por mucho que grites, Mauro no te va a oír.

—No me mientas.

—No, es que está borracho.

—¡Pues despiértalo! ¡Échale agua encima!

—¡Celia, por favor! —Nathan la cogió del brazo—. ¿Qué mosca te ha picado?

Celia le dio una fuerte patada y se escapó a la cocina.

—¡Joder! —dijo Nathan—. La pu... —Hizo un gesto con el puño—. Esto es realmente el colmo, Lizzie. ¿Tú te crees que me tiene que estropear la mejor noche de mi vida sólo porque hace diecisiete años no quise follármela...?

—¿Estabais Mauro y tú...?

—¿Y qué si estábamos? ¿Hay algo malo en ello?

Entramos en la cocina.

—¡He dicho que fuera! —gritó Celia, lanzándole un plato a Nathan.

—¡Para!

Le lanzó otro plato.

—¡Imbécil! ¡Gilipollas!

—¡No me tires cosas!

—¡Lo único que te importa es tu maldita polla, ¿verdad?! Venderías tu hermana a una banda de violadores a cambio de que uno de ellos te dejara que se la mamaras...

—Celia...

—Eres capaz de traicionar a cualquiera, venderías a tu madre...

—¡No te metas con mi madre!

—¡Te odio! ¡Me das asco! ¡Sal de mi casa!

Y de nuevo salió corriendo, al jardín.

—Bueno, pues al menos dime por qué te doy asco —dijo Nathan, mientras la perseguía bajo las estrellas (y yo perseguía a Nathan)—. Vamos a ver, lo que ha sucedido entre Mauro y yo..., lo siento, pero no es asunto tuyo. A lo mejor es asunto de Angela...

—¡Idiota! ¡No hay ninguna Angela! ¡Yo soy Angela!

Nathan se detuvo.

—Dios mío...

—¡Yo soy Angela! ¡Yo! ¡Yo soy la novia! —Estaba llorando—. Lizzie, ¿no te habías dado cuenta?

—No —dije.

—¿Estás ciega? ¿Estáis ciegos los dos? Lo quiero más que...



—Oh, mierda —dijo Nathan—. ¡Cómo iba a saberlo! No paraba de repetir: «Ha vuelto con él», y di por supuesto que...

—Demasiado tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Celia!

Era la voz de Seth esta vez.

—No quiero verlo —dijo, y se alejó corriendo en dirección al campo.

A lo lejos, oí la música hecha de ecos de los cencerros.

—¡Celia!

—Déjala —dije, estirando el brazo para detener a Nathan.

—Pero...

—Déjala que se vaya.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Seth, irrumpiendo en el jardín.

—Necesita estar sola. Está alterada.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

Seth retrocedió, dando por sentado, en su egoísmo (y quizá sintiéndose incluso satisfecho), que era él la causa del destrozo. A continuación entró en la casa.

—Por si no hay bastante... —dijo Nathan.

—Oh, no hay bastante —dije—. Para ella nunca ha habido bastante.

Y volví a la cocina y empecé a barrer los platos rotos.

Me pasé la noche limpiando. Primero barrí el suelo de la cocina; luego, la sala. Luego, limpié la nevera. Luego, fregué las encimeras, con la mirada siempre fija en un movimiento del pomo de la puerta que no se produjo. Y aunque no puedo afirmar que mis sospechas acerca de lo que le sucedió a Celia se fraguaron en el curso de aquella larga noche, ni siquiera en el curso de los largos días que

siguieron —días durante los cuales Nathan y yo nos quedamos de guardia, cocinamos e hicimos café mientras Mauro y Seth, a quienes el desastre convirtió en precarios aliados, recorrían la comarca en busca de su desaparecida amante y esposa—, fue sin embargo aquella noche cuando las preguntas empezaron a sedimentar. ¿Por qué Celia, de entrada, no sólo no había desalentado la amistad de Nathan con Mauro, sino que activamente los había lanzado el uno hacia el otro? ¿Por qué le dio a Nathan la habitación contigua a la de Mauro, cuando podía haber dormido en mi habitación? ¿Por qué los animó a ir a aquella enoteca de Siena, sonreía alegremente al verlos jugar al fútbol y, en aquella última cena, permitió que Seth, literalmente, eclipsara el lugar de Mauro de tal modo que cuando Nathan le preparó esa enramada en la cual las aguas del consuelo hacen brotar la carnalidad, su nivel de resistencia resultó ser bajo? Demasiado bajo.

Hablamos de ello. Nathan sugirió que quizá Celia era masoquista y que contribuyó con amorosa concentración a la decoración del ataúd en el que sería enterrada su efímera felicidad. En cuanto a mí, recordé algo que había olvidado. (O me lo contó Celia en un sueño, agitando una linterna hacia el pasado, hacia ese trozo de porcelana que había olvidado recoger). Como se recordará, he insinuado que el trato que Nathan le había dispensado a lo largo de los años pudo ser consecuencia del hecho de que llevara un equivalente psicológico del cartel de la patada. Lo que había olvidado era esta respuesta: «Bueno, ¿y qué, Lizzie? Quiero decir, ¿no es ésa la prueba del amor, cuando, a pesar del cartel de la patada, alguien no te da una patada?».

A eso de las ocho de la mañana del día de nuestra partida, sin habernos deshecho de la suciedad de los días de pánico, Nathan y yo fuimos andando hasta Montesepolcro a tomar un café. Mauro ya había salido con el coche para hacer su batida matutina por la

comarca, mientras que Seth, que se había tomado tres Valiums, todavía estaba en la cama.

Sólo nos detuvimos cuando, justo delante de la muralla del pueblo, una vaca se plantó en la carretera y nos cerró el paso.

Nathan se movió a la derecha. La vaca lo imitó.

Se movió a la izquierda. La vaca lo imitó.

—¿Qué pasa?

La vaca lo miró.

De pronto, un grupo de moscas hizo bullir el cielo.

—No... es posible —dijo Nathan, pasándose las manos por el cabello.

Y la vaca movió su dura e implacable quijada.

# **La calle Saturn**

En Los Ángeles, a principios de los noventa, pasé un par de meses colaborando con un grupo de hombres y mujeres que se llamaban a sí mismos los Ángeles, dedicado a repartir comida a enfermos de sida que no podían salir de su casa. No lo hice para parecer virtuoso, ni para aliviar ningún enraizado sentimiento de culpa. Más bien consideré la cuestión desde el punto de vista pragmático. Tenía un coche y ningún sitio al que ir por las mañanas. Así que me dediqué a repartir comida.

Los Ángeles operaban desde una rectoría metodista de la avenida Formosa. Siempre reinaba allí una atmósfera de implacable alegría. En la cocina, mujeres cuyos hijos habían muerto o se estaban muriendo removían salsas y horneaban pasteles bajo la supervisión de exigentes cocineros de Hollywood Oeste, mientras cerca de la entrada tres ex actores —dos Keith y un Wayne— entregaban hojas de clientes y mapas de ruta a los conductores. Una vez me habían asignado una ruta, empaquetaba en bolsas de papel marrones, como si fueran comidas escolares, los almuerzos que tenía que entregar esa mañana y luego los llevaba al coche. Algunos clientes recibían comidas suaves; otros, comidas líquidas. En los casos de quienes lo necesitaban, la comida se complementaba con una bebida enlatada llamada Sustical, una especie de batido de leche rico en calorías (el sabor preferido del cliente, fresa o chocolate, siempre se especificaba en la hoja adjunta); o con una emulsión clara, agua de arroz en su mayor parte, que prometía una rápida rehidratación después de padecer

diarrea. En cuanto a los almuerzos corrientes, se buscaba que engordaran mucho, puesto que la mejor forma de impedir que el cuerpo se consumiera solo era cebarlo con alimentos grasos. En un momento de nuestra historia conocido por su devoción a los platos descritos como «ligeros», «bajos en grasas» o «no grasos», los Ángeles empapaban sus verduras en mantequilla, embadurnaban pedazos de pastel de pacana con nata montada, rebozaban muslos de pollo en huevo batido.

Las rutas que seguía variaban. Algunos días viajaba hacia el este, a la avenida Normandie y la avenida Western, donde la mayor parte de los clientes eran camellos que vivían en sórdidos aparthoteles. O conducía hasta Hollywood Hills, a llevar almuerzos a productores de cine y actores de culebrones. O repartía por la monótona malla de calles geométricas que se extiende hacia el sudoeste desde Santa Mónica hacia el bulevar Olympic, calles donde las manzanas de apartamentos baratos se confunden al azar las unas con las otras. (Sólo unas pocas destacan en el recuerdo: el Killarney, pintado de un chillón verde irlandés; el Mikado, con las destartaladas torretas de pagoda y las ventanas a la japonesa).

La mayoría de mis clientes no me decían nada. Eran caras incómodas, bocas que murmuraban «gracias» aunque se estuviera descorriendo el cerrojo de la muerte. Pero algunos me invitaban a entrar. Una mujer llamada Wilma Rodriguez siempre me tenía preparado un vaso de té de papaya helado. Vivía en una habitación de un edificio llamado Caribou Ars, en la calle San Marino.

—No sé como lo he cogido —me dijo una vez—. A lo mejor fue de chutarme caballo. O por mi ex marido gay. O por la transfusión de sangre que me hicieron cuando tuve el accidente de coche.

Tenía esa clase de valeroso humor negro —algo que sólo puedo llamar humor del sida— que tan sorprendente es para los sanos. Pocas semanas después de conocerla, Wilma se vio atacada por una fiebre cerebral y murió en cuestión de horas.

No cabe duda de que el más extraño de mis clientes era un joven llamado Robert Franklin. Vivía en el bulevar Beverly Glen, esa torturada carretera en espiral que asciende serpenteando desde Pico en Rancho Park, cruza Mulholland Drive, luego baja y termina en la opresiva llanura de Sherman Oaks. Siempre me viene a la cabeza una expresión que aparecía en un libro que en aquella época acababa de leer sobre la Italia de la Segunda Guerra Mundial («el país de lo irreal») cuando recuerdo el montón de tambaleantes y desvencijadas escaleras de madera que tenía que subir para llegar a la casita de Robert, que estaba encaramada sobre pilotes en lo alto de una cuesta invadida por los hierbajos y en cuyo astilloso porche él siempre me esperaba, desnudo salvo por las zapatillas de tenis naranja y una bolsa de suero que acarreaba por todas partes como si fuera un terrier mal criado.

—Llegas tarde —me espetó la primera vez que fui a su casa—. Hace una hora que tenías que haber llegado.

—Había mucho tráfico. Además, estás al final de la ruta.

—Excusas, excusas. —Robert inspeccionó con suspicacia la bolsa de papel que acaba de entregarle—. Vamos a ver qué tenemos aquí...

—Pastel de carne...

—¡Pastel de carne! ¿No te han dicho que no soporto el pastel de carne?

—En la hoja no dice nada...

—Además, son casi las dos. Ya os he dicho bien claro que mi médico dice que tengo que comer antes de la una. Que, si no, no se absorben los medicamentos.

—Tomaré nota...

—¿Qué le ha pasado a la rapidez? Somos los más rápidos, y una mierda.

(Jugueteó con el suero).

—Bueno, adiós —dije.

—Si esto sigue así, os lo advierto, volveré a cambiarme a la mensajería del servicio de Correos.

—¿Necesitas alguna otra cosa?

—Sólo que me entreguen los paquetes a tiempo. Se supone que estamos en Estados Unidos —gritó mientras yo bajaba la escalera—. ¿Es mucho pedir que me entreguen los paquetes a tiempo?

Por aquel entonces no llevaba mucho tiempo viviendo en Los Ángeles. Soy neoyorquino, tanto por educación como por temperamento; en realidad, había ido a California por la más banal y trillada de las razones: me había enamorado de un actor y, como necesitaba una excusa para seguirlo al oeste, acepté el encargo de escribir para la televisión un guión sobre la infancia en los sesenta, una especie de producto derivado de un artículo que había escrito una década atrás. El caso es que el actor me abandonó a los pocos días de mi llegada, ante lo cual empecé a sufrir un bloqueo tan fuerte que, hasta que empecé a repartir comidas para los Ángeles, pasaba la mayor parte del día diciendo guarradas en líneas eróticas, buscando plan en el aparcamiento que hay junto al Circus of Books o vagando por la Glendale Galleria y comprando de vez en cuando algo caro e inútil: un frasco de crema hidratante suiza, un aparato para hacer masajes en los pies o un compacto lleno de recetas de la serie «"Clásicos culinarios Sony"». Me movía en un coche alquilado y vivía en un aparthotel de Hollywood Oeste, ambos pagados por la productora que me había encargado el guión. Mis jefes nunca me llamaron para preguntarme cómo me iba el trabajo; en realidad, nunca me llamaron, punto. Mi impresión era que tenían escritores alojados en cuchitriles por toda la ciudad, demasiados como para seguirles la pista a todos, y que mi trabajo era el menos prioritario de todos. En cuanto al coche y el hotel, representaban para la compañía la más insignificante de las deducciones fiscales,



el equivalente de lo que habría sido para mí la declaración de treinta y siete centavos en sellos o el coste de un Bic.

A veces pensaba en telefonar a la doctora Delia. La doctora Delia era una psicoterapeuta que tenía un programa de radio con llamadas en directo (**1-800-DR-DELIA**) que se emitía de lunes a viernes, de once a una, exactamente las horas que yo pasaba en el coche haciendo entregas para los Ángeles. La doctora Delia tenía una risa histérica y un despiadado sentido de la rectitud. Hacía oídos sordos a las peticiones de compasión, no sentía reparos a la hora de decirles a quienes llamaban (mujeres jóvenes, en su mayoría) lo tontas, egoístas o irresponsables que habían sido al quedarse embarazadas, casarse con borrachos o acostarse con extraños. En realidad, la doctora Delia fue una compañera tan insistente en mis rondas que es ahora su voz, crujiente como unas sábanas recién planchadas, la que narra mi recuerdo de aquellos acontecimientos, la que me lee estas palabras mientras las contemplo en la pantalla del ordenador.

Yo jugaba a planear lo que le diría si al final la llamaba. Por ejemplo: Doctora Delia, soy un escritor de treinta y cinco años que no puede escribir. La persona a la que más quería se suicidó hace unos meses. Ahora veo vídeos porno y llamo a líneas eróticas de forma obsesiva.

Muy bien. ¿Cuál es tu pregunta?

¿Cómo puedo volver a ser quien era o, al menos, a ser el que creía que era? ¿Aquel muchacho... productivo, lleno de energía y sin el corazón oprimido?

Sin embargo, en aquella fantasía, justo cuando la doctora Delia estaba a punto de contestarme, ocurría lo mismo que ocurría siempre que conducía bajo un puente, entraba en un garaje o pasaba junto a una comisaría de policía: su voz desaparecía en medio de las crepitaciones y los chirridos de las interferencias.

Una vez repartida la última comida, adquirí la costumbre de ir al Circus of Books del bulevar Santa Mónica y devolver los vídeos que había alquilado la noche anterior. Siempre alquilaba los vídeos en el Circus of Books, no sólo por el enorme surtido que tenían, sino porque mientras me entretenía tras la puerta de plexiglás esmerilado que decía: «Prohibida la entrada a los menores de 18 años», eligiendo entre las películas como un ama de casa italiana eligiendo las verduras para su minestrone, siempre encontraba a tres o cuatro hombres que hacían lo mismo, y algunos de ellos vestían pantalones de chándal recortados sin nada debajo. Me volvían loco los pantalones de chándal recortados sin nada debajo.

Aquel día elegí *Arresto en el barracón*, que era nueva, y *Dale a la pompa*, que recordaba haber visto con Julian a finales de los ochenta. Es curioso cómo se enredan las cosas en esa red de ternura que subyace en todo matrimonio, incluso en el peor: no sólo las flores, los paisajes y las medias lunas de sobrecogedora luminosidad, sino también reventar granos en la espalda del ser querido, sentarse en el wáter mientras él se lava los dientes o contemplar juntos películas pornográficas, algo que Julian y yo hacíamos, como todo lo que hacíamos, de un modo compulsivo. Habían transcurrido casi nueve meses desde su suicidio. En ese momento descubrí que volver a ver los vídeos pornográficos que habíamos visto el uno junto al otro en nuestra cama de Nueva York aliviaba el dolor de su hinchada e inflamada no presencia. Los vídeos pornográficos eran un *shiatsu* psíquico en el que unos dedos frotaban la tortícolis más dolorosa que había tenido nunca. Me daban ganas de llorar, pero de alguna forma sabía que sólo pasando por el sufrimiento de verlos lograría desatar las ligaduras del dolor.

La fórmula era siempre dos. El futuro y el pasado. La aventura y la nostalgia. El recuerdo y el deseo. Una vez hechas las selecciones,

volvía al hotel, comprobaba los mensajes en el buzón de voz (por lo general no había ninguno), subía la potencia del aire acondicionado y sacaba el primer vídeo —en esa ocasión *Arresto en el barracón*— de su estuche. Todo ello mientras me desnudaba: era un maestro apretando botones con los pies mientras encendía lámparas con las manos, sacándome los calcetines con una mano mientras insertaba casetes con la otra. «Siempre haciendo dos cosas a la vez», me decía Julian. Lo llamaba «el baile de Rosemary Woods», por la secretaria de Nixon, quien demostró que tenía madera de contorsionista cuando le pidieron que explicara cómo se habían borrado «accidentalmente» las cintas; lo cual, en el curso de los años, se resumió en «hacer un Rosemary». Quizá la conversación conyugal siempre evoluciona hacia semejantes atajos.

En cualquier caso, tras poner *Arresto en el barracón*, me recosté en la cama. Con la mano derecha marqué el número de la línea erótica. Con la mano izquierda avancé rápidamente por las garantías de que todos los modelos tenían más de dieciocho años («prueba de la edad en los archivos»), la advertencia de no hacerlo en casa, la secuencia de los rótulos.

El mundo de los vídeos pornográficos me intrigaba. Poco era lo que sabía sobre cómo se hacían, aunque en Nueva York tenía un amigo alemán que me contó que a veces se ganaba un dinero adicional trabajando como «doble de polla». Un doble de polla, me explicó, era una especie de suplente sexual que siempre estaba listo detrás de las cámaras por si a uno de los modelos del vídeo le fallaba la erección, no podía eyacular o resultaba tener un pene más pequeño de lo esperado; en tales circunstancias, se insertaban entre las secuencias primeros planos de la polla del doble de polla, con la esperanza de que el espectador no se diera cuenta de la sustitución.

—Y sucede más a menudo de lo que te imaginas —añadió mi amigo alemán—. La próxima vez que veas uno, fíjate en el montaje.

Saqué el dedo del botón de avance rápido. En la pantalla, dos jóvenes desgarrados, uno de ellos con una dentadura bastante mala, estaban tumbados en unos catres. Llevaban calzoncillos boxer de color caqui y placas de identificación, conversaban de... algo; aunque había quitado el volumen, sabía por experiencia que seguramente el diálogo no distaba mucho de estas frases:

Luke: ¡Scott! ¿Cómo te va, tío?

Scott: Bien, tío. ¿Y a ti?

Luke: No me puedo quejar, tío. Me he encontrado unas fotos guarras en la oficina del sargento. ¿Quieres verlas?

Scott: Dabuten.

*(Pausa).*

Luke: Joder, tío, se me está poniendo tiesa. ¿Me la quieres chupar?

Scott: Dabuten.

*(Pausa).*

Luke: Oye, Scott, ¿te has follado alguna vez a un tío?

Scott: No.

Luke: Te apuesto que mi culo mola más que el coño de tu novia.

Scott: Dabuten.

Y cosas por el estilo. La línea erótica se conectó, con lo que aquella pequeña ensoñación quedó interrumpida. Siguiendo las indicaciones, tecleé mi código de acceso.

—¿Estás listo? —dijo en el otro extremo una entrecortada voz grabada que, a lo largo de las semanas, se había convertido en tan familiar al menos como la voz de la doctora Delia.

—¿Sabes lo que quieres? Pues hazlo... ya.

*(Música).*

—Marca el uno si quieres hablar con otro chico, marca el dos para el grupo; marca el tres para oír el tablón de anuncios...

Marqué el uno.

—Y recuerda que, cuando termines una conversación, apretando el signo de la almohadilla, que es la tecla que está debajo del nueve, conectarás automáticamente con otra persona. Ah, y, por supuesto, marcando el cero siempre vuelves al menú principal. Tu conexión se ha establecido.

Clic.

—¿Hola?

—Hola, ¿quién eres?

—Jerry, ¿quién eres?

—Steve. ¿Desde dónde llamas?

—Hollywood Oeste.

—Mierda, yo estoy en Long Beach. Buena suerte, colega.

Clic.

De nuevo la voz entrecortada. (¿A quién pertenecía?).

—Por favor, espera unos instantes mientras se establece tu conexión.

Un bucle de música.

Volví a concentrarme en el vídeo, en aquella utopía en la que los calzoncillos ya habían caído; había comenzado la mamada.

No estaba empalmado. La verdad es que no estaba nada caliente. «El fracaso es adquirir hábitos»..., ¿no fue Pater quien dijo eso? Y si alguien me hubiera visto en aquel momento, desnudo en la cama de un hotel sosteniendo el teléfono con el cuello, sin mirar en realidad la cinta alquilada, en una patética postura que ni siquiera se veía dignificada por una erección, en fin..., no cabe duda de que esa persona me habría considerado el más deprimente de los fracasos. La doctora Delia me habría considerado el más deprimente de los fracasos, y en unos términos que no dejarían dudas al respecto.

Claro que, en el mundo de la línea telefónica, nada de eso importaba. En aquella bolsa de conciencia definida sólo por el sonido, los ciegos guiaban a los ciegos. Los sujetos se convertían en objetos. El gordo de cincuenta años se convertía en el ídolo futbolístico de veinte años a quien él había venerado cuando tenía esa edad. «¿Cuánto tiempo llevas aquí?», preguntaba a veces la gente, presuponiendo que había un «aquí», que tantas voces definían un espacio físico, un lugar. El caso es que era así. Todas aquellas voces lo definían y se enredaban en la compleja trama de cables de fibra óptica como voraces especies de vid.

Sonó un pitido.

—Se ha establecido tu conexión —dijo la voz entrecortada.

—¿Hola?

—Hola, ¿cómo te llamas? Yo me llamo Doug.

—Hola, Doug, yo me llamo Jerry. ¿Cómo estás, tío?

—Tope, tío. ¿Y tú?

—Tope, colega. Con un salidón...

—¿Sí? Mira, amigo, ¿qué es lo que buscas, conectar o correrte al teléfono?

—No lo sé, tío, a lo mejor conectar.

(Lo que hay que hacer es conectar).

—Parece que estás a cien, campeón. ¿Qué es lo que acostumbras a hacer?

—Un poco de todo. Me gusta bastante cascármela. Más tomar que dar.

—Tope. ¿Y cómo es tu polla?

—Dieciocho de largo, doce de perímetro.

—A ver que la oiga.

—¿Oírla?

—Golpéala contra el teléfono.

Eso sí que era algo nuevo.

—Vale —dijo.

Y, colocando el auricular bajo las sábanas, hice lo que Doug me pedía.

Tras unos cuantos golpes, volví a llevarme el auricular a la oreja.

—¿Hola? —dije.

—Suena gorda —dijo Doug—. Gruesa.

—¿Lo puedes saber?

—Claro. Una polla pequeña hace un ruido pequeño. Escucha la mía.

Escuché. En la distancia oí unos golpecitos apenas perceptibles, una especie de castañeteo.

—¿Te gusta? —preguntó Doug al cabo de unos segundos.

¿Qué tenía que decirle?

—Sí, me gusta.

Clic.

—Por favor, espera unos instantes mientras se establece la conexión...

Colgué.

Cuando llegué a la rectoría la mañana siguiente, supe enseguida, por la forma en que me saludó el segundo de los Keith, que tenía un favor que pedirme.

—Te hemos cambiado la ruta —dijo—. Espero que no te importe. Gin ha vuelto de las vacaciones y siempre hace Beverly Glen.

—No hay ningún problema.

Mi política era no crear problemas.

—Dile lo de Robert Franklin y el pastel de carne.

—¿Ha vuelto a quejarse? Lo mejor es no hacerle caso. Mira, si no te importa, podrías coger Olympic Sur. Está yendo hacia el aeropuerto.

—Dabuten.

Me pasó las hojas de clientes, tras lo cual empaqueté mis almuerzos y me puse en marcha. La ruta en cuestión me llevó a

través de La Ciénaga, pasado Olympic y en dirección al bulevar Venice. Allí algunas de las calles transversales tenían nombres extraordinarios: avenida Cadillac, calle Airdrome, calle Saturn. Y era en la calle Saturn, en el número 6517 para ser exactos, donde vivía mi última entrega. Phil Featherstone. Apartamento 25. Pescado no. «Si no estoy, dejad comida en el 24.»

La doctora Delia atendía una llamada de Trish de Covina Oeste.

—Tengo un problema, doctora —decía Trish—. El otro día pesqué a mi marido, Todd, coqueteando con mi mejor amiga.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y cuántos años tiene Todd?

—Veintidós.

—Ajá. ¿Hijos?

—Sí, dos niñas. Kirsty, de tres años, y Tiffany, de seis meses.

—¿Y cuánto tiempo salisteis Todd y tú antes de casaros?

—No entiendo qué tiene eso que ver...

—Respóndeme a lo que te pregunto. ¿Cuánto tiempo salisteis Todd y tú antes de casaros?

—Bueno, salimos unas tres semanas, luego estuvimos viviendo juntos unas seis semanas y luego...

—Espera un minuto. ¿Lo estoy oyendo bien? ¿Tienes veinte años y te casaste con un chico al que sólo conocías desde hacía nueve semanas? ¿No te parece que eso es una estupidez?

Al otro extremo de la línea, el atónito silencio se hizo casi palpable.

—Bueno, no. Nos queríamos...

—Os queríais. Vaya, qué romántico...

Un coche me tocó la bocina, exhortándome a que cruzara el stop. El número 6517 de la calle Saturn se acercaba, un agradable edificio verde botella llamado Los Anillos. Por un momento, consideré la posibilidad de no pararme, de dar otra vuelta a la manzana para ver qué otras humillaciones infligía la doctora Delia a



Trish, pero decidí que dar la vuelta a la manzana para escuchar a la doctora Delia se parecía demasiado a dar una vuelta al aparcamiento situado junto al Circus of Books en busca de sexo..., aparte de que seguramente a «Phil Featherstone» le estaba entrando hambre. Era la una y media. Así que me acerqué a la acera y paré la radio y el motor.

En la puerta del edificio llamé al timbre marcado con el número 25.

—¿Sí? —contestó una voz a los pocos segundos.

—Ángeles.

Sonó un electrocutante zumbido y, luego, el ruido mecánico de la puerta que se abría. De modo poco sorprendente, los apartamentos estaban dispuestos en anillos (cómo no) alrededor de una piscina en forma de riñón en la que unos niños hacían flotar con desgana juguetes de baño. El número 25 se encontraba en el piso de arriba. La puerta estaba abierta. Por cortesía, llamé de todos modos.

—¡Adelante!

Entré. El apartamento me recordó lo que siempre había imaginado que eran las habitaciones de hotel de los jurados incomunicados: muebles sin gracia, sucia moqueta beige, paredes estucadas como si las hubieran embadurnado con glaseado de bizcocho. Y, sin embargo, los añadidos de lo personal empezaban a imponerse: un cartel que mostraba la tripulación del *Enterprise* de *Star Trek*, fotos enmarcadas de bebés, pesas en un rincón.

Un hombre atractivo salió de la pequeña cocina. Rozaba la cuarentena, supuse, tenía un cabello castaño encanecido, ojos verdes y una tupida barba, muy recortada, en la que el rojo, el gris y el castaño se combinaban para crear unos centelleos casi puntillistas.

—Hola, soy Phil —dijo, y me tendió la mano.

—Soy Jerry Roth —dije. Nos estrechamos las manos. Le di dos bolsas—. Me sobra una hoy; si la quieres... Una persona de mi ruta

no estaba en su casa, y tenemos por norma no dejar comidas en la puerta de las casas.

—Muy bien —dijo—. Gracias. —Cogió las bolsas que le tendía y las llevó a la nevera—. Oye, ¿no quieres tomar algo? Bueno, si no tienes prisa...

—La verdad es que no tengo prisa. Acabo mi ruta aquí.

—Estupendo. Tengo Pepsi, Dr. Pepper, zumo de naranja. Cerveza, no. Los médicos me la han prohibido.

—Un poco de agua, por favor.

—Marchando un agua. —Sacó vasos de un armario—. Siéntate, ponte cómodo.

El vinilo marrón del sofá crujió al acomodarme en él.

—Tienes un apartamento bonito —dije—. Es soleado.

—Gracias. Sólo llevo una semana en el programa. Cada día me ha venido un chico diferente. ¿Es normal?

De pronto se inclinó sobre mí y me dio el vaso de agua. Llevaba un polo azul y unos pantalones de chándal recortados; el polo tenía el cuello abierto y dejaba entrever un ancho y velludo torso.

—Es una ruta difícil de asignar —dije—. El problema es que la mayoría de los voluntarios viven en Hollywood Oeste o en el Valle. No quieren alejarse de casa. Pero mi filosofía es aceptar lo que nadie más quiere coger. Como mínimo, es una buena forma de conocer la ciudad.

—Oh, no me importa —dijo Phil, sentándose en una butaca floreada—. En realidad, así tengo algo que esperar. Por la mañana me levanto y pienso: ¿Quién vendrá hoy? Y siempre es una sorpresa.

—Espero que, en mi caso, no sea una decepción.

—No —dijo Phil, riendo un poco—. No, una decepción, qué va.

Un silencio descendió sobre nosotros, un silencio que habría sido incómodo si la sonrisa de Phil no me hubiera asegurado, con su gracia radiante, que el silencio no era un problema. Bebí el agua, mastiqué el hielo.

—No conozco muy bien este barrio —dijo, por decir algo.

—No hay mucho que conocer. Es un barrio bastante anodino. La calle Saturn me gusta por el nombre.

—¿El nombre?

—Sí. Tiene algo que parece sacado de una vieja película de ciencia ficción. Fue uno de los primeros nombres de calles que aprendí cuando vine a vivir a Los Ángeles. Aunque no empecé viviendo aquí. He vivido por todas partes. Venice. Silver Lake. Un par de años en el desierto. Entonces, un día, buscando un apartamento, vi un anuncio de uno en la calle Saturn. Y pensé: «¿Quién sabe? A lo mejor es una señal». Fue hace unos cuantos meses, justo antes de enfermar.

—Vaya.

Se inclinó más hacia mí.

—Oye —dijo—, ¿podría preguntarte una cosa? Es que todo esto del sida... es nuevo para mí. Antes siempre estaba sano como un toro. Y un día, hace seis meses, me desperté tosiendo y, doce horas más tarde —chasqueó los dedos—, bum, estaba en el hospital. Y lo que me pregunto es qué se supone que tienes que pensar cuando pasa una cosa como ésta. ¿Cómo la superas? ¿Qué haces?

Tosí. Me sentí como una Miss América a quien le piden que resuelva el hambre del mundo.

—Bueno, aquí en Los Ángeles hay un montón de servicios disponibles. Por ejemplo, si quieres, en el Proyecto Sida de Los Ángeles te buscan un cuidador que...

—Ah, sí, ya lo sé. Tengo un cuidador. Viene los martes y jueves.

—Vale, vamos a ver. Los de Masajistas por la Vida hacen masajes gratis. También hay una organización de dentistas que hacen limpiezas dentales. Ah, ¿tienes algún animal de compañía?

—No.

—Es que si lo tuvieras, los de PAWS te lo sacarían a pasear o se encargarían de él si tuvieras que ingresar en el hospital. ¿Qué más cosas hay? ¿Quieres redactar unas últimas disposiciones? Hay un

grupo de abogados que lo hace gratis. Puedo conseguirte el número si estás...

Phil sacudió la cabeza.

—Para serte sincero, Jerry, no busco asociaciones. Busco una filosofía. Y me parece que en realidad eso no es algo que otra persona pueda darme, aunque siempre me gusta preguntarlo a los que conocéis el territorio mejor que yo. —Se echó para atrás en la silla—. Es que en mi caso todo ha sucedido tan rápido. Bueno, si me hubiera hecho la prueba..., supongo que ésa es la única ventaja. Que tienes tiempo para prepararte. Pero entonces pensaba que no tenía sentido hacerme la prueba, total, para tener que vivir con malas noticias... Era el demonio conocido frente al demonio por conocer, sólo que yo elegí el demonio por conocer. Y, la verdad, nadie me dio nunca una razón decente para que me hiciera la prueba. Sí, claro, durante una temporada los periódicos te decían que un tratamiento temprano con AZT retardaba la aparición de los síntomas, pero yo nunca me lo creí, y ahora resulta que era un rollo. Así que no lo lamento. Sólo que... —Le falló la voz—. Supongo que, en el fondo de mi corazón, daba por supuesto que era negativo. Estaba convencido. Así que, cuando tuve la neumonía, fue una verdadera conmoción.

Desvió la mirada, no hacia la ventana, sino hacia el televisor, el cartel de *Star Trek*.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Peor de lo que parece.

—Tienes buen aspecto.

—Me han dicho que no durará mucho.

Hay verdades que no se discuten. Se aceptan y punto.

Por falta de algo mejor, recurrí al discurso de relaciones públicas de los Ángeles.

—Bueno, una comida nutritiva ayuda más de lo que te imaginas —dije—. Hoy hay filete de pollo frito con salsa de manzana, ensalada Cobb, pastel de queso con chocolate...

Phil se echó a reír de nuevo.

—No te preocupes —dijo—. Como de todo, menos pescado. —Jugueteó con la barba—. Y, si no te importa que te lo pregunte, ¿a qué se dedica el señor Jerry Roth, además de repartir comidas a tipos patéticos como yo?

—Bueno, supongo que soy escritor.

—¿Supones?

—No es que esté haciendo mucho últimamente. Antes escribía... no sé cómo describirlo. ¿Ensayo personal? Aunque ahora estoy trabajando, o tendría que estar trabajando, en un guión. Por cierto, vivo la mayor parte del tiempo en Nueva York. Sólo estoy aquí un par de meses. —Casi disculpándome, sonreí—. ¿Y tú?

—Oh, yo... He hecho un montón de cosas. En los últimos dos años tuve mi propio negocio. Carpintería. Me anunciaba en periódicos gays. Ahora todo se ha ido al carajo. —Se pasó la mano por encima del hombro para rascarse la nuca—. Así que ahora aquí me tienes, esperando sentado que chicos guapos como tú, Jerry, me traigan la comida.

Y volvió a sonreír: una sonrisa tan encantadora, tan radiante en sus promesas, que tuve que echarme a reír, retroceder. Una oleada agradable, casi erótica, me recorrió el cuerpo; una especie de brisa cálida de gratificación. Mientras tanto, Phil estiró los brazos. Durante un instante, se le subió la camiseta. Vi una franja de estómago velludo, con el ombligo más oscuro. Vaya, incluso ahora una fusión de sensaciones se apodera de mí al recordar el alzamiento de su polo, unas sensaciones tan embrolladas que separarlas equivaldría a intentar sacar los colores primarios de una muestra de gris: brillantes emociones básicas —eros y piedad, afecto y terror— enturbiadas en la avalancha borrosa de un momento vivido.

Me levanté. Dije que tenía que irme.

—La máquina de escribir me llama —bromeé.

—¿Todavía utilizas máquina de escribir?

—No, no. Utilizo un ordenador. Es sólo una imagen. —Tendí una mano—. Bueno, encantado de conocerte, Phil.

—Igualmente, Jerry —dijo Phil.

Y, colocándome una mano en la parte más baja de la espalda, me acompañó hasta la puerta.

—¿Volverás a hacer esta ruta?

—Puedo pedirla. Seguro que no les importa. Como te digo, les cuesta un poco asignarla. ¿Quién sabe? Podría quedarme con ella... de modo permanente. Aunque eso significaría perder el elemento sorpresa.

—Ah, eso no me importa perderlo —dijo Phil.

Y por el tono de voz sentí lo que quería decir: que, de un modo misterioso, yo había empezado a importarle.

Nos estrechamos la mano. Me marché. No miré atrás. En lugar de eso, presté atención al ruido de la puerta al cerrarse, pero la puerta no se cerró. Y qué sorprendente: incluso ahora mismo la siento, esa sensación de quemadura, como una zona de fiebre, donde Phil colocó la palma de la mano sobre mis riñones. La siento exactamente en ese sitio.

Una confesión ahora, antes de continuar: como Phil, nunca me he hecho la prueba. En realidad, mi rechazo a someterme a ella fue la principal razón por la que mi amigo actor me dejó plantado o, para decirlo como él lo dijo, que «eligiera poner término a nuestra relación en una etapa inicial». Visto ahora, no le echo la culpa a Trent. Al fin y al cabo, él había salido negativo dieciséis veces. En mí esperaba encontrar un compañero con quien emigrar a la arcadia de los salvados, un lugar que creo que imaginaba similar a esos lujosos complejos de apartamentos de Hollywood Norte, con vallas eléctricas, guardias jurados y placas de identificación. Diría que Trent gestionaba su vida de acuerdo con dos principios: una fe ingenua en la documentación y un terror tan sorprendente a la

enfermedad que a veces se desviaba diez manzanas de su camino para no pasar por delante de un hospital. En otras palabras, era incapaz de vivir no sabiendo que era negativo. Yo, en cambio, era incapaz de vivir sabiendo que era positivo. La muerte era también miedo para mí, y en este sentido, a pesar de nuestras respuestas divergentes, Trent y yo teníamos algo en común. Como Phil había dicho, era el demonio conocido frente al demonio por conocer, sólo que en nuestra fijación por elegir entre demonios Trent y yo olvidamos una cosa: los ángeles también se aventuran entre nosotros.

Julian siempre había relacionado mi negativa a hacerme el análisis con lo que llamaba mi «problema temporal». Según Julian, yo vivía demasiado en el futuro. Siempre me estaba anticipando, hablando antes de pensar, esperando con tantas ganas el siguiente acontecimiento que me perdía el momento vivido en el momento en que sucedía. Le gustaba burlarse de mí por este motivo.

—Párate —decía—. No mires. ¿Quién está detrás de ti?

—¿Una mujer?

—¿De qué color lleva el abrigo?

—¿Rojo?

—¿Lo has visto o lo dices por decir?

Generalmente, lo decía por decir. No absorbía bien los detalles. Después de una fiesta, no recordaba los muebles que había visto. En cambio, Julian se fijaba en todos los movimientos, todos los detalles. Era capaz de recitar las combinaciones de colores como si fuera el *Architectural Digest*. Se fijaba en el mundo en que vivía, quizá demasiado. Su cabeza era un desván lleno de reliquias familiares que no se atrevía a tirar. La acumulación de trastos viejos le dejaba cada vez menos espacio a la identidad y lo lanzaba en brazos del pánico.

Yo, en cambio, era un ciego selectivo. Sólo me fijaba en las cosas relacionadas con lo que venía a continuación. Era incapaz de soportar esa vida examinada a la que Julian intentaba llevarme —

Julian, que sobreexaminaba, si es que eso es posible, su propia vida —, porque examinar mi vida habría sido examinar la aterradora inexorabilidad de la muerte. Una verdad que Julian, con su violento final, trajo a casa con una intensidad que no imaginaba posible.

La prueba del VIH agravó el conflicto. El problema en mi caso era la naturaleza acordeonesca de la percepción del tiempo. La felicidad reducía un mes a un segundo. El miedo alargaba una semana hasta un año luz. No era capaz de soportar la perspectiva de esperar los resultados del análisis más de lo que era capaz de soportar la perspectiva de esperar la enfermedad. Mejor el demonio desconocido, resolví, la vida no examinada.

Por supuesto, la doctora Delia habría dado un giro diferente a las cosas. La doctora Delia habría dicho que me resistía a someterme al análisis porque en el fondo no quería que mi historia con Trent funcionara. Teoría a la que sólo puedo responder: Bueno, puede que sí. Es posible que albergara algún impulso masoquista de sabotear mi felicidad erótica o negar la irrevocabilidad de la partida de Julian. Y, sin embargo, no puedo hacer caso omiso del hecho de que lo que Trent quería no era sólo que yo me hiciera un análisis; de haber dado positivo, también me habría dejado plantado.

A decir verdad, fue la doctora Delia la que me condujo en realidad a los Ángeles. Una tarde, a las pocas semanas de llegar a Los Ángeles, conducía sin rumbo, escuchando su programa, cuando con grandes muestras de autosatisfacción anunció que no hacía mucho había pasado una mañana repartiendo comidas. A continuación explicó quiénes eran los Ángeles, cómo trabajaban, lo maravillosa que había resultado la experiencia de hacer de repartidora para ellos y conocer a sus clientes, que mostraban semejante estoicismo frente a la adversidad.

—La verdad es que me hace reflexionar sobre vosotros —les dijo a sus oyentes—. Me llamáis, gañís como una camada de perritos, cuando en realidad tenéis la suerte de gozar del don de la vida. Y



me encuentro con esas personas, que de verdad tienen problemas, ¿y acaso se quejan? ¿Protestan? En absoluto. Pensad en ello la próxima vez que tengáis ganas de llamar.

Bueno, no sé a cuento de qué iba aquel pequeño sermón, pero a la mañana siguiente fui directo a la sede de los Ángeles. Wayne y los Keith se mostraron encantados aunque un tanto sorprendidos ante mi entrada sin resuello, mi deshilvanado:

—Hola, quiero repartir para vosotros.

En cuestión de minutos estaba empaquetando almuerzos y en cuestión de otros minutos más subía por el bulevar Beverly Glen en dirección a la casa de Robert Franklin. ¿Se habría enorgullecido de mí la doctora Delia? ¿Se habría enorgullecido Julian? No lo sabía.

De todos modos, volvamos a Phil: a la mañana siguiente, le pregunté al segundo de los Keith si podía quedarme de modo semipermanente con la ruta de Olympic Sur. Accedió de buen grado, contento de sacarse de encima un barrio difícil. A continuación, me fui a meter la comida en bolsas. En la cocina se había armado un pequeño jaleo. Al parecer, una joven actriz, la estrella de una serie de televisión sobre unas universitarias que compartían piso, había venido a repartir aquella mañana, acompañada como quien no quiere la cosa de un periodista de *Entertainment Tonight*.

—¡Hacer esto me reconforta! —le estaba explicando la actriz al periodista—. Ayudar a toda esta gente me hace sentirme bien.

Tras lo cual, el equipo de cámaras la filmó sonriendo mientras clasificaba comidas, sonriendo mientras las metía en bolsas, sonriendo mientras charlaba con Sunny Duvall, la jefa oficiosa de los Ángeles. (Algunos la llamaban «arcángel»).

Intenté no hacer caso de todo aquello. Me resultaba evidente que cuanto motivaba las tontas risas de aquella joven criatura no era tanto la alegría de hacer buenas obras como el conocimiento de que sólo por medio de la exposición continuada ante las cámaras lograría conservar su incipiente fama. No era ninguna sorpresa: en Hollywood los actos de generosidad suelen tener márgenes de

beneficio. Aunque, si alguno de los otros Ángeles sintió lo mismo que yo, no lo demostró. En realidad, no sólo no mostraron disgusto cuando el equipo de cámaras los echó de la cocina o les pidió que limpiaran la mesa cuando la actriz metía la comida en bolsas, sino que se amoldaron de buena gana a aquellas exigencias. La activa atmósfera de altruismo se convirtió en otro plató más. Los Ángeles, que en su mayor parte eran actores sin trabajo, cedieron a la orgía de amiguismo mutuo que el agente de la actriz sin duda había propuesto a Sunny algunos días atrás, señalándole en qué medida una aparición en *Entertainment Tonight* los beneficiaría también a ellos. En el montaje, según supe más tarde, también participaban los clientes, que se disputaban la posibilidad de formar parte de las rutas «representativas» que Sunny elaboraba cada vez que una celebridad se acercaba a repartir.

Ni que decir tiene que rara era la celebridad que repartía cuando las cámaras no estaban rodando.

Me encontraba cargando los almuerzos en las cajas que utilizaba para llevarlos al coche cuando sonó un pequeño timbre que indicaba que estaba a punto de empezar el corro de oraciones. Por lo general, intentaba no estar cuando empezaba el corro de oraciones; sin embargo, aquel día el revuelo que envolvía a la actriz me había hecho ir más despacio.

La conversación se fue apagando. Muy diligentemente, todos los Angeles salvo yo dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron al centro de la rectoría. Se dieron las manos. A continuación Sunny Duvall pronunció su inocua bendición: «Dios Señor nuestro, tú que eres todo amor, bendice estos alimentos», etcétera. A un lado tenía a la actriz y al otro al periodista de *Entertainment Tonight*. Las cámaras viraron bruscamente para sacar un primer plano de la cara de la muchacha.

—¿Alguien tiene algo que compartir? —preguntó Sunny.

—Me gustaría pedir un momento de silencio por Tommy, de Normandie con la calle 6, que murió ayer —dijo una mujer con el

cabello azul.

—Mantengamos un momento de silencio por Tommy —entonó Sunny.

Silencio.

—¿Alguna otra cosa?

—Me gustaría ofrecer un aplauso para Leah, que acaba de unirse a nuestro equipo de cocina —dijo el segundo de los Keith.

—¡Un aplauso para Leah! —dijo Sunny.

Aplauso.

—¿Alguna otra cosa?

—¡Yo sólo quiero decirlo lo formidables que sois todos! —intervino la actriz.

—¡Un aplauso para nosotros!

Más aplausos. El corro se deshizo. Durante unos cinco minutos todo el mundo se dedicó a besarse indistintamente. Luego todos volvimos a las bolsas.

Justo cuando estaba a punto de irme, Sunny se me acercó. No nos habían presentado de modo formal. Sunny era también actriz. Una década antes había ganado una fortuna haciendo una serie de anuncios interpretando nada más y nada menos que a la Madre Naturaleza; en realidad, quedó tan identificada con ese papel que, de resultas de ello, su carrera se vio en gran medida arruinada. En aquel momento, vivía de los derechos de redifusión, así como de apariciones ocasionales en centros comerciales.

—Hola, Jerry, soy Sunny —me dijo, ofreciéndome la mano—. Quería darte las gracias por tu ayuda. Wayne me ha dicho que llevas ya un mes repartiendo todos los días. Es estupendo.

—Es un placer —dije.

—De todos modos, he notado que no te has unido a nuestro corro de oraciones. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema con las oraciones?

Alcé la mirada. Ella sonreía. Su dentadura de Madre Naturaleza relumbró casi cegadoramente.

—Es que no es lo mío. —Y añadí a modo de explicación—: Soy de Nueva York.

Como si la estuvieran apuntando, Sunny levantó las manos.

—No te vayas a creer que te estoy presionando. En absoluto. Sólo quería sugerirte que lo pruebes. ¿Quién sabe? A lo mejor te hace sentirte bien. Bueno, gracias otra vez.

Y, tras besarme la frente, se alejó entre la multitud.

Me metí en el coche y conduje en dirección sur, hacia Olympic. Como ya conocía el territorio, hice mis entregas más rápidamente que el día anterior. A la una bajaba por la calle Saturn, escuchando a la doctora Delia charlar con Gwyn de Calabasas.

—Hola, doctora —dijo Gwyn—. Mi problema es el siguiente. Estoy divorciada, tengo cuarenta y nueve años y me he enamorado de un chico más joven.

—¿Cuánto es más joven?

—Veintitrés años.

—Vaya, eso sí que es más joven.

—Sí. Y el problema es que lo he conocido porque, bueno, salía con mi hija. Bueno, nada serio. El caso es que nos enamoramos y ahora mi hija no me dirige la palabra.

—¿Y te sorprende?

—¿Cómo?

—¿Y te sorprende que no te dirija la palabra?

—Bueno, la verdad es que sí.

—¿Por qué?

—Es mi hija. Siempre habíamos estado muy unidas.

—¿Consideras que has sido una buena madre, Gwyn?

—Sí.

—¿Una buena madre humilla a su hija largándose con un tipo al que le dobla en edad y que resulta que es su novio?

—Bueno, no estoy segura.

—Piénsalo. Y de paso mira la palabra «furcia» en el diccionario.

La doctora Delia puso un anuncio.

Aparqué delante del edificio de Phil. Volvía a sobrarme un almuerzo. Había vuelto a fallar el mismo tipo que no estaba en su casa el día anterior. Preocupado por el hecho de que pudiera haber muerto o estuviera en el hospital, pensé que debía llamar a la sede para que Wayne o uno de los Keith investigara. Aunque, para mí —debo ser franco—, aquel individuo sólo era un nombre en una hoja de cliente, un interfono que no contestaba. No contaba. No era Phil.

La puerta estaba abierta porque unos chicos estaban patinando alrededor de la piscina, de modo que no tuve que llamar al interfono. Subí las escaleras y golpeé la puerta de Phil.

—Sorpresa —dije cuando respondió.

—Hola.

Phil parecía de peor humor, más enfadado, que el día anterior. ¿Lo había despertado?

—Bueno, he pedido que me asignen esta ruta —dije, entregándole los almuerzos.

—Qué bien. —Phil se rascó la cabeza—. Perdona si parezco en las nubes. Estaba viendo un vídeo. ¿Quieres entrar?

—Oh, no te preocupes...

—Pasa, pasa...

Y me invitó a su apartamento. Las cortinas estaban corridas, con lo que daba la impresión de que a la sala le faltaba aire. En el televisor, la programación de la tarde se deslizaba sobre un fondo azul brillante. La luces relucían en el reproductor de vídeo. ¿Lo había interrumpido en medio de un vídeo porno?, me pregunté, y ese temor me hizo sonrojarme: al fin y al cabo, lo último que quería era incomodarlo. Sin embargo, Phil no parecía en absoluto incómodo, sólo cansado.

—Oye, ¿te sirvo algo? —preguntó, subiendo una persiana mientras se protegía los ojos contra la invasora luz del día—. Perdona la oscuridad. Uno de los remedios que tomo..., no me acuerdo de cuál..., me hace ser fotosensible.

—No pasa nada. Por mí no te preocupes. Sigue con lo que estabas haciendo y... ya volveré mañana, ¿de acuerdo?

—¿Eh? Si no estaba haciendo nada... Ah, ¿te refieres a eso? —Hizo un gesto impreciso en dirección al televisor—. Es sólo un episodio antiguo de *Stark Trek* que ya he visto mil veces.

—¿Cuál?

—«¿No existe en verdad la belleza?».

—Ah, con Diana Muldaur. Cuando iba al instituto siempre veía *Star Trek*.

—Yo también. Ahora tengo toda la serie en vídeo. No es que sea un *trekker* ni nada parecido. Quiero decir que no voy a los congresos ni leo esas revistas en las que a Spock le da un ataque de calentura vulcànica en un planeta desierto y Kirk tiene que dejarle que le dé por culo para que no muera. Lo que me gusta es la serie. —Sonrió un tanto tímidamente—. Oye, si estás otra vez al final de tu ruta, ¿te quieres quedar a verlo conmigo? Podemos comer juntos. Al fin y al cabo, sobra un almuerzo.

—Oh, no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Eso, ¿por qué no? Ninguna regla de la guía del repartidor me prohibía comer con los clientes. Y, sin embargo, en todas las semanas que llevaba repartiendo para los Ángeles, nunca lo había hecho, ni se me había pedido que lo hiciera. Ni tampoco había probado uno solo de los almuerzos, ni siquiera cuando sobraban. Otros lo hacían. En la rectoría, los voluntarios siempre estaban metiendo cucharas en las ollas, chupando batidoras. Yo, en cambio, arrugaba la nariz cuando metía la comida en bolsas.

Trasplantaba a esas comidas irreprochables el amargo olor de las bandejas de hospital. Sabía para quiénes las cocinaban.

De todos modos, no me atreví a explicarle eso a Phil.

—La verdad es que no tengo hambre —dije—; pero lo que sí puedo hacer es sentarme y acompañarte mientras comes.

—Te voy a poner la comida en una bandeja y, si quieres, la comes, ¿vale? —Se dirigió a la cocina a abrir las bolsas—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

—Pollo asado con salvia y pastel de lima Key —dije, sentándome en el sofá.

—Estupendo.

Phil puso sobre la mesa de centro cuchillos, tenedores y servilletas, regresó a la cocina, sacó el pollo y el relleno de sus envases de plástico y los colocó en platos blancos desportillados.

—Bueno, que aproveche —dijo, sentándose a mi lado—. A comer.

—*Buon appetito.*

Cogió el mando a distancia del televisor. Recordaba sólo vagamente aquel episodio de *Star Trek*, que trataba de una criatura que tenía algunos de los pensamientos más sublimes del universo, pero cuya apariencia física era tan horrorosa que ningún humano era capaz de contemplarla sin enloquecer. Naturalmente, la criatura era un medusano.

Vi que ninguno de los dos tocó la comida: yo, por las razones ya esbozadas; Phil, como supe más tarde, porque el Bactrin le daba náuseas. En lugar de comer, contemplamos el episodio de *Star Trek*, que era aún más extraño de lo que recordaba. El medusano resultó ser no sólo horroroso, sino «horrorosamente amorfo». Era «mostrado» de forma intermitente: un repiqueteo de chispas y ruidos de interferencias, mezclado con psicodélicos borboteos de color. En cuanto a Diana Muldaur, interpretaba a una psicóloga telepata de la era espacial a quien se consideraba superevolucionada, puesto que era capaz de mirar directamente al medusano sin volverse loca. Sin embargo, resultaba que podía hacerlo no porque fuera superevolucionada, sino porque era ciega.

¡Ciega! Eso era lo que me había fascinado de aquel episodio: no la trama, que no se sostenía; no, algo en la idea de la sofisticación psíquica utilizada como fachada, una conveniente artimaña

mediante la cual una persona enmascaraba y al mismo tiempo sacaba provecho de una desventaja... Julian lo habría encontrado interesante. Su teoría era que, para la inmensa mayoría de los artistas, el estilo existía como táctica para ocultar o eludir una limitación, una derrota: para distraer la mirada del lector de una rima desmañada, el oído del oyente de una nota omitida. Una teoría que, en mi caso, tenía gran validez.

El episodio se encaminó hacia su poco sorprendente conclusión. En los últimos minutos, Mr. Spock estableció una fusión mental con el medusano durante la cual la criatura dijo algo (por medio de Spock, por supuesto) que nunca he olvidado.

—¡Pero, sobre todo, la soledad! —dijo el medusano—. Vivís vuestra vida en esa carcasa de carne, independiente, separada. Qué solos estáis. Qué terriblemente solos.

Cuando acabó la cinta, Phil apagó el vídeo. Durante unos instantes permanecimos sentados en aquella oscuridad a la que mis ojos empezaron a acostumbrarse, contemplando el brillo gris de la pantalla que se enfriaba. Phil llevaba los mismos pantalones cortos y el mismo polo que el día anterior. Había destellos en su barba. Los pantalones perfilaban con claridad sus genitales. Y, sin embargo, habría sido incapaz de afirmar si iba vestido de ese modo para excitar o por la misma razón por la que los niños enfermos llevan pijama todo el día: porque la suavidad del algodón calma la piel irritada.

De haberlo encontrado en el Circus of Books, pensé, habría sido diferente; de haberlo encontrado en cualquier lugar; de no haber sabido que estaba enfermo. Y no se lo habría preguntado. No era, como Trent, de esos que necesitaban preguntar. Habría aceptado a Phil de buena fe. Demonios, lo habría aceptado como él hubiera querido.

Al final me levanté.

—Este episodio era bueno —dije.

Phil no estuvo de acuerdo.



—La trama tenía un montón de agujeros. Pero siempre me ha gustado Diana Muldaur. Salía en otro episodio..., no me acuerdo del título..., donde los cuerpos de ella y Kirk alojaban cerebros descorporizados. Y, por supuesto, la doctora Pulaski de *La nueva generación*.

—¿No se caía también por la caja de un ascensor en *La ley de Los Ángeles*?

—Sí, señor —me sonrió—. Oye, espero que no te importe que no te acompañe a la puerta. En este momento no me encuentro demasiado bien.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Creo que voy a ponerme a dormir. Hay días buenos y días malos, ¿sabes?

—¿Te hace falta leche? Si quieres voy al supermercado. ¿Necesitas alguna receta? Si quieres...

—Estoy bien —repitió Phil con paciencia—. De todas maneras, Justin, mi cuidador..., él se encarga de todo por mí.

—Ah, tu acompañante.

—Sí.

—Martes y jueves.

—Eso. De todos modos, muchas gracias por ofrecerte.

Me encogí de hombros,

—De acuerdo. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me hizo un gesto de despedida con el mando a distancia.

Mientras salía oí que el televisor se ponía de nuevo en marcha.

Ahora, una palabras sobre el cuidador: sería un mentiroso si no admitiera que, incluso en aquella etapa temprana de mi amistad con Phil, el conocimiento de su presencia hacía que me sintiera celoso. Se trataba, por supuesto, de una reacción irracional. Al fin y al cabo, no estaba en posición de reivindicar a Phil o de negarle el

derecho a cuanta ayuda pudiera conseguir. Y, sin embargo, el modo en que se me hacía recurrente el nombre del cuidador tenía algo que me ponía nervioso. En realidad, su nombre tenía algo que me ponía nervioso: Justin. Sonaba a muesli y buena dentadura. Tobillos bronceados. Náuticos sin calcetines.

En mi imaginación, el cuidador se convertía en una némesis: atractivo, joven, en mejor forma física que yo; la clase de individuo que nunca se dejaría caer por el Circus of Books, no hablaría por líneas eróticas ni le haría ascos a una comida de los Ángeles. Si fuera escritor, decidí, seguramente sería de esos que trabajaban de modo diligente, se levantaban a las siete todas las mañanas y tenían tiempo para hacer el café y sacar el perro a pasear. Seguramente utilizaba el hilo dental con regularidad. Seguramente tenía un Lexus y, cuando conducía, escuchaba a Scarlatti, no a la doctora Delia.

Mientras tanto, en el mundo, empecé a almorzar con Phil todos los días. A veces incluso le llevaba cosas ricas para comer, caramelos de fruta y galletas integrales de higo, para complementar las comidas ordinarias. Aquello contravenía por completo las normas, como supe más tarde. En una ciudad como Los Ángeles, que es feliz entre pleitos, lo último que deseaban los Ángeles era que los consideraran responsables de envenenamiento. Sin embargo, sabía que Phil nunca me delataría. Le gustaban demasiado las galletas de higo orgánico, y le gustaba yo. No tardamos en actuar en abierta connivencia desafiando a nuestros supervisores, con el resultado de que nuestra amistad se despojó del protocolo voluntario-cliente. La formalidad se desplazó a un segundo plano. Se sobreentendía que aunque dejara de repartir comidas, no dejaría de repartir las comidas de Phil.

En esa época no tenía muchos amigos en Los Ángeles. Ciertamente, tenía muchos conocidos: algunos primos cuyo número de teléfono me había dado mi madre, mis jefes de la productora, los hombres con los que había concertado citas a través de las líneas eróticas.

Sin embargo, con ninguna de esas personas disfrutaba de la fácil y abierta intimidad que compartía con Phil. No es que hiciéramos gran cosa juntos. Por lo general, sólo veíamos vídeos; o hablábamos; o nos sentábamos juntos en el sofá y no decíamos nada, mientras al otro lado de las persianas bajadas los niños se zambullían en la piscina. Esa forma particular de no hablar fue para mí una experiencia nueva, puesto que en el pasado siempre había rehuido el silencio; en realidad, mi relación con Julian puede describirse como una conversación de nueve años regida por el miedo, como si dejar de hablar hubiera significado dejar de vivir. Sin embargo, de Phil aprendí que esas parejas que Julian y yo siempre habíamos compadecido en los restaurantes, esas que no cruzaban palabra, quizá fueran más felices que nosotros, quizá no hablaran no porque su matrimonio hubiera desembocado en el estancamiento y la aridez, sino porque habían alcanzado ese nivel de comodidad y confianza mutua que soslayaba la necesidad de parlotear. O, para invertir aquella famosa consigna de **ACT UP**, el **SILENCIO** no necesariamente = **MUERTE**; a veces = **VIDA**. De todos modos, son pocas las personas que parecen saberlo.

Un día, cuando llegué con la comida me preguntó bastante tímidamente si podía hacerle un favor. Aquella tarde tenía su chequeo semanal en una clínica cercana especializada en sida. Justin solía llevarlo, pero había tenido un pequeño accidente con el coche en la 101.

—¿Y quieres que te lleve yo? —pregunté, un poco sorprendido, a decir verdad.

—Bueno, si es un problema, no te preocupes —dijo Phil—. Puedo coger el autobús.

—No, no, claro que no es ningún problema. Me encantaría. Me...

No dije que estaba entusiasmado, para no sonar como una actriz incómoda con su propia virtud. Y, sin embargo, el corazón se me disparó, me empezó a hervir la sangre. Me muero de vergüenza al

admitirlo, pero la perspectiva de llevar a Phil a su chequeo me excitaba.

Se dirigió al dormitorio; no cerró la puerta. Por el rabillo del ojo lo vi cómo se quitaba el polo y los pantalones, se sacó los calzoncillos, se plantó desnudo delante de la cómoda rebuscando entre calzoncillos, camisetas y calcetines blancos. Y pensé: Si fuera otra persona, en cualquier otro lugar, esto habría sido exhibicionismo; habría sido seducción. Y, sin embargo, con Phil uno nunca estaba seguro. Era posible que diera el espectáculo; pero también era posible que su disposición a desnudarse delante de mí surgiera de una absoluta inconsciencia del efecto sexual: la falta de pudor nada erótica de los vestuarios.

Me di la vuelta, fingí no mirar mientras se ponía unos calzoncillos azules descoloridos, una camiseta con cuello triangular, unos vaqueros, unas zapatillas deportivas y una camisa de rayón estampada con buganvillas: una camisa verdaderamente espantosa, pensé al principio, hasta que me di cuenta de que el vello de su pecho se desparramaba por el cuello con la misma exuberancia que la buganvilla. Phil tenía tanto vello que habría habido que rebuscar los pezones.

—Muy bien —dijo, entrando en la sala—. Estoy listo.

—Vamos.

Salimos al exterior.

—Qué calor hace.

—¿Te has puesto la protección?

—Se me ha olvidado. ¡Vaya, el sol me deslumbra!

Entrecerrando los ojos a causa de la luz, se palpó los bolsillos en busca de las gafas de sol.

Abrí la puerta del pasajero.

—Bonito coche —dijo mientras entraba—. ¿Qué marca es, un Pontiac?

—Me parece que sí.

—¿Te parece?

—No entiendo mucho de coches.

Phil se echó a reír.

—Eres un caso, Jerry. Eres la única persona que conozco que no sabe qué coche tiene.

—¡Eh, que es de alquiler! En Nueva York nadie tiene coche. Hay que pagar demasiados impuestos.

Arranqué. En el acto, la potente voz de la doctora Delia tronó por los altavoces.

—Y de este modo enviamos a nuestros niños el mensaje de que está bien tener comportamientos inadecuados...

La apagué mientras abandonábamos la calle Saturn.

—Antes tenía un jeep Cherokee como ése —mencionó Phil—. Azul cobalto. A los seis meses de tenerlo me puse malo.

—¿Lo vendiste?

Asintió.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Phil me miró con incredulidad—. Pues porque no tenía dinero, por eso.

—Lo siento. No..., claro, por qué, si no, ibas a venderlo. Tengo esta mala costumbre... Hablo antes de pensar.

—No tienes que disculparte. En fin, sí, tuve que venderlo, es que, cuando contraí la neumonía, no tenía seguro de enfermedad, sólo seguro de vida. Y de pronto tuve que hacer frente a, no sé, algo así como cincuenta mil dólares en gastos médicos. Primero fui a una de esas compañías en donde puedes cobrar el seguro de vida si tienes una enfermedad terminal. Pero sólo me dieron la mitad de lo que valía la póliza. Así que tuve que negociar un plan de pago con el hospital. Entonces, cuando todo parecía solucionado y estaba a punto de conseguir todo el dinero, una loca de Pacific Palisades a quien le había arreglado la cocina va y me pone una demanda. El fregadero perdía agua. Bueno, no sé si has tenido mucha experiencia con abogados, pero te sueltan los Dobermans el doble

de rápido que cualquier vendedor de coches. Así que tuve que despedirme de mi precioso coche.

Su voz se apagó.

—Vaya mierda, Phil —dije.

—Bueno, no está tan mal. En caso de necesidad, siempre puedo tomar el autobús. —Bajó la ventana con la manivela—. De todos modos, no hay nada como recorrer La Ciénaga en un día de calor, ¿verdad, Jerry? Escuchando lo que dicen por la radio. Si tienes hambre, te puedes parar en el Beef Bowl, o comerte un perrito caliente en el Hot Dog. ¿Has estado alguna vez en el Hot Dog? «Donde veintidós centímetros siempre son el promedio». Ése es su lema.

—Iré esta tarde.

Phil se quedó callado. Pareció caer en uno de esos cómodos silencios de los que yo tanto había desconfiado en el pasado. Lo miré: el codo sacado por la ventanilla, el cuello de la camisa hinchado por el viento. Y pensé: El movimiento es realmente su medio. Realmente su sitio está detrás del volante de un Cherokee azul cobalto, bebiendo una Coca-Cola de un gran vaso con tapa de plástico, conduciendo hacia... ¿dónde? ¿Ventura? ¿Lompoc? Algunos de esos lugares intermedios que nunca han tenido categoría de punto de destino.

Y en ese momento pasamos por delante de un café sacado de la serie *Los supersónicos*, una muestra de arquitectura de la guerra fría que sorprendía en virtud de su propia incongruencia: la fantasía que el pasado tuvo del futuro, una fantasía envejecida. El café tenía alerones y elevaciones. Tenía un logotipo aerodinámico que parecía el emblema que lleva el capitán Kirk en el pecho. Se llamaba Ships; bajo el nombre, las palabras

NO  
CERRAMOS  
NUNCA

se reducían hasta la nada.

—¿Has comido alguna vez aquí?

—¿En Ships? Claro. Recuerdo que cuando llegué a esta ciudad desde San Francisco (de eso hace ya años), viniendo del aeropuerto pasamos por delante e hice que George se parara. George era mi novio en aquella época.

Todas las mesas tenían tostadora, lo cual en aquel tiempo me pareció que era el colmo de lo moderno. Debía de tener veinte o veintidós años.

—Podríamos ir a comer un día. El domingo, tal vez.

Los Ángeles no tenían reparto los fines de semana.

Sin embargo, la única reacción de Phil fue encogerse de hombros.

—El sitio es ahora un poco deprimente. La mayoría de los clientes son hombres mayores. Las camareras son viejas. Tienen incluso un pequeño descargo de responsabilidad en la carta, para la gente a quien le gusta la comida picante que hacen. Dice: «Somos cocineros de sal y pimienta». Siempre me ha dado mucha pena: «Somos cocineros de sal y pimienta».

—¿Crees que es una coincidencia que Ships esté tan cerca de la calle Saturn?

—Es una buena pregunta. Si quieres que te diga la verdad, no lo he pensado nunca. A lo mejor sí. Bueno, Los Ángeles, en los cincuenta, estaba muy colgada de la idea de que era el futuro. Ahora todo ese rollo de la tierra del futuro se ha convertido en nostalgia. Ya sabes a qué me refiero. Y recitó: «El ama de casa del futuro no tendrá que estropearse las manos fregando platos. Los robots se encargarán de todas las tareas rutinarias y permitirán disponer de una cantidad de tiempo libre para las actividades placenteras».

—Los coches son una cosa del pasado. El ejecutivo del futuro acude al trabajo en hipervehículo personal.

—Los monorraíles de propulsión nuclear han acabado con la contaminación.

—Las ciudades subterráneas permiten que la superficie de la tierra se convierta en un inmenso parque para disfrute de todos.

—¿Vacaciones? «¿Adónde iremos este año, cariño? ¿A Venus?». «Pero, Jim, ¡si ya fuimos a Venus el año pasado!». «¡Yo quiero ir a Marte!». «¡Cállate, Junior! ¡Ya te he dicho que Marte es muy caro!». «Pero, cariño, acabo de leer en el periódico que United tiene una tarifa familiar especial para Marte, ¡sólo tres mil unidades de cuenta!». «¡Hurra! ¡Al final Junior sí que podrá ir a Marte!».

Phil se detuvo. Lo miré, sorprendido.

—¿Te lo has inventado?

—Vete a saber de dónde era. Algo metido en los bancos de la memoria. Otra frase así era: «Atención, tripulación preparada para inversión de polaridad». ¿Has visto...?

La monstruosa fachada del hospital lo interrumpió. Todo el campo de visión quedó ocupado por ella. Nos sacó del espacio, sujetó nuestros cuerpos a la tierra; exigía obediencia, sacrificio.

Aparqué en el inmenso garaje. Nos desabrochamos los cinturones de seguridad, salimos del coche al fresco aire de la sombra. Entramos en el ascensor, subimos un piso tras otro hasta la clínica especializada en sida, que resultó ser un lugar tan agresivamente alegre como la cocina de los Ángeles, con las paredes tapizadas de carteles de sexo seguro, carteles de hombres y mujeres de ojos brillantes declarando su seropositividad y fotos firmadas de celebridades menores que habían visitado el lugar, dejando detrás de ellas aquellas reliquias para que nadie olvidara que habían hecho una buena obra.

Nos sentamos a esperar. Frente a nosotros un hombre vestido con chándal leía *Highlights for Children*. Una mujer sentada junto a él sostenía *Arizona Highways*. Phil hojeó un número atrasado de *Smithsonian*.



Me acordé de cuando era niño y me sentaba en las salas de espera de los dentistas, revolviendo pilas de números atrasados de *Highlights for Children*. Siempre buscaba la columna de «Goofus y Gallant», donde el comportamiento de un niño bueno se contrastaba con el de su primo no tan bien educado: «Gallant se ofrece a ayudar a su madre a retirar los platos». «Goofus se levanta de la mesa sin dar las gracias».

¿Cuál habría sido un equivalente moderno? «Gallant pregunta: "¿Te hago daño?"». «Goofus dice: "Te voy a dejar el culo como un bebedero de patos, maricón."».

Ni que decir tiene que en Goofus había algo que siempre me atraía.

Una enfermera sin uniforme apareció del otro lado de unas puertas de batiente.

—Hola, jovencito —dijo la enfermera tocándole a Phil el hombro—. ¿Y dónde está hoy Justin?

—Ha tenido un pequeño accidente con el coche. Por cierto, éste es Jerry. Jerry, Lamar.

—Encantada de conocerte, Jerry. —Lamar me ofreció su larga mano morena para que se la estrechara—. Eres muy amable por acompañar a nuestro amigo Phil.

—Es un placer.

—Bueno, espero que disfrutes de nuestra magnífica selección de revistas. Mientras tanto, Phil, Paula te está esperando.

—Vale.

Phil se puso de pie y siguió a Lamar hacia las siniestras puertas de batiente.

—Hasta luego —dijo Lamar.

—Hasta luego —dije.

—Ah, por cierto, Phil, dile a Justin que si todavía no ha vendido el Soloflex, conozco a alguien a quien le puede interesar...

Desaparecieron. Me eché para atrás en el asiento. Me acordé de todas las salas de espera en las que me había consumido durante la

infancia: sobre todo, la sala de espera del doctor Craig, nuestro médico de cabecera, donde leía «Goofus y Gallant» mientras mi madre tejía y, en una esquina, un pez nadaba de un lado a otro del acuario, giraba de una sacudida y regresaba. En aquel acuario había un escafandrista y un cofre del tesoro abierto del que salían burbujas de aire. Seguramente porque me daban miedo las inyecciones, incluso la más rutinaria visita al doctor Craig provocaba en mí aquella mezcla de miedo y aburrimiento contra la cual no servía de antídoto ninguna cantidad de acuarios ni de columnas de «Goofus y Gallant». Miedo y aburrimiento: es el olor de las salas de espera. Incluso en aquel momento, siendo el amigo acompañante, seguía oliéndolo.

Por supuesto, en aquella época era peor. Las enfermeras iban de blanco. Pensándolo bien, las enfermeras eran blancas... y no había enfermeros. En aquellos primeros tiempos de mayor rigidez de la profesión médica, los primeros pacientes tuvieron que soportar muchas más cosas además de la enfermedad: tuvieron que soportar el pánico, la cuarentena, no volver a ver a un ser humano que no estuviera envuelto en mascarillas, botines y guantes de goma. La gente de la generación anterior a la mía recordaba dónde estaba cuando mataron a Kennedy: yo recordaba la primera vez que había oído hablar de la enfermedad. Fue esperando el autobús que me llevaría a la universidad. Compré un periódico. «Cáncer misterioso ataca a gays en Nueva York», decía el titular; unas noches más tarde, la noticia apareció en el telediario. Al parecer, era un cáncer que sólo tenían las locas. Las mariconas. «No sé cómo lo he cogido —contó al periodista una afligida mariquita con llagas púrpura—. Sé que lo tengo, pero no sé cómo lo he cogido».

Habían pasado los años desde entonces. El miedo ya no era tanto a lo desconocido como a lo abiertamente conocido: la dolorosa muerte presenciada un centenar, un millar de veces, como si su fin fuera la preparación, igual que aquellas películas sobre la pubertad que nos habían pasado en el instituto. Sí, se hicieron

todos los esfuerzos para suavizar las cosas. Los médicos pasaron a tener nombres propios. Las clínicas, incluso las residencias para enfermos terminales, pasaron a tener una atmósfera tonificante: tan diferente de aquella época en que las enfermeras llevaban cofias papirofléxicas, rozando la mistificación con su almidonado simbolismo de pliegues.

Un pequeño revuelo en la sala de espera me sacó de mis meditaciones.

—¡Puedo hacerlo solo! —estaba diciendo una voz familiar.

A la que le respondía pacientemente la voz de la paciencia:

—Déjame que te ayude a sentarte...

—¡Que puedo hacerlo solo, digo!

Alcé la vista. ¡Claro! Era Robert Franklin, vestido, aunque seguía acarreado el tozudo suero, calzado con las zapatillas deportivas naranja. El hombre del chándal desvió la mirada. La mujer que leía *Arizona Highways* desvió la mirada. No podían evitarlo... y, peor, Robert vio que no podían evitarlo.

—Eso es, damas y caballeros, colóquense la venda en los ojos. Metan la cabeza dentro de una bolsa. Hombre prevenido vale por dos. ¡Digo que puedo hacerlo solo!

Bueno, acaso no exista en verdad la belleza, es probable que en verdad seamos telépatas ciegos haciendo que el mundo crea que la ceguera es visión. No sé. Sólo sé que en aquel momento mi cuerpo me resultó demasiado pequeño.

Me acordé del medusano; deseé, de algún modo, ser capaz de introducir sus palabras en las regiones funcionales del doliente cerebro de Robert.

Qué solos que estamos. Qué terriblemente solos.

La línea temporal de la vida de Phil empezó a marcarse en mí. Descubrí que había crecido en las afueras de Boulder. Su padre trabajaba en el ejército del aire. De él había heredado el gusto por

la ciencia ficción. Sin embargo, el coronel Pete Featherstone murió antes de que el niño llegara a la pubertad y dejó tras él a una airada viuda y un exceso de hijas. Phil esperó educadamente hasta cumplir los dieciocho años y luego se marchó. Compró un billete de autobús para la meca de cualquier chico gay, San Francisco. Conoció a Stan. Stan tenía cuarenta y siete años y poseía una granja cerca del río Russian. Invitó a Phil a vivir con él. Sin embargo, las cosas no funcionaron y, al cabo de unos meses, Phil volvió a San Francisco. Conoció a George. George rozaba la treintena. Se fueron juntos a Los Angeles. Después rompieron. Durante un tiempo hizo «esto y lo otro»; hizo de camarero, detrás de la barra y sirviendo mesas, trabajó en tiendas de vídeos, incluso se sacó el título de masajista, «el oficial», se apresuró a añadir. En los últimos tiempos, había hecho de preparador personal y estaba consiguiendo sacar adelante su negocio de carpintería cuando descubrió que se moría.

Y eso, básicamente, era todo. No tenía una carrera ni tenía en realidad «intereses», salvo ir al gimnasio y ver las películas con las que su padre lo había criado. No practicaba taekwondo. No se hacía él mismo la pasta. No leía biografías de ex presidentes. (A juzgar por la escasez de libros de su apartamento, no leía nada). Y, sin embargo, si Phil no era alguien con «ambición social», al menos tampoco había malgastado su vida adulta (como a veces me parecía que había hecho yo) dando vueltas a las norias de la ambición y la distracción. En vez de eso, había vivido en el momento; con lo cual quiero decir que experimentó el momento, sintió el momento en sus propios términos. Yo, en cambio, si es que llegué a experimentar el momento, fue como nostalgia anticipada de su pérdida.

Nuestra amistad fue creciendo poco a poco. El sexo era su asíntota, la aproximación era perpetua pero nunca se alcanzaba. Al menos en mi mente. No podría haber dicho con seguridad cuáles eran los sentimientos de Phil al respecto. No cabe duda de que tenía que intuir algo de mi deseo por él. Sin embargo, ese deseo

formaba parte de su propia anulación, a saber, el terror, la ducha fría final. Era como una de esas cerillas de broma que se apagan cada vez que se encienden. Era una profecía contraproducente. Con semejantes Rosemarys mentales, no debí de parecer una perspectiva demasiado acogedora contra la que acurrucarse por la noche. De todas maneras, incluso al escribir esta frase, me doy cuenta de que presupone algo de lo que no estoy seguro: presupone, ante todo, que Phil me deseaba.

Phil me excitaba en secreto. En su presencia nunca tuve una erección ni experimenté una sensación consciente de apetito sexual. Y, sin embargo, cuando dejaba su apartamento, siempre iba al Circus of Books con mayor impaciencia de la habitual; y cuando después volvía a mi habitación de hotel, siempre encontraba manchas húmedas en la bragueta de los calzoncillos, como si del cuerpo pudiera tener, literalmente, un escape de lujuria.

Me gustaría poder decir que dejé todas las historias turbias después de conocerlo, dejé de recorrer el aparcamiento, de frecuentar las líneas eróticas y de alquilar vídeos. Pero, en realidad, en compañía de Phil mi apetito por el sexo basura no hizo más que aumentar. Más voraz que nunca, a la merced constante de esa calentura que se arrastra sobre la superficie de la piel, sin escarbar nunca demasiado hondo: todo picor.

Julian lo habría entendido. *Notgeil*, llamaba a lo que yo estaba padeciendo, una palabra alemana. *Notgeil* era deseo con insomnio. Era deseo urgente. Era deseo de sala de espera, nacido de la ansiedad y el aburrimiento. Y Julian, mucho más que yo, vivía presa de él. En mi opinión, Julian era víctima de demasiados talentos. De adolescente tocaba lo bastante bien la viola como para hacer una prueba para un puesto en una orquesta. Pintaba, óleos y acuarelas. Cantaba. Había tenido una fugaz carrera como actor, había escrito obras de teatro y artículos periodísticos. De algún modo, la abundancia misma de sus talentos le daba pánico. Uno tras otro los había desempquetado, los había abandonado. Se convirtieron

sencillamente en más juguetes en aquel desván ya atestado en el que el aire estaba muy cargado, donde tanto le costaba respirar. Pronto, en aquel desván, el único goce pareció ser el *Notgeil*.

Yo había tenido más suerte. Nunca tuve que elegir. Mirando hacia atrás, se me ocurre que Julian, de haber querido, me habría superado fácilmente escribiendo. Sin embargo, Julian no quiso hacerlo; y mi voluntad me llevó más lejos que su talento. Eso provocó estridente peleas en diversas ocasiones.

El desván no dejaba de llenarse. «Todo empezado, nada acabado», cantaba Julian desde él. A pesar de lo cual, seguía sin tirar nada. Era una urraca mental. Vivía en una inflación de documentos, ideas, posibilidades; bromeaba diciendo que, como Leonard Blast o Alkan, acabaría matándolo una estantería de libros. Y eso fue, más o menos, lo que ocurrió.

Nada empezado, jamás acabado. Pero al final Julian acabó algo. El desván ardió. Allí cayó su alma, la loca, el pelo en llamas.

El resultado del análisis de sangre de Phil resultó ser ambiguo. El recuento de linfocitos T era bajo, pero sólo un poco. Los anticuerpos, altos. Estos resultados imprecisos sonaron a buenas noticias, en la medida en que puede haber buenas noticias con el sida. Para «celebrarlo», ese domingo me lo llevé a tomar un *brunch*. Hice una reserva en un pequeño restaurante de la calle 3 que salía recomendado en el *Weekly*. Phil mostró sus reservas: le atraían más los lugares de huevos fritos y beicon con camareras mandonas. A pesar de todo, se puso su camisa de buganvillas y se encontró conmigo en la calle a la hora acordada.

El restaurante, cuando llegamos, resultó estar atiborrado. Había un mostrador de reservas y un *chef* ejecutivo. Los clientes eran casi todos tipos lampiños de Hollywood Oeste con camisas que marcaban los músculos. En semejante atmósfera de cuerpos depilados a la cera, el hirsuto Phil sintió su vello como una

responsabilidad. Renunciando a la gama de sofisticaciones diversamente salseadas, pidió una hamburguesa de pavo.

A pesar del bullicio ambiental, me sentía tranquilo. Por lo general, en los restaurantes no me sentía tranquilo. Esperaba con impaciencia la comida y luego, cuando llegaba, comía lo más rápidamente posible para poder esperar con impaciencia la cuenta. En los restaurantes, movía la pierna. Miraba de modo compulsivo por encima del hombro, como si estuviera esperando a alguien. Sin embargo, Phil calmó ese frenético impulso. A diferencia de mí, nunca tenía prisa, salvo cuando tenía que tenerla.

Por supuesto, a menudo me preguntaba dónde había empezado esa tendencia mía a concentrarme tanto en los horizontes, que perdía de vista la tierra que se deslizaba bajo mis pies. Y en la rueda de reconocimiento aparecían los sospechosos habituales: mi madre, que me decía que sería cualquier cosa que me propusiera, haría cualquier cosa que quisiera; mi padre, lleno de seguridades de que para quienes eran como nosotros no había situación que no pudiera paliarse tocando algunas cuerdas. En fin, mi padre aprendió que estaba equivocado de la forma más dura cuando, después de su segundo ataque al corazón, ni siquiera el mejor cirujano del país fue capaz de salvarlo; ni siquiera fue capaz de salvarlo el hecho de que lo colaran en la lista de espera de los trasplantes. Que alguien estará ahí siempre para atraparnos, para hacer por nosotros una excepción a una regla, para encontrarnos una colocación: ésta debe de ser la más perniciosa de todas las mentiras perniciosas que los privilegiados, con toda su buena intención, cuentan a sus hijos.

Phil tenía una historia diferente. Había crecido sin ninguna sensación de que tenía derecho a lo que fuera. Para él, vivir en el mundo era una empresa hostil, un viento ardiente contra el que había que luchar. Si Phil era estoico frente a la adversidad no era porque poseyera una angelical capacidad para la paciencia; era porque su niñez le había enseñado la esencial futilidad de la queja.

Había comprendido que ser el hijo de Hiram Roth no garantizaba un tratamiento preferencial por parte de Dios.

Aceptación: ése era su don. No es que hubiera sido fácil para él: en realidad, estoy convencido de que la aceptación se deja sentir mucho más en la psique que el dar vueltas en las norias de la banalidad. Sin embargo, al menos es un viaje que tiene un final.

Le pregunté por sus amigos. Mencionó a Roxy, con quien había ido al gimnasio. Cuando salió del hospital, me dijo, Roxy lo visitaba un par de veces por semana, pero en ese momento estaba embarazada, y su novia, Dora, no quería que viera a Phil hasta que tuviera al bebé.

—Por el riesgo de infección y todo eso —añadió—. Supongo que es comprensible.

—Quizá. ¿Te ha visitado alguien más?

—George estuvo la semana pasada. Ahora vive en Laguna, así que no viene demasiado a la ciudad. Y Justin, claro. —Al mencionar el nombre de Justin, sonrió—. Ah, y tú, Jerry.

—¿Y tu familia?

—No sé nada de ellos últimamente.

—¿Te escriben tus hermanas?

Sacudió la cabeza.

—Bueno, Phil, pero todo el mundo necesita compañía.

—¡Compañía! —Se echó a reír—. ¡Ya he tenido demasiada! Más compañía que todos los chicos de esta sala juntos, soy capaz de apostar. —Se inclinó hacia adelante—. Mira, cuando estuve en el hospital, me preguntaron si quería contestar a una encuesta y acepté. Había preguntas del estilo: ¿con cuántas personas tuviste relaciones sexuales en 1981?; ¿con cuántas personas tuviste relaciones sexuales en 1982?; tu actividad sexual principal es: a) oral, b) anal pasiva, c) anal activa. Y lo estuve pensando y el número de tipos con los que he tenido relaciones sexuales en mi vida... ¡se acercaba a los tres mil! ¡Tres mil! Y tengo treinta y nueve años. Y ahora George está en esos grupos con terapias de doce



pasos. Un día me llama y me dice: «Phil, cuando éramos jóvenes, éramos los clásicos compulsivos sexuales. Teníamos todos los síntomas». Como si fuera una novedad. Y yo le digo: «Claro que sí, George, pero compulsivo sexual ¿no es una manera nueva de decir que nos lo pasamos bien?». Pero, claro, no le hizo ninguna gracia. George se toma estas cosas demasiado en serio.

Llegó nuestra comida. Al contemplar mi plato de tiras de pechuga de pato, salsa de cactus y *spaetzle*, le envidié a Phil su hamburguesa de pavo.

—¿George tiene novio ahora?

—Sí, claro. Carlos. Pero no se acuestan. Llevan cinco años sin tener relaciones sexuales, cosa que en estos tiempos parece ser la definición de novio. Así que ahora cada dos de semanas George sube a Los Ángeles, se va con un puto y entonces se siente tan culpable que me llama y empieza: «¿Qué voy a decirle a Carlos? ¿Qué voy a decirle a Carlos?». Y le digo: «Nada, George. No vas a decirle nada». Pero, claro, va y se lo cuenta, y Carlos se pone hecho un basilisco y tienen unas peleas tan monumentales que los vecinos acaban llamando a la policía. Las facturas de sus terapias deben de llegar hasta el techo. En cualquier caso, la semana pasada aparece George y me cuenta que se ha propuesto dejar el sexo. Bueno, a lo mejor estoy loco, pero no lo entiendo, Jerry. Porque todas las relaciones que he tenido con novios, incluyendo a George, eran por el sexo. Lo importante era el sexo.

—Oscar Wilde dijo una vez que la conversación tenía que ser la base de cualquier matrimonio.

—¡La conversación! ¿Y el novio italiano que tuve? ¡Apenas sabía hablar inglés! ¡Nos lo montamos estupendamente durante un año y medio!

—Pero sólo durante un año y medio.

—Bueno, prefiero un buen año y medio que dos décadas de mierda. —Phil jugueteó con sus patatas fritas—. Seguramente tú no estás de acuerdo.

—¡No! Es que he tenido una historia diferente.

—¿Sí? ¿Y cuál es tu historia, Jerry? Nunca me la has contado.

Dejó el tenedor, cruzó los brazos, me miró a los ojos. Con su mirada tranquilizadora había logrado acorralarme. Tenía razón: nunca había mencionado el nombre de Julian en su presencia. ¿Y por qué no? Quizá todo formaba parte de mi esfuerzo por vestirme de Ángel, ser el cuidador altruista que no imponía sus propias preocupaciones. Quizá temía que me culpara, como había hecho la madre de Julian. Quizá no quería implicarme. Otra prueba.

Con todo, algo tenía que decirle.

—¿Mi historia? —dije por fin—. Bueno, he vivido con alguien nueve años y medio. Y entonces esa persona murió.

No especificué cómo había muerto.

La conversación se detuvo. Esta vez no fue un silencio cómodo. Sentí el fácil alivio que se siente cuando has logrado escapar con una artimaña; y, sin embargo, el viejo miedo seguía allí. Tras haber hecho trampa, el miedo a ser descubierto seguía allí. Phil, no Julian, era en aquel momento el catedrático en la sala de exámenes de la vida examinada.

—Jerry —dijo—, espero que no pienses que...

De pronto, se nos acercó a la mesa un chico rubio con una camiseta de Notre Dame y pantalones cortos de ciclista blancos.

—¡Phil, tío! —cacareó, agarrándolo por el cuello.

Phil, ligeramente aturdido, se levantó.

—Hola, Kein, ¿cómo estás, tío?

Le dio unas palmadas en la espalda al chico.

—Muy bien —dijo Kein—. ¿Te ha contado Justin que estoy en *Show Boat* en el valle Simi? Es un papel pequeño, pero es mejor que servir mesas.

—Qué bien.

—¿Y tú?

—Bueno, tirando, tirando. Mira, te presento a Jerry. Jerry, Kein.

—Encantado.

—Encantado. —Kein se volvió hacia Phil—. Por cierto, ¿cómo está Justin? Hace tiempo que no sé nada de él.

—Muy bien. Bastante ocupado.

—Sí, es la época. Bueno, salúdalo de mi parte, ¿vale? ¡Y ven a verme! Puedo conseguirte invitaciones.

—Lo haré.

—Adiós.

(Esto a mí).

—Hasta luego.

Se alejó.

—Un amigo de Justin —dijo Phil.

—Ah, Justin. —Bajé la voz—. Oye, ¿quieres que salgamos?

—Sí, por favor.

Pagamos la cuenta y salimos.

—Kein y Justin eran novios —explicó Phil en el coche—. Lo he visto sólo una vez. Un tipo extraño. Mira, en realidad se llama Kevin Levy. Un día va y se cambia el nombre por el de Kevin Prescott porque cree que es mejor para su carrera. Entonces resulta que sólo le salen papeles en cosas como *Viernes 13, parte 978*, y se lo vuelve a cambiar. A Justin le llegó por correo una tarjeta, como la de un cambio de dirección, diciendo: «**¡NUEVO NOMBRE!, ¡NUEVO AGENTE!** Kevin Levy es ahora *Kein* Levy».

—¡Kein! ¿Crees que sabe lo que significa en alemán?

—¿Qué?

—Significa «no», «ningún».

Phil se echó a reír.

—Lo dudo. Kein no es exactamente lo que llamarías un intelectual.

Sacó el codo por la ventana.

—En serio, a veces me parece que el mundo me está dejando atrás. Por ejemplo, el otro día, estoy hojeando *Frontiers*, ¿vale?

Estoy mirando los anuncios de modelos y relax cuando me fijo en uno de un tipo que se ofrece como «abrazador». ¡Un abrazador! «Sin sexo», pone el anuncio, «sin desnudos. Sólo abrazos. Veinticinco dólares la hora». —Phil sacudió la cabeza—. Si quieres saber mi opinión, hay cosas que no deberían venderse.

—Abrazador.

—O, por ejemplo, esos chicos del restaurante. Seguro que todos se afeitan el pecho, se afeitan los huevos. Cosa que no me parece mal. Sólo que no lo entiendo. A lo mejor tú me lo puedes explicar. ¿Cuál es la gracia de no tener pelo? A mí me parecen pollos muertos.

—Supongo que es una estética. Francamente, siempre he preferido a los hombres peludos.

—Yo también. Eso significa que actualmente en Los Ángeles no estoy de suerte. Incluso los vídeos porno..., tienes que conformarte con alguno viejo si quieres ver, con perdón, un culo sin afeitar. Antes era diferente. En mis tiempos el vello corporal era sexy porque era masculino. Incluso cuando nos vestíamos de Lucille Ball era masculino..., era Lucy Ball con brazos velludos. Era como decir que sabíamos que éramos maricones y que nos gustaba. Pero con estos tíos el rollo va de «separados pero iguales», vivir en un barrio gay, comer en un restaurante gay y tener la imagen que hay que tener, sea la que sea. Ya sé, yo antes salía con gente así, y lo que tenía ganas de preguntarles era: Eh, ¿qué ha pasado con el sentido de la espontaneidad?, ¿qué ha pasado con la aventura?

—Supongo que la espontaneidad se ha vuelto peligrosa.

—El sexo se ha vuelto peligroso. No es lo mismo.

Estábamos en un semáforo. Me di la vuelta y lo miré; la barba parecía fosforescente a la luz del día.

—No sé lo que quiere decir, Phil —dijo—. Quizá es una regresión a la infancia. Todo el mundo quiere ser el hijo de su papáito. O se llenan de músculos para que les sirvan de coraza. Para sentirse protegidos. O sencillamente canalizan su energía haciendo ciclismo

u ofreciéndose de voluntarios con los Ángeles. Lo que es evidente es que se trata de algo que actúa desde el miedo. En la actualidad todo el mundo actúa desde el miedo.

—Quizá —dijo Phil—. No estoy seguro. Sólo sé que me hace sentir pasado de moda. Como la calle Saturn.

—¿La calle Saturn?

—La idea del futuro de alguna generación muerta, amarilleando por los bordes: ése soy yo.

El semáforo se puso verde. Cruzamos Olympic. A la izquierda, Ships apuntaba sus alerones hacia las estrellas. Deseé haber ido allí en lugar de al local de la calle 3.

Nos detuvimos en un videoclub y alquilamos *Planeta prohibido*, que Phil había insistido que viera. Estaba metiendo la cinta en el reproductor cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —dijo—. ¡Hola! Sí, acabamos de volver. No, puedo hablar. —Una larga pausa—. ¿Y qué le has dicho?

Una sonrisa. Una risa.

—Perfecto. Por cierto, hoy me he encontrado con Kein. —Pausa—. Igual que siempre. Sí. Oye, ahora tengo que colgar. Sí. Bueno, te espero a eso de las cinco, ¿no? Bastante. Adiós. Ya lo sé. Adiós.

Colgó.

—Justin —dijo, apuntando al televisor con el mando a distancia.

—Ah, Justin —dije.

Empezó *Planeta prohibido*. Me costó seguir la trama, que parecía fuertemente deudora tanto de Freud como de *La tempestad*. Sin embargo, mis oídos no tardaron en aguzarse cuando uno de los astronautas se llevó a los labios un brillante micrófono de cromo y pronunció las memorables palabras: «Atención, tripulación preparada para inversión de polaridad».

—Así que lo sacaste de aquí —dije.

—Sacar, ¿qué?

—La frase que citaste camino de la clínica.

—Ah, sí. Supongo. No me acordaba.

Tenía los ojos fijos en la pantalla. Muy suavemente, le toqué la espalda; se tensó; quizá dejé mi mano una fracción de segundo de más antes de retirarla. De esa manera tan sencilla, tuve mi respuesta. En cuanto la película acabó, me levanté.

—Bueno, son casi las tres —dije—. Es mejor que me vaya.

—¿Tienes que estar en algún sitio?

—No, pero seguramente estarás cansado.

—No estoy cansado.

—De todos modos, querrás descansar.

—Jerry...

—Quiero que estés descansado cuando llegue Justin.

Phil me miró.

—¿Cómo?

—Bueno..., así no estarás cansado.

Me miró sorprendido, como si no pudiera creer lo que oía. A continuación la mirada de sorpresa dio paso a una mirada de inexplicable tristeza. Luego se dio la vuelta.

—Como quieras —dijo—. Como quieras. Y su mirada volvió a la pantalla de televisión vacía.

—De acuerdo —dije—. Bueno, hasta mañana, supongo.

—Eso.

—Adiós. Salí solo.

De vuelta en el hotel intenté trabajar en mi guión. Pero no podía concentrarme, de manera que llamé a la línea erótica. No había nadie, salvo una carrozona de Long Beach amante del cuero. Al final, a eso de las cuatro me vestí de nuevo, bajé al garaje y me metí en el coche. Durante unos veinte minutos conduje sin rumbo, deseando poder deshacer las cosas, empezar de nuevo, volver al principio de verdad, a mi primer almuerzo con Phil. Y sin embargo,

de haber podido volver a ese primer almuerzo, ¿qué habría dicho de otro modo? ¿Qué habría hecho de otro modo? Es probable que nada. Mi miedo a la enfermedad me habría seguido impidiendo cualquier movimiento sobre Phil. Y si el comportamiento que acababa de tener conmigo servía de pista, Phil no me deseaba más de lo que lo había hecho hasta entonces, bien porque yo era quien era, bien por la enfermedad, o por ambas cosas.

Sobre Justin, seguía sin estar seguro. Sí, ese «Lo sé», ese «No, puedo hablar», expresaban intimidad, incluso confianza. Pero ¿significaba la intimidad que eran novios? En realidad, ¿llegué a creer que eran novios? Quizá estaba exagerando la sospecha para realzar la gratitud que sentiría cuando más tarde descubriera que me equivocaba. O quizá no me equivocaba. Quizá lo que de verdad era falso no fuera tanto el asunto de Phil con Justin como que yo fingiera de entrada no creerlo. En semejantes Rosemarys, y otros peores, me perdí durante casi una hora.

Y por supuesto, alrededor de las cinco, me descubrí entrando en la calle Saturn. Visto en retrospectiva, pareció predestinado. Aparqué ante el edificio de Phil. No salí del coche. Algunos niños montados en bicicleta perseguían a una bandada de cuervos muy negros que saltaban y se adentraban en el césped reseco. Miré cómo los pájaros daban saltos para apartarse de las ruedas, volvían atrás, daban otro salto, como si disfrutaran con la tortura o fueran demasiado tontos para darse cuenta de que podían alejarse volando.

Al cabo de unos minutos, apareció un coche en la esquina, un abollado Corolla blanco (me fijé en la marca) que aparcó justo frente a mí. De él salió un individuo que, según calculé, rondaba la treintena. Llevaba una bolsa de una tienda de comestibles. Era bajo, quizá un metro setenta, con el cabello despeinado por el viento, ojos oscuros, una incipiente barba. Nervudo y sexy. Cerró la puerta del coche, se dirigió hacia el edificio de Phil y llamó al

interfono. La verja de abrió. Entró. No volvería a ver a Justin durante mucho tiempo.

Miré el reloj. Me dije a mí mismo que esperaría quince minutos para ver si se marchaba. Sin embargo, quince minutos más tarde no se había marchado. Ni tampoco al cabo de otros treinta minutos.

Empezó a anochecer. Arranqué el coche y di tres vueltas a la manzana. El Corolla seguía allí las tres veces que regresé.

A las seis y media el Corolla seguía allí.

Nada extraño. No era ninguna sorpresa que un cuidador se quedara con él una hora y media.

Volví al hotel. Mis celos se habían disipado, engullidos por una añoranza tan vertiginosa que casi me desmayo. De pronto quise estar en mi apartamento de Nueva York: nuestro apartamento, de Julian y mío. Por lo general, intentaba no pensar en Julian, por la simple razón de que pensar en él me hacía desear hablarle, cosa que no podía hacer. Pero en aquel momento lo echaba tanto de menos que hice algo peligroso: saqué su retrato del cajón de la mesita de noche. Siempre guardaba su retrato en el cajón de la mesita de noche porque aunque no era capaz de contemplarlo, tampoco era capaz de dormir sin tenerlo cerca.

Y, de pronto, allí estaba: Julian. El cabello veteado de canas, la gran nariz rojiza, aquella extraña media sonrisa que ponía porque se sentía incómodo con su dentadura. «A tus dientes no les pasa nada», le decía siempre. Aunque, para ser sincero, los tenía un poco amarillentos, igual que me pasaba a mí, como resultado de un medicamento milagroso recetado durante el embarazo a nuestras madres y a la mitad de las madres de los sesenta: otro reflejo anticuado del futuro.

Nueve meses, dos semanas y cuatro días habían pasado desde aquella tarde en que Julian había puesto fin a su vida; nueve meses, una semana y dos días desde que la policía encontrara el cuerpo, dragando el río.

Me embargó una emoción lacrimógena.



—Julian —dije al retrato—, oh, Julian, ¿por qué me has dejado?

Y esas palabras me sonaron extrañas incluso a mí, como dichas por alguien en una obra de teatro o dichas por alguien que intentaba sonar como alguien en una obra de teatro. Incluso en lo que hacía referencia a mis emociones, tenía problemas para distinguir lo auténtico de lo falsificado. No estaba seguro de si aquella súbita oleada de dolor era el alias de la admisión (una admisión a la que me veía ya obligado) de mi enamoramiento de Phil o si mis celos en lo referente a Justin eran una fachada del dolor reprimido, o ambas cosas. La máscara y la cara se fundían hasta tal punto que se hacían indistinguibles.

Se me ocurrió entonces que contarle a Phil lo del suicidio de Julian podía ser la baza en la que no había pensado; el expreso para ganar su compasión, quizá su amor. ¿O constituiría eso un mal uso del recuerdo de Julian? Por desgracia, la única persona a quien podía haber hecho esa pregunta era al propio Julian.

Aparté la fotografía. Volví a llamar a la línea erótica. Estaba más llena que antes. Un tipo llamado Tim me invitó a una fiesta de pajas en Highland Park. Garabateé su dirección, me metí en el coche y conduje por vías rápidas y serpenteantes calles hasta su casa, llamé al timbre y me encontré frente a frente con un albino de un metro noventa, desnudo salvo dos pendientes en los pezones y un aro en el prepucio. Así que me di la vuelta, volví a mi coche, regresé al hotel y volví a llamar a la línea erótica. A veces la brutalidad es el único antídoto contra el dolor.

Sin embargo, no encontré a nadie. Siempre pasa lo mismo. Incluso por teléfono, la gente huele el pánico. Y sale corriendo.

A eso de la una de la madrugada se produjo otra cita abortada. El individuo, tras abrir la puerta de la calle y examinarme, se echó atrás.

—Me parece que he cambiado de opinión —dijo.

—No importa —dije.

Me cerró la puerta en las narices.

Me metí en el coche y encendí la radio. Un programa de madrugada, en las antípodas del programa de la doctora Delia. Sin censura. La gente que llamaba podía decir lo que quisiera.

—Pero si lo físico es natural, y lo natural es bueno... —decía una joven.

—No entiendo lo que quieres decir, Sarah.

—Hablo de religión. Hablo de fe. En el cuerpo.

—¿Por qué insistes en utilizar esos términos relativos? ¿Qué significa «natural»? ¿Qué significa «bueno»?

—Sí, estoy de acuerdo. No sé lo que significan. Y por eso cuando la gente dice: «No está bien engañar a la Madre Naturaleza», lo que me vienen ganas de preguntar es: Si lo físico es bueno, ¿por qué no atamos cabos de una vez? El amor es naturaleza, y Dios es amor. La muerte es naturaleza, y Dios es muerte. ¿Por qué no los conectamos?

Apagué la radio. Como era previsible, estaba otra vez en la calle Saturn.

El Corolla se había ido.

Seguí conduciendo. En el Circus of Books, reuní tres vídeos que no había visto y me los llevé al hotel. Eran ya las tres menos diez de la madrugada. Acelerada, toda la gesticulación sexual corriente resultaba touréttica, espasmódica. El líquido fluir de las folladas se convertía en un vuelo de colibrí. Las pollas entraban en las bocas como pistones. El semen salía volando en esporas. No obstante, en ningún momento levanté el dedo del botón de avance rápido. Quería que el mundo se diera prisa; quería una escala temporal diferente.

A las tres y media estaba contemplando el tercer vídeo. En sentido estricto, no era un vídeo, sino más bien cuatro súper 8 de finales de los setenta pegadas y pasadas a una cinta. Un par de vaqueros se desnudaban y se untaban de aceite en alguna playa idealizada del sur de California. Bigotes afilados, camisas de franela. Siempre me ha gustado esa imagen.

La película llegó a su esperada conclusión. A continuación vino una cuña publicitaria: resúmenes de lo más interesante de otros «videopacs» de la misma serie, películas de veinte minutos reducidas con intenciones seductoras a unos pocos segundos. La primera en anunciarse fue *¡A las duchas!* Dos muchachos desnudos, con la piel pálida porque la película había envejecido, se enjabonaban. Lo de siempre. A continuación vino *Trabajo duro*, que tenía lugar en una obra. Una mano musculosa sacaba grasa de una cuba con la inscripción «Lubricante»...

Y de pronto levanté el dedo de la tecla de avance rápido. Me senté en la cama.

Porque en aquella obra imaginaria que había detrás de la pantalla, con casco y mono con peto, estaba Phil: más joven, sí; sin barba; pero Phil indiscutiblemente; Phil incuestionablemente; Phil desabrochándose primero un tirante y luego otro del peto; luego Phil cachondo y desnudo, con la polla dura y el capullo rojo apuntando hacia arriba; luego —itan rápido!— Phil follando en la boca de otro tipo; dándole la vuelta y entrándole por detrás; arcos de semen rociando, uno tras otro, el aire.

Finalizó en menos de un minuto y medio. Menos de un minuto y medio, y concluyó aquella revelación de todos los detalles eróticos sobre los que tanto había especulado: la forma de la erección de Phil, la cara que ponía cuando se corría. *Finito*. No quedaban secretos. Y me sonrojé de vergüenza, porque estaba seguro de que desde el país de lo irreal de aquella obra ficticia, el joven Phil me contemplaba, del mismo modo que yo lo contemplaba a él; a mí, en la cama de hotel, desnudo, con las sábanas hasta la cintura.

Apagué el vídeo. Me levanté, me vestí, conduje hasta el Circus of Books; no el de Hollywood Oeste, sino el de Silver Lake, que, como Ships, no cerraba nunca. No fue difícil encontrar la cinta en cuestión. Ya nadie alquilaba esas viejas películas. La foto de Phil en la carátula del estuche lo identificaba como Clay Skinner.

Con el vídeo en la mano, volví corriendo al hotel. Estaba a punto de amanecer. Coloqué la cinta en el reproductor, avancé rápido por la sala de duchas hasta que se materializó la obra. Y, de nuevo, allí estaba, con su mono, moviendo los labios mientras daba martillazos en una pared. No había sonido: sólo un piano, como una vieja película muda. De todas formas, sabía lo que decía Phil. Decía: El ama de casa del futuro. Decía: Monorraíles nucleares. Decía: Atención, tripulación preparada para inversión de polaridad.

No es así como termina la historia, pero casi. A la tarde siguiente encontré un mensaje de uno de los productores del guión que se suponía estaba escribiendo. Querían páginas. Como no pude darles páginas, me quisieron a mí. Hubo una reunión, al final de la cual me encontré educadamente despedido. De pronto, tuve que pagar el coche. Tuve que pagar el hotel.

Incapaz de permitirme una estancia en Los Ángeles en esas condiciones, dejé de tener elección. Me despedí de Los Ángeles; me despedí de Phil; volví a casa.

Seguimos en contacto durante unos meses: cartas, llamadas telefónicas. Luego, un prolongado silencio, tras el cual llegó una carta escrita con letra vacilante. Al parecer, había sufrido otro ataque de neumonía; había pasado tres semanas en el hospital; estaba ya en casa, aunque desmejorado.

Nuestra conversación transcontinental decayó, como tiende a ocurrir con todas las conversaciones transcontinentales. Los dos teníamos otras cosas en la cabeza: Phil, las exigencias de una enfermedad cada vez más absorbente; yo, mi decisión de reconstruir una vida neoyorquina. Esa amistad nuestra que sorprendentemente sólo había durado tres semanas empezó a parecer parte de un pasado remoto. Sentí que mi amor por Phil se aliviaba, cedía. No desaparecía. Se volvía manejable. Algo que podía embalar, compartimentar, almacenar en mi propio desván, un

desván que yo, a diferencia de Julian, era capaz de conservar ordenado.

Y entonces un día, unos quince meses después de mi partida, me encontré en Los Ángeles por la menos profesional de las razones: uno de mis primos se casaba. Desde la muerte de mi padre, mis hermanas y yo nos habíamos turnado en la tarea de acompañar a nuestra madre a los acontecimientos familiares, pocos de los cuales nos llevaban tan lejos con aquél.

Mi madre y yo nos alojamos en el Ramada Inn, cerca de Valencia. Para quienes no conozcan la geografía de Los Ángeles, Valencia es territorio E.T., a kilómetros de distancia del centro de Hollywood, donde había estado el año anterior. Sin embargo, tenía un coche de alquiler y dos tardes a mi disposición. Así que llamé a Phil. Salió el contestador automático. Dejé un mensaje que me fue respondido unas horas más tarde por otro mensaje... que me decía que llamara no a Phil, sino a Justin.

Por supuesto, el corazón se me encogió cuando el operador del hotel me dijo ese nombre. Empalidecí tanto que mi madre me preguntó si me encontraba bien.

Me disculpé y subí a la habitación, donde marqué el número de Justin.

—Ah, hola —dijo Justin cuando me hube presentado—. ¡Me alegro de hablar contigo! Phil me ha hablado mucho de ti. Bueno, gracias por el mensaje. Fue una suerte que lo encontrara. Había ido a recoger un poco de ropa. Está en el hospital. La neumonía otra vez, pero al menos resiste. De hecho, sale esta tarde. Y se ha puesto muy contento cuando le he dicho que estabas aquí. ¿Podrías pasarte mañana, a la hora de comer, por ejemplo?

—Claro. —Hice una pausa—. ¿Ha sido grave?

—Es la tercera vez. Por un momento pareció... bueno, lo ha superado.

—Me muero de ganas de verlo —dije.

—Jerry, tengo que avisarte. No tiene el aspecto que tenía.

—Ya me lo esperaba.

—No, pero está mal de verdad. Sólo te lo digo para que estés preparado. Cuando ves poco a poco cómo ocurre, te olvidas; pero la gente que no lo ha visto...

—No se me notará —dije.

—Bien —dijo Justin—. Bueno, pues te espera mañana al mediodía.

—Estupendo.

—Adiós.

Así de sencillo.

No supe muy bien qué llevarle a Phil. ¿Flores? ¿Dulces? Al final me decidí por una copia de *Planeta prohibido*, junto con un paquete de las galletas integrales de higo que tanto le gustaban.

Llegué a su edificio a eso del mediodía. La calle Saturn no había cambiado demasiado en los meses transcurridos. Ah, el césped no estaba reseco, porque era primavera. No había niños persiguiendo cuervos. Aparte de eso, todo era más o menos como siempre había sido en esa somnolienta bolsa de futuro porque en mi mente el recuerdo no había empezado a encoger su escala, a trazar de nuevo sus límites. Eso llegaría con los años.

La verja estaba abierta. Como había hecho tantas veces, rodeé la piscina, subí la escalera de cemento. La puerta también estaba abierta.

—¿Phil? —dije, golpeando la puerta.

—Pasa.

Entré. Phil estaba sentado en su lugar habitual en el sofá. Justin tenía razón al advertirme: su color era cetrino, estaba tan delgado que los omóplatos se le marcaban en la camiseta. También había tenido que afeitarse la barba. Un mapa estelar de granos le salpicaba la barbilla y las mejillas.

—Hola, Jerry —dijo.

Y me hizo un signo para que me acercara al sofá; me senté junto a él, le tomé la mano y me la apreté contra el pecho.

—Te dije que no tardaría en tener peor aspecto.

—A mí me parece que tienes buen aspecto.

—No mientas.

—No miento. —Abrí la bolsa que llevaba—. Mira, te he traído unas galletas de higos orgánicos.

—¡Galletas de higos orgánicos! ¿Sabes que no las he vuelto a comer desde que te fuiste?

—Lo supuse.

—Gracias. ¿Cómo te trata Nueva York?

—No puedo quejarme.

—La Gran Manzana. ¿Sabes que nunca he estado allí?

—Me lo dijiste.

—Supongo que ahora ya no iré. —Se echó para atrás—. ¿Te ha dicho Justin que he estado en el hospital?

—Ajá.

—Ha sido una pesadilla. Creí que no lo contaba.

—Te equivocaste. Eres fuerte, Phil.

—A lo mejor antes lo era. Pero ésta es la última vez. ¿Te acuerdas de que una vez me hablaste de esos abogados que redactan últimas disposiciones? Bueno, pues Justin los ha llamado en mi nombre. Envían a alguien mañana. Voy a hablar con ellos. No quiero que vuelvan a conectarme a un respirador.

Asentí.

—Nunca tuve ocasión de decirte lo mucho que disfruté el tiempo que pasamos juntos. Sentí que volvieras a tu casa.

—Yo también lo sentí mucho.

—Dejó un gran agujero en mis días. Jerry, necesito...

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y entró Justin. Llevaba un camisa verde y rosa brillante, vaqueros blancos, zapatillas deportivas naranja como las de Robert Franklin.

—Hola, tú debes de ser Jerry —dijo, cruzando la habitación—. Encantado de conocerte.

—Igualmente.

—Eres muy famoso por aquí, ¿lo sabías? Qué bien que hayas venido. —Sacudió la cabeza, como de asombro por la bondad de la ocasión—. Bueno, ¿te sirvo algo de beber? ¿Dr. Pepper? ¿Pepsi?

—Agua.

—Un agua marchando.

Y se dirigió a la pequeña cocina.

Sólo entonces comprendí que lo que siempre había sospechado era cierto. ¡Y qué sorpresa! La corroboración de lo que había sabido todo el tiempo —sabido, e intentado convencerme a mí mismo de que no debía creerlo— me pareció más triste que sorprendente.

—Aquí tienes tu agua.

Levanté la vista. Justin estaba inclinado sobre mí, como un año antes había estado inclinado sobre mí Phil, con la camisa caída.

—Gracias —respondí, y tomé el vaso.

Bebí. A mi lado, Phil se frotaba las manos con furia.

—Ah, antes de que me olvide, Phil, te he comprado otra cosa.

Le entregué la cinta.

—¡Otro regalo! ¡Vaya! —Lo tomó, empezó a desenvolverlo—. ¡Eh, un vídeo! Justin, ¿qué es?

—No sé si ya la tienes...

—¡Justin!

Justin tomó el vídeo de las manos de Phil, que temblaban.

—*Planeta perdido*. ¡Fantástico! Siempre ha sido una de tus favoritas, ¿no?

—Atención, tripulación preparada para inversión de polaridad —dijo Phil.

Justin puso el vídeo encima del televisor.

—Phil está ciego, Jerry —dijo—. Estoy tan acostumbrado que me olvidé de comentártelo por teléfono.



—¡Pero sigo viendo películas! —exclamó Phil—. Me gustan los diálogos que tiene ésta, y la música hecha polvo.

—Lo siento —dije—. De haberlo sabido...

Dejé el vaso de agua. Empecé a llorar.

Sonaron otros golpes en la puerta.

—Ángeles —gritó una voz clara.

—Hola, Dave, ¿cómo estás? —dijo Phil frenéticamente.

—Vamos tirando. Me alegro de volver a verte, Phil. Te he echado de menos mientras estabas en el hospital. Hola —añadió hacia mí.

—Hola —dije, sonándome la nariz.

—Déjalo en la encimera —dijo Justin—. Si no te importa. ¿Qué exquisiteces habéis cocinado hoy?

—Vamos a ver: crema de champiñones, zumo de zanahoria, pudín de chocolate.

—No está mal.

—Bueno, como veo que tienes compañía, te dejo. *Hasta mañana.*

—¡Adiós, Dave!

—¡Adiós, Dave!

Salió.

Entonces los miré a los dos, a Phil y a Justin. Entonces desapareció cualquier rastro de los celos que podía haber sentido. Fue como si, por primera vez, comprendiera exactamente cómo le había fallado a Phil. Siempre había sido demasiado el visitante, el residente de hotel, con el corazón en alguna otra vida de la que me negaba a hablar. Mientras que Justin se había hecho residente: en Phil, en la calle Saturn. Junto con George, Roxy, Kein y toda la demás gente para quienes Los Ángeles no era un extraño sueño inducido por el dolor, sino un lugar en el que vivir; el lugar que habían elegido para vivir.

No sé cómo no me di cuenta de la ceguera de Phil. Quizá porque, como la telépata de *Star Trek*, había aprendido a disimular,

dejando a Justin la tarea de las revelaciones, una tarea que despachaba con una eficiencia casi aterradora.

—Bueno, ¿y qué te trae esta vez por aquí? —preguntó en aquel momento—. ¿Estás haciendo otro guión?

Alcé la mirada. Sólo entonces me di cuenta del detalle que me había revelado la verdad sin ni siquiera ser consciente de ello. Era su camisa. Aquellos tonos rosa y verdes brillantes. Tenía que haber reconocido aquella buganvilla en cualquier lugar.

Media hora más tarde salí a trompicones a la calle Saturn. A la luz cegadora. Frente al edificio de Phil, el muchacho de los Ángeles estaba sentado en su furgoneta roja, comiendo un bocadillo y escuchando la radio.

—Hola —dije, tamborileando en la ventana.

—¡Ah, hola! —Apagó a la doctora Delia—. Estabas en casa de Phil, ¿verdad?

—Sí.

—Por cierto, me llamo Dave.

—Jerry.

A través de la ventana medio bajada nos estrechamos la mano.

—Sólo quería decirte que estás haciendo un gran trabajo. Yo antes también trabajaba con los Ángeles. Así fue como conocí a Phil. Le llevaba la comida.

—¿De verdad? ¿Hacías esta ruta?

—Hace un año y medio.

—Yo sólo llevo unas cuantas semanas —dijo Dave—. Han cambiado muchas cosas desde tu época, ¿sabes? Por ejemplo, ya no estamos en aquella iglesia.

—¿No?

—No. Ahora estamos en una gran sede nueva en La Brea. Además tenemos a un *chef* ejecutivo, con sueldo. Dos dietistas a

tiempo completo. Un nuevo director gerente de Boston. ¡Buscaron uno por todo el país!

—¡Un director gerente! ¿Y qué fue de Sunny Duvall?

—¿Sunny qué?

—Es igual. ¿Y el corro de oraciones? ¿Siguen haciéndolo?

—Todas las mañanas, aunque yo nunca lo hago. No me va. —  
Dejó el vaso con tapa—. Oye, ¿has comido? ¿Quieres medio bocadillo?

—Gracias, muy amable.

—Entra.

Eso hice. La cabina olía a perro. El sol había calentado los asientos de vinilo.

—Espero que te guste el atún —dijo Dave—. Lo he hecho yo. Mi secreto es poner yogur en lugar de mayonesa —me tendió la mitad del bocadillo—. Bueno, Jerry, cuéntame, ¿cómo acabaste repartiendo comida para los Ángeles?

—Es una larga historia —admití—. Si la cuento bien, cosa que hasta ahora no he hecho.

—Eso no me importa. Me gustan las historias largas.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—De acuerdo. Pero tendrás que arrancar. Para ésta necesito estar en marcha.

Sin decir una palabra le dio a la llave de contacto y abandonamos la calle Saturn.

—¿Adonde, buen hombre?

—A cualquier sitio —dije.

—Me parece bien —dijo Dave—. Me gusta cualquier sitio. Cualquier sitio siempre ha sido mi lugar preferido.



DAVID LEAVITT (Pittsburgh, Pensilvania, 23 de junio de 1961) licenciado por la Universidad de Yale. Autor de numerosas novelas y cuentos caracterizados por su temática homosexual. Autor de gran éxito, en España su obra narrativa está publicada por entero por la editorial Anagrama. Su novela *Junto al pianista* (título original: *The Page Turner*) fue adaptada al cine por el director catalán Ventura Pons con el título *Food of Love / Manjar de amor*.

En 1994, Leavitt se enfrentó a una acusación de plagio a causa de su novela *Mientras Inglaterra duerme*. La presentó Stephen Spender, quien acusó a Leavitt de copiar su propia autobiografía: *Un mundo dentro del mundo*, editada en España por Muchnik Editores. La obra, efectivamente muy similar a la propia vida de Spender, narra la historia de un escritor británico que, en los años 30, tiene una relación homosexual con un obrero comunista y termina alistándose en las Brigadas Internacionales y luchando en la Guerra Civil española. Leavitt acabó admitiendo que el libro de Spender, en efecto, le había servido de inspiración. Actualmente Leavitt es profesor en la Universidad de Florida, donde imparte un taller literario.

# Notas

[<sup>1</sup>] En inglés, «*If you go, the cow stops*». (N. del T.) <<